MEIBUM

UNA MADRE, UNA LÁGRIMA
Y EL PRECIO DE RESUCITAR A SU HIJA



CUCHO L. CAPILLA

MEIBUM

Cucho L. Capilla © 2026 Cucho L. Capilla

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida o transmitida por ningún medio —electrónico o mecánico— sin autorización previa y por escrito del autor, salvo en los casos permitidos por la ley.

Diseño ebook: Ivandra

Maquetación: Gema P. Fdez

Edición: 15 de febrero de 2026 Primera edición

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, instituciones, hechos o lugares es pura coincidencia. A Iván, Alejandra y Gema. “La biología no entiende de justicia. Solo de umbrales.” — Anotación en cuaderno de laboratorio

Índice

Capítulo 1 — La habitación gris
Capítulo 2 — El protocolo imposible Capítulo 3 — Lo que vuelve
Capítulo 4 — La primera señal
Capítulo 5 — La llamada
Capítulo 6 — La verdad fracturada Capítulo 7 — El inspector y la tumba vacía Capítulo 8 — Memoria prestada
Capítulo 9 — Cronos llama
Capítulo 10 — La niña rota
Capítulo 11 — La infiltración
Capítulo 12 — El trato oscuro
Capítulo 13 — Dos resurrecciones
Capítulo 14 — La decisión de Samir Capítulo 15 — El archivo de Samir Capítulo 16 — La propuesta de Cronos Capítulo 17 — Confesión parcial
Capítulo 18 — La tumba abierta

MEIBUM

CAPÍTULO 1 – LA HABITACIÓN GRIS

La luz del amanecer se filtraba por las cortinas como una acusación. Elena San Martín llevaba setenta y dos horas sin dormir. Lo sabía porque había contado cada minuto, cada segundo, desde que el mundo se partió en dos. Estaba sentada en el borde de la cama, con

la espalda recta y las manos sobre las rodillas, mirando la fotografía enmarcada en la mesita de noche.
Era ella misma. Sonriendo. Sosteniendo un trofeo dorado con la forma de un medallón acuñado en Estocolmo. El Premio Nobel de Medicina. La cúspide de una carrera brillante dedicada a la investigación médica, esa disciplina que la mayoría de la gente solo recuerda cuando la necesita.
La mujer de la foto parecía otra persona.
Quizá lo era.
Junto al Nobel, otros diplomas y galardones se apilaban con ese orgullo silencioso de los objetos que alguna vez importaron. Certificados de la Universidad de Viena. Reconocimientos del Instituto Europeo de Medicina Traslacional. Una placa de bronce que nadie recordaría.
Y otra foto. Más pequeña. Más importante.
Ella y Alba. Abrazadas en la Ópera Estatal, hace seis meses. Su hija sonreía con esa sonrisa torcida que heredó de su padre, con los ojos brillantes de una niña que todavía creía que el mundo era bueno.
Elena recordaba ese día con una claridad que dolía: Alba había insistido en usar su vestido azul favorito, el que le quedaba un poco corto pero que se negaba a dejar de ponerse. Después del concierto habían comido helado en Stephansplatz. Fresa para Alba. Vainilla para ella.
Cosas pequeñas.
Cosas que se evaporan sin que te des cuenta.
Elena apartó la mirada de la foto y la dirigió hacia el periódico tirado en el suelo. No había tenido el valor de levantarlo. Ni de tirarlo. Estaba ahí, abierto en la página de sucesos, con el titular que le golpeaba las costillas cada vez que respiraba:
"MUERE LA HIJA DE ELENA SAN MARTÍN, LA AFAMADA CIENTÍFICA, EN ACCIDENTE DE TRÁFICO"
Debajo, una foto de Alba. La que usaron en el colegio el año pasado. Sonriendo.
Siempre sonriendo.
Elena cerró los ojos, pero cerrarlos no servía de nada. Las imágenes seguían ahí, proyectadas contra sus párpados como una película que

no podía detener.
El coche destrozado. El metal retorcido brillando bajo las luces de los paramédicos. La sangre salpicando el parabrisas hecho añicos.
El hospital. Los médicos corriendo por el pasillo empujando una camilla demasiado pequeña. Ella gritando desde detrás de la línea amarilla que no podía cruzar, aferrándose a la pared porque las piernas no la sostenían.
El momento en que el médico salió de la sala de reanimación y movió la cabeza.
Solo eso.
Un movimiento de cabeza.
Y todo se terminó.
El funeral. Un ataúd blanco, del tamaño equivocado para contener una vida entera. Flores que nadie había pedido pero que llegaron de todas formas. Gente que susurraba cosas sobre la fragilidad, sobre los designios de Dios, sobre lo joven que era. Como si la juventud fuera un consuelo.
Y luego el cementerio.
La tierra oscura cayendo sobre el ataúd.
El sonido.
Ese sonido.
Elena abrió los ojos y miró hacia la cama detrás de ella.
Había alguien acostado ahí. Inmóvil. Cubierto por sábanas blancas.
No se movía.
No respiraba.
No debería estar ahí.
Pero estaba.
Elena se levantó lentamente, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper el fino cristal que la mantenía entera. Caminó hacia la cama. Sus pies descalzos rozaron el suelo de madera con un susurro apenas audible. Se detuvo junto al bulto cubierto y lo miró durante un largo momento.
Luego extendió la mano y apartó las sábanas.
El rostro de Alba apareció bajo la tela.
Pálido. Quieto. Intacto.
Elena no lloró. Ya no quedaban lágrimas. Solo una sequedad en la

garganta que no se iba con agua ni con tiempo.
Se agachó, deslizó los brazos bajo el cuerpo de su hija —tan ligero, tan terriblemente ligero— y lo levantó con cuidado. Las mantas cayeron al suelo. Alba vestía el mismo vestido blanco del funeral. Elena había insistido en que fuera ese. No el azul. El azul era para días felices.
Cargó a su hija contra su pecho y salió del dormitorio.
El pasillo estaba en penumbra. Las cortinas cerradas en toda la casa mantenían el mundo afuera, donde debía estar. Bajó las escaleras con pasos lentos, medidos, sosteniendo el cuerpo como si fuera de cristal.
Cristal frío.
Al final del pasillo de la planta baja había una puerta. Siempre cerrada con llave. Siempre fuera del alcance de Alba cuando estaba viva.
Cuando estaba viva.
Elena empujó la puerta con el hombro y entró.
El laboratorio privado se extendía ante ella como una catedral aséptica. Luces LED frías colgaban del techo. Mesas de acero inoxidable alineadas contra las paredes. Equipos de última generación que había comprado con el dinero del Nobel: microscopios electrónicos, centrífugas, incubadoras, un espectrómetro de masas que valía más que un auto.
Y en el centro, una mesa metálica de examen. Vacía.
Elena cruzó el laboratorio y depositó el cuerpo de Alba sobre la mesa con una delicadeza que dolía. Alisó el vestido. Apartó un mechón de cabello oscuro de la frente fría. Retrocedió un paso.
La habitación zumbaba con el sonido de las máquinas encendiéndose. Elena había dejado todo activado. Llevaba días sin apagarlo. Como si mantener el equipo vivo pudiera cambiar algo.
Caminó hacia el archivador metálico en la esquina. Lo abrió. Dentro había carpetas cuidadosamente etiquetadas. Publicaciones. Borradores. Datos de estudios que nunca vieron la luz.
Y una carpeta marcada con rotulador negro:
"PROYECTO UMBRAL — CONFIDENCIAL"
Elena la sacó y la abrió sobre la mesa auxiliar.

Viales etiquetados a mano. Fórmulas manuscritas en su propia caligrafía, cada vez más apretada a medida que las notas se volvían obsesivas. Ecuaciones tachadas. Hipótesis descartadas. Intentos fallidos documentados con precisión científica.
Y en medio de todo, una fotografía.
Alba. Viva. Corriendo en el parque. Riendo.
Elena tocó la foto con la punta del dedo. El papel estaba arrugado de tanto manoseo. La había sacado de su billetera tres días antes del funeral y no había podido volver a guardarla.
Respiró hondo.
Esto era una locura. Lo sabía. Cualquier colega, cualquier mente racional, le diría que lo que estaba a punto de intentar violaba cada ley de la biología. De la ética. De la cordura.
Pero Elena San Martín no había ganado un Nobel siendo racional. Lo ganó siendo obsesiva.
Miró el cuerpo de su hija sobre la mesa. Tan quieta. Tan perfecta. Como si solo estuviera dormida y en cualquier momento fuera a abrir los ojos y preguntar qué había para desayunar. Pero no lo haría.
Porque estaba muerta.
Llevaba seis días muerta.
Y Elena había hecho algo imperdonable.
Cerró los ojos. Las imágenes volvieron, diferentes esta vez.
El cementerio. De madrugada. El cielo aún oscuro, solo la primera línea de gris en el horizonte.
Ella, sola, con un martillo en la mano.
La lápida. Recién colocada. Con letras doradas que decían: Alba San Martín, 2015-2023. Descansa en paz.
El sonido del martillo golpeando la piedra. Una vez. Dos. Tres. Hasta que la piedra se partió.
Sus manos sangrando mientras cavaba. La tierra fría bajo sus uñas.
El ataúd más ligero de lo que esperaba cuando lo sacó.
Cargándolo hasta el auto.
Conduciéndolo de vuelta a casa mientras el sol empezaba a salir.
Nadie la vio.
O si alguien la vio, no dijo nada.

Abrió los ojos. El laboratorio seguía ahí. Real. Frío. Esperando.
Se acercó a la mesa donde descansaba Alba y colocó la mano sobre su frente. Fría como mármol.
—Perdóname —susurró.
Pero no a su hija.
A sí misma.
Porque lo que estaba a punto de hacer no era por Alba.
Era porque Elena no podía soportar el silencio.
Se movió con eficiencia. Encendió el equipo de registro. Preparó los viales. Revisó las notas una vez más, aunque ya las sabía de memoria.
Su trabajo en el laboratorio había girado en torno a límites: dónde termina lo posible y dónde empieza el autoengaño.
Veinte años para leer señales mínimas en el tejido y sostener una hipótesis sin mentirse.
Y ahora iba a intentar usarlas para devolverla.
Abrió el cajón donde guardaba las jeringas. Las manos no le temblaban. Eso era lo peor. Que no temblaban.
Se detuvo.
Miró a Alba.
Y por primera vez desde el accidente, algo se quebró dentro de ella.
No un sollozo. No un grito.
Solo una grieta silenciosa que atravesó todo lo que quedaba de la persona que había sido.
Elena cerró los ojos, apretó la foto de Alba contra su pecho, y susurró las únicas palabras que le quedaban:
—Perdóname por lo que voy a hacer.

CAPÍTULO 2 - EL PROTOCOLO IMPOSIBLE

Elena perdió la noción del tiempo en algún momento entre la medianoche y el amanecer.
El laboratorio no tenía ventanas. Luz artificial constante. Paredes blancas que reflejaban el brillo frío de las pantallas. El único indicador del paso de las horas era el reloj digital en la pared, pero Elena había dejado de mirarlo hacía tiempo.

Dieciocho horas.
Dieciocho horas desde que había colocado el cuerpo de Alba sobre la mesa metálica y había jurado que encontraría la manera.
Dieciocho horas de fracaso sistemático.
Tenía los ojos rojos, la garganta seca, las manos manchadas de reactivos químicos. No había comido. No había bebido agua. No había subido las escaleras ni una sola vez.
Porque si subía, tendría que ver el dormitorio vacío.
Y si veía el dormitorio vacío, tendría que aceptar que esto era real.
Así que se quedó aquí abajo, rodeada de viales y jeringas y la ilusión de que la ciencia podía arreglar lo que la muerte había roto.
En la mesa de trabajo frente a ella, tres carpetas abiertas mostraban sus propias publicaciones. Investigaciones que le habían valido el Nobel de Medicina.
Todo inútil.
Elena mezcló otro compuesto en el vaso de precipitados. Datos. Protocolos. Años de investigación convertidos en hábito.
Ahora intentaba usarlas para devolverle la vida a un cuerpo que llevaba seis días muerto.
Cargó la jeringa con manos que ya no temblaban. El temblor se había ido después de la quinta inyección fallida. Ahora solo quedaba mecánica. Precisión. Negación.
Se acercó a la mesa donde descansaba Alba.
El cuerpo no había cambiado. Seguía pálido. Quieto. Los labios sin color. Las manos frías cuando Elena las tocaba para buscar una vena.
—Vamos —susurró—. Por favor.
Insertó la aguja. Inyectó el suero. Retrocedió.
Esperó.
Un minuto.
Dos.
Cinco.
Nada.
Elena soltó un sonido que era mitad risa, mitad sollozo.
—Claro que no.
Volvió a la mesa de trabajo. Tachó la fórmula en su cuaderno con un

trazo violento. Pasó a la siguiente variación. Ajustó el pH. Modificó la concentración salina. Añadió un buffer diferente.
Otra jeringa.
Otra inyección.
Otra espera.
Nada.
Y otra.
Y otra.
En la pizarra blanca de la pared, ecuaciones se acumulaban como cicatrices. Elena escribía, tachaba, volvía a escribir. Las fórmulas se volvían cada vez más. Menos científicas. Más adivinanzas.
Probó con temperaturas diferentes. Calentó el suero a temperatura corporal. Lo enfrió. Lo mantuvo a temperatura ambiente.
Nada.
Probó con diferentes vías de administración. Intravenosa. Subcutánea. Intramuscular.
Nada.
El reloj marcó las cuatro de la madrugada.
Luego las seis.
Luego las ocho.
La luz del día debía estar entrando por las ventanas de arriba, pero aquí abajo seguía siendo medianoche perpetua.
Elena se quedó de pie en medio del laboratorio, mirando el desastre que había creado. Viales vacíos desperdigados por el suelo. Jeringas usadas en el contenedor de residuos peligrosos. Notas arrugadas que no servían para nada.
Y en el centro de todo, su hija.
Muerta.
Todavía muerta.
Siempre muerta.
Elena cogió un vial vacío y lo lanzó contra la pared. Se hizo añicos. El sonido resonó en el silencio como un grito.
Luego se dejó caer al suelo, con la espalda contra la pared fría, y se llevó las manos a la cara.
—No sé qué hacer —susurró a la nada—. No sé qué hacer.

El recuerdo la golpeó sin avisar.
Un parque en Viena. Verano. Hace tres años.
Alba corriendo por el césped, persiguiendo palomas que

alzaban el vuelo cada vez que se acercaba demasiado. Riendo con esa risa cristalina que hacía que la gente se girara a mirar.

Elena sentada en un banco, viéndola jugar, con un café en la mano y el sol en la cara.
Felicidad simple.
El tipo de felicidad que no aprecias hasta que se va.
Alba tropezó. Cayó de rodillas. El llanto vino inmediato.
Elena corrió hacia ella, la levantó, inspeccionó el daño: un raspón en la rodilla. Nada grave. Pero para Alba, de cinco años, era el fin del mundo.
—Duele —sollozó, con lágrimas corriendo por las mejillas.
—Ya lo sé, cariño. Ya lo sé.
Elena sacó un pañuelo, limpió la herida con cuidado. Alba hipaba, aferrándose a su brazo.
—¿Por qué lloramos, mami?
Elena sonrió.
—Porque las lágrimas son el lenguaje secreto del cuerpo. Cada una cuenta una historia diferente.
—¿Qué historia cuentan las mías?
—Que te caíste. Que te duele. Que necesitas que te cuiden.
Alba se secó las lágrimas con el dorso de la mano, dejando un rastro brillante en su piel.
—¿Y funcionan?
—Siempre.
Alba sonrió entonces, olvidando el dolor, y volvió corriendo hacia las palomas.
Elena se quedó ahí, viéndola alejarse, sin saber que esa sería una de las últimas veces que la vería correr.
El recuerdo se desvaneció.
Elena abrió los ojos.
Seguía en el laboratorio. En el suelo. Sola.

Miró hacia la mesa donde estaba Alba y sintió algo romperse dentro de ella. No de forma dramática. Solo una grieta silenciosa que atravesó todo lo que quedaba de su cordura.
Se levantó con piernas que apenas la sostenían.
Una última vez.
Lo intentaría una última vez.
Volvió a la mesa de trabajo. Preparó el suero con movimientos automáticos. Las mismas proteínas. La misma fórmula que había fallado cinco veces ya.
Porque no importaba.
Nada importaba.
Cargó la jeringa.
Se acercó a Alba.
Y entonces, sin que pudiera controlarlo, empezó a llorar.
No un llanto dramático. Solo lágrimas que brotaban sin permiso, corriendo por sus mejillas mientras intentaba encontrar la vena en el brazo de su hija.
Una lágrima cayó.
Elena ni siquiera lo notó.
Cayó directamente en el tubo de ensayo que tenía abierto sobre la bandeja auxiliar. El que contenía el suero preparado.
La lágrima se mezcló con el líquido transparente.
Elena lo vertió en la jeringa sin mirar.
Se acercó a Alba. Insertó la aguja. Inyectó.
Esperó.
Un minuto.
Dos.
Nada.
Claro que nada.
Elena soltó la jeringa. Cayó al suelo con un estruendo metálico que resonó en el silencio.
Se quedó ahí de pie, mirando el rostro de su hija. Tan parecido a como dormía cuando era pequeña. Como si en cualquier momento fuera a abrir los ojos y preguntar qué había para desayunar.
Pero no lo haría.
Nunca lo haría.

Elena retrocedió. Una vez. Dos veces.
Luego se dio la vuelta y salió del laboratorio.
Subió las escaleras como una autómata. Cruzó el pasillo. Entró al dormitorio.
Se dejó caer en el sillón junto a la cama.
Cerró los ojos.
Y se rindió.
El silencio de la casa la envolvió como una mortaja. Un silencio. El tipo de silencio que solo existe cuando estás sola.
Cuando todo ha terminado.
Cuando ya no queda nada por hacer.
Elena sintió que la consciencia empezaba a escaparse. agotamiento. El cuerpo cobrando venganza por las horas sin dormir, sin comer, sin parar.
Se hundió en la oscuridad.
Y entonces, en el silencio de la derrota, algo le tocó el hombro.
Algo pequeño.
Algo frío.
Algo que no debería estar ahí.

CAPÍTULO 3 - LO QUE VUELVE

Elena abrió los ojos bruscamente.
Durante un segundo no supo dónde estaba. El dormitorio estaba en penumbra, con solo la luz gris del amanecer filtrándose por las cortinas. Su cuello dolía por la posición incómoda en el sillón. Tenía la boca seca y los ojos hinchados.
Y alguien le estaba tocando el hombro.
Se giró.
Alba estaba de pie junto a ella.
El mundo se detuvo.
No una pausa dramática. Una detención literal. El corazón de Elena dejó de latir. Los pulmones dejaron de funcionar. El tiempo dejó de existir.
Alba estaba de pie.
Pálida. Descalza. Con el mismo vestido blanco del funeral, ahora

arrugado y manchado.
Pero de pie.
Viva.
—Mami —dijo con voz débil—. Tengo frío.
Elena no pudo moverse. No pudo respirar. No pudo procesar lo que estaba viendo.
Porque lo que estaba viendo era imposible.
—No —susurró—. No, no, no.
Extendió la mano hacia Alba, temblando, como si fuera a atravesarla. Como si fuera un fantasma que se desvanecería al contacto.
Sus dedos tocaron el brazo de su hija.
Tibio.
No frío. No rígido.
Tibio.
Elena retiró la mano como si se hubiera quemado. Se levantó del sillón de un salto, retrocediendo hasta chocar contra la pared.
—¿Eres real?
Alba parpadeó. Parecía confundida. Asustada por la reacción de Elena.
—Creo que sí.
—No. No puedes ser real. Estabas.
Pero no pudo terminar la frase.
Porque Alba dio un paso hacia ella, temblorosa, con los ojos llenándose de lágrimas.
—¿Mami?
Y algo dentro de Elena se rompió.
Se lanzó hacia adelante, cayó de rodillas frente a su hija, y la agarró por los hombros.
—¿Eres real? ¿Eres real?
—Me estás asustando.
Elena tocó su cara. Su cuello. Buscó el pulso con dedos temblorosos.
Ahí estaba.
Latiendo.
Un ritmo constante bajo la piel.
—Oh Dios. Oh Dios.

—Mami, me haces daño.
Elena aflojó el agarre, pero no la soltó. No podía soltarla. Si la soltaba, desaparecería. Si dejaba de tocarla, se desvanecería como humo.
—¿Cómo.? ¿Cómo es posible.?
Pero no había respuesta para eso.
Solo el hecho imposible de que Alba estaba ahí, mirándola con esos ojos enormes que Elena conocía desde que nació.
—Tengo frío —repitió Alba en voz baja.
Elena la apretó contra su pecho. Tan fuerte que casi no podía respirar. Sintió el pequeño cuerpo de su hija contra el suyo. El peso. El calor. La realidad física de ella.
Y entonces empezó a llorar.
No un llanto silencioso.
Un sollozo, que le salía desde algún lugar oscuro que llevaba seis días intentando contener. Sonidos que no sabía que podía hacer. Lágrimas que empaparon el cabello de Alba.
—Estás aquí. Estás aquí.
—Estoy bien, mami.
—No te vayas. Por favor, no te vayas.
—No me voy a ningún lado.
Elena se mecía hacia adelante y hacia atrás, sosteniendo a su hija, sintiendo la vida en ella.
Vida.
Imposible.
Real.
Se quedaron así durante mucho tiempo. Elena no supo cuánto. Podían haber sido minutos. Podían haber sido horas.
Finalmente, Alba se apartó ligeramente.
—¿Dónde estaba? —preguntó en voz baja—. No me acuerdo de nada.
Elena se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Intentó ordenar sus pensamientos. Intentó encontrar palabras que tuvieran sentido.
—Estuviste muy enferma.
—¿Enferma?
—Sí. Pero ya estás bien. Ya pasó.

Alba frunció el ceño.
—No me acuerdo de estar enferma.
—Es normal. A veces la mente bloquea las cosas malas.
—¿Cuánto tiempo?
—Unos días.
Alba miró alrededor del dormitorio, como si viera todo por primera vez.
—Me siento rara.
—¿Rara cómo?
—No sé. Como si. —buscó las palabras— como si hubiera estado dormida mucho tiempo.
Elena sintió un escalofrío recorrerle la espalda.
—Vamos —dijo, levantándose y tomando la mano de Alba—. Te voy a limpiar un poco.

El baño estaba frío. Elena encendió la luz, demasiado brillante después de la penumbra del dormitorio. Alba parpadeó, entrecerró los ojos.

Elena abrió el grifo del lavabo. Agua caliente. Humeante. Mojó una toalla y se arrodilló frente a su hija.
—Cierra los ojos.
Alba obedeció.
Elena le lavó la cara con cuidado. Cada pasada de la toalla era como confirmar que esto era real. Que Alba estaba aquí. Que respiraba. Que existía.
Cuando terminó, buscó su linterna médica en el botiquín. Siempre tenía una. Vieja costumbre de sus días en el hospital.
—Mírame.
Apuntó la luz a los ojos de Alba. Las pupilas se contrajeron. Reacción normal. Perfecta.
Le tomó el pulso en la muñeca. Setenta y dos latidos por minuto. Dentro del rango normal para una niña de ocho años.
Presionó dos dedos contra su cuello. Temperatura: tibia. No fría. No febril.
Le levantó los párpados para revisar la esclerótica. Blanca. Sin signos

de ictericia.
Movió sus brazos, sus piernas. Reflejos motores: normales.
Todo normal.
Imposiblemente normal.
—¿Qué haces? —preguntó Alba.
—Solo reviso que estés bien.
—¿Estoy bien?
Elena la miró a los ojos. Su hija. Su niña. Viva.
—Sí —mintió—. Estás perfecta.
Pero no era verdad.
Porque algo estaba mal.
Algo que Elena no podía identificar pero que sentía en el aire como electricidad estática.
Alba se miró las manos. Las giró. Las estudió como si fueran objetos extraños.
—¿Cuánto tiempo estuve enferma?
—Ya te lo dije. Unos días.
—¿Cuántos?
—¿Por qué importa?
—Porque. —Alba vaciló— porque no me acuerdo de nada. Ni del hospital. Ni de los médicos. Ni de estar enferma. Nada.
Elena tragó saliva.
—A veces pasa. El cerebro bloquea los recuerdos traumáticos.
—¿Fue traumático?
—Mucho.
Alba asintió despacio, como si eso tuviera sentido. Pero algo en su expresión decía que no le creía del todo.
Se miró en el espejo. Tocó su propia cara. Sus labios. Su cabello.
—Me veo diferente —dijo en voz baja.
—Estás igual.
—No. Hay algo.
Pero no terminó la frase.
Se quedó mirando su reflejo con una intensidad que hizo que Elena se pusiera nerviosa.
—Ven —dijo, tomándola de la mano—. Vamos a buscarte ropa limpia.

Salieron del baño. Elena llevó a Alba a su habitación y le buscó un pijama limpio. La ayudó a cambiarse. Cada movimiento era normal. Natural. Como los cientos de veces que había ayudado a su hija a vestirse.
Pero no era igual.
Porque cada vez que la tocaba, Elena sentía esa certeza escalofriante:
Algo había cambiado.
Algo fundamental.
Algo que no podía nombrar.
Una vez que Alba estuvo limpia y vestida, Elena la acostó en su cama.
—Descansa un poco más. Yo vuelvo enseguida.
—¿Dónde vas?
—Solo necesito revisar algo abajo.
—¿En tu laboratorio?
Elena se quedó quieta.
—¿Cómo sabes que tengo un laboratorio abajo?
Alba parpadeó.
—¿No lo sé? Creo que. lo recuerdo. ¿O no?
—Sí. Sí, está bien. Solo descansa.
—¿Mami?
—¿Sí?
—¿De verdad estoy bien?
Elena se arrodilló junto a la cama, apartó un mechón de cabello de la frente de su hija.
—Estás perfecta. Te lo prometo.
Alba sonrió. Esa sonrisa torcida que Elena amaba.
—Te quiero, mami.
—Yo también te quiero, cariño.
Elena salió de la habitación, cerró la puerta con cuidado, y se quedó en el pasillo.
Respiró hondo.
Una vez.
Dos veces.
Luego bajó las escaleras directamente al laboratorio.

El laboratorio estaba exactamente como lo había dejado. Viales desperdigados. Jeringas usadas. Notas arrugadas. La jeringa que había soltado seguía en el suelo donde había caído.

Elena se dirigió directamente al ordenador.
Activó el sistema de grabación. Tenía cámaras de seguridad instaladas en el laboratorio desde hacía años. Para documentar experimentos. Para revisar procedimientos.
Nunca pensó que las usaría para esto.
Retrocedió la grabación. Buscó el momento exacto. Las 07:43 de ayer por la mañana. Cuando había administrado la última inyección.
La imagen mostraba su propia figura, fantasmal en la grabación infrarroja, acercándose al cuerpo de Alba. La inyección. El retroceso. La espera.
Elena avanzó rápido.
El cuerpo de Alba permanecía inmóvil. Azul en la cámara térmica. Frío. Muerto.
Los minutos pasaban en la pantalla.
Una hora.
Dos horas.
El cuerpo seguía igual.
Elena se mordió el labio. Siguió avanzando.
Y entonces, a las 09:53, algo cambió.
Un destello.
Pequeño. Casi imperceptible.
Elena pausó. Rebobinó. Reprodujo en cámara lenta.
Ahí.
Un punto de calor. No en el pecho. No en el cerebro.
En la piel del brazo.
Donde había inyectado el suero.
El calor comenzó a extenderse. Lentamente. Desde la piel hacia adentro. Como una onda. Como si algo externo estuviera encendiendo el motor desde afuera.
Eso no tenía ningún sentido.
El cuerpo debería calentarse desde el núcleo hacia afuera. El corazón bombea sangre caliente. El cerebro genera actividad eléctrica. Eso

crea calor.
Pero esto era al revés.
Como si algo en la superficie hubiera despertado al resto.
Elena congeló la imagen en el momento exacto en que el calor alcanzó el corazón.
Un destello brillante en la pantalla térmica.
Y luego, gradualmente, el cuerpo entero empezó a cambiar de azul a rojo.
Elena amplió la imagen. Estudió cada píxel.
¿Qué había en ese suero que había funcionado?
Retrocedió mentalmente. Repasó cada paso. Las mismas proteínas que había usado antes. El mismo proceso. La misma fórmula que había fallado cinco veces.
¿Qué había sido diferente?
Y entonces lo vio.
En la esquina de la pantalla, con timestamp de 07:41, dos minutos antes de la inyección.
Su propia figura. De pie junto a la mesa auxiliar. Llorando.
Una lágrima cayendo.
Cayendo directamente en el tubo de ensayo abierto.
Elena se quedó paralizada.
Se levantó de la silla. Caminó hasta la mesa auxiliar.
Ahí estaba el tubo de ensayo. Vacío. Lo había vertido todo en la jeringa.
Junto a él, el registro automático del espectrómetro de masas que siempre dejaba encendido para monitorear contaminación.
Cogió la tableta. Revisó los datos.
Muestra #47 — 07:41 Alerta: Composición alterada Agente contaminante detectado: orgánico, no identificado
Elena sintió que las piernas le flaqueaban.
Volvió a la silla. Se sentó lentamente.
Miró la pantalla congelada: el momento en que el cuerpo de Alba comenzó a calentarse desde afuera.
Miró el registro del espectrómetro: contaminación detectada. Miró sus propias manos.
Y entendió.

El suero no había funcionado.
No había sido su investigación más conocida.
No habían sido las proteínas.
Había sido la lágrima.
Su lágrima.
Caída por accidente en el momento exacto.
Elena amplió la imagen térmica una vez más, congelando el momento en que el cuerpo comenzó a calentarse.
El patrón era claro ahora que sabía qué buscar.
No era actividad celular normal.
Era algo más.
Algo que venía de afuera.
Algo que había estado en esa lágrima.
Elena cerró los ojos, respiró hondo, y cuando los abrió, supo con una certeza que le atravesó las costillas como una lanza:
La vida de Alba no había vuelto sola.
Algo la había traído de regreso.
Algo que estaba en esa lágrima.

CAPÍTULO 4 LA PRIMERA SEÑAL

El tercer día, Alba comió cereales.
Elena la observaba desde el umbral de la cocina, el hombro apoyado en el marco. Sostenía una taza de café que ya no recordaba haber servido. El líquido estaba frío y oscuro. No lo soltaba; tampoco lo bebía.
La luz de la mañana entraba por la ventana y caía sobre la mesa en un rectángulo oblicuo que se desplazaba despacio. Alba vertió la leche sobre los aros de colores. El chorro golpeó el cuenco. La cuchara tintineó una vez. Hubo un crujido limpio al primer bocado. Gestos conocidos. Un desayuno que la casa reconocía aunque Elena no lo hiciera.
Ella no miraba el desayuno. Miraba a Alba como se mira una pantalla: labios, color; uñas; ritmo de masticación; respiración por debajo del sonido de los dibujos animados en la sala contigua. Regular. Sin esfuerzo. Sin silbidos.

No era la mirada de una madre.
Era la mirada de alguien que busca un fallo.
El móvil vibró sobre la encimera. No un mensaje. Una alerta. Elena tardó un segundo en reaccionar, como si el sonido perteneciera a otra vida. Lo cogió y leyó sin pestañear.
INCIDENCIA — Cámara de muestras: temperatura fuera de rango (03:12).
Usuario: invitado.
Elena no se sentó. No llamó a nadie. Entró en la notificación, abrió el registro y desplazó el dedo con precisión. Hora, duración, acceso remoto. El patrón era breve, suficiente para dejar huella.
Alba seguía comiendo con la vista fija en la pantalla.
Elena bloqueó el móvil. Lo dejó boca abajo. No lo escondió; lo apartó, como se aparta un objeto cortante. Después, como si nada, preguntó:
—¿Está rico?
Alba asintió sin apartar la vista.
—Sí.
Una palabra. Normal.
Elena intentó sonreír. La sensación fue mecánica, como si la cara recordara tarde cómo se hacía. No dijo nada más. Miró la nuca de la niña, el pelo oscuro iluminado por la ventana, y notó algo simple: el cuerpo le pedía que creyera. La cabeza no.
—Mami, ¿puedo ver otro episodio?
—Claro, cariño.
Alba llevó el cuenco al fregadero. No lo enjuagó. Antes lo hacía siempre. Volvió a la sala con un trote rápido, descalza, sin calcular el ruido. El golpe irregular de sus pies sobre la madera atravesó la casa como una prueba.
Elena se quedó un instante quieta. Dejó la taza en la encimera. Se frotó los ojos con la base de las palmas hasta ver puntos blancos. El escozor no era emoción: era falta de sueño.
Subió al baño del primer piso, cerró la puerta y se miró en el espejo. Ojeras marcadas. Labios agrietados. El pelo recogido de cualquier manera desde hacía dos días. Ojos rojos, los capilares visibles. No parecía una mujer con un premio en la estantería. Parecía alguien

que lleva horas vigilando una variable que no puede controlar.
Se lavó la cara con agua fría. El olor a suavizante de la toalla —doméstico, ajeno— le revolvió el estómago durante un segundo. Tragó saliva. Salió.
En el rellano se detuvo frente a la puerta de la habitación de Alba. La niña estaba sentada en el suelo, rodeada de juguetes. La caja grande de Legos ocupaba el centro como si hubiera llegado sola. Alba encajaba piezas y tarareaba una melodía que Elena no supo identificar. No era infantil. Había intervalos extraños, subidas y bajadas que no se repetían como un jingle.
Elena apoyó la mano en el marco.
—¿Qué estás haciendo, mi amor?
Alba levantó la vista y sonrió. La sonrisa de siempre. Abierta. Sin cálculo.
—Construyendo.
—¿Qué construyes?
—No sé. Algo.
Elena entró y se sentó en el suelo. Notó la dureza del parqué bajo el pantalón. Alba le pasó un bloque rojo sin mirarla, mano extendida, ojos fijos en la estructura.
—Pon este aquí.
Elena obedeció. Encajó la pieza en la esquina superior izquierda. La forma empezaba a parecer un edificio con ventanas asimétricas.
Jugaron en silencio. Clic. Clic. Clic.
Elena observó las manos de Alba.
Antes, Alba buscaba. Probaba. Forzaba piezas que no encajaban. Se frustraba y volvía a empezar. Ahora los dedos iban directos a la pieza correcta, la cogían sin dudar y la colocaban a la primera, como si el plano estuviera ya resuelto en algún lugar al que Elena no tenía acceso.
Entonces Alba dijo:
—¿Dónde está Bruno?
Elena parpadeó.
—¿Quién?
—Mi oso. El marrón. El que tiene el ojo cosido.
El oso de peluche. Desde los tres años. El ojo cosido por Elena una

tarde de sofá y aguja. El que estaba con Alba la noche del accidente. El que Elena había metido en el ataúd, bajo el brazo derecho, antes de que cerraran la tapa.
Elena notó un tirón en el pecho, pero no dejó que subiera a la cara.
—Está en tu cama, cariño.
Mintió despacio, midiendo la voz.
En la cama había un oso marrón. Parecido. Nuevo. Sin el ojo cosido. Sin el brazo relleno. Sin el olor de los años.
Alba frunció el ceño, un gesto mínimo.
—No. Ese no es Bruno. Ese es… el oso.
—Se llama Bruno.
—No.
—Tú le pusiste ese nombre.
Alba dejó la pieza azul en el suelo, como si hubiera perdido interés de golpe.
—A lo mejor. No me acuerdo.
La frase no sonó triste. Sonó informativa, como un dato mal archivado.
—¿No te acuerdas del nombre de tu peluche?
—No sé. A veces me acuerdo de cosas y a veces no. Es como… como una radio. Unas cosas se oyen bien y otras tienen ruido.
Elena mantuvo la respiración estable.
—¿Qué cosas tienen ruido?
Alba se encogió de hombros y volvió a construir.
—Cosas. De antes.
"De antes" era una frontera puesta por la niña sin darse cuenta.
Elena sintió que la casa se hacía más estrecha.
—¿Cuándo es tu cumpleaños?
—En mayo.
—No. Es en septiembre. Catorce de septiembre.
Alba la miró, demasiado quieta.
—¿Seguro?
—Seguro.
—Ah… entonces mayo es otra cosa.
Elena supo cuál. Catorce de mayo. Ella.
No lo dijo.

Alba siguió jugando como si acabara de equivocarse de color, no de vida. Clic. Clic. Clic. Los dedos sin error.
Elena se levantó despacio y salió. Cerró la puerta sin hacer ruido, girando el picaporte milímetro a milímetro. Se apoyó en la pared del pasillo y respiró una vez, dos.
Lagunas de memoria, se dijo. Desorientación postraumática. Palabras útiles. Palabras que encajan en informes.
Pero una voz en su cabeza —la de Samir, su antiguo mentor— le devolvió otra frase, más breve:
No sabes qué ha vuelto.
Elena apretó la mandíbula y bajó las escaleras.
--
El laboratorio la recibió con su zumbido de siempre. El frigorífico de muestras, grave. El olor a desinfectante, plástico y metal. La luz fluorescente parpadeó al encenderse y se estabilizó.
Se detuvo junto a la mesa de acero.
La mancha seguía ahí. Marrón oscuro, infiltrada en las microgrietas. Había probado lejía, alcohol, agua oxigenada. Había arañado el acero con un cepillo duro. Los bordes se habían aclarado, el centro no.
No la tocó.
Fue al estante, sacó una libreta nueva. Negra, tapas duras. Sin marca. La había comprado el día anterior a tres calles de casa, pagando en efectivo. No por romanticismo: por control. Lo que iba a escribir no podía vivir en una nube, ni en un correo, ni en una copia invisible.
Metió la libreta en el cajón bajo la mesa y lo cerró. La cerradura era pequeña, de bronce, con una llave diminuta. Se guardó la llave en el bolsillo. Sintió el metal contra el muslo.
Todavía no había escrito nada. Ya había tomado una decisión.
--
Esa noche, después de acostar a Alba, bajó al sótano.
Le leyó un cuento, pero sus ojos se quedaron en la respiración de la niña, en el color de las mejillas, en la temperatura de las manos al despedirse. Subió la manta con un gesto exacto. Esperó a oír el patrón del sueño. Entonces bajó.

Necesitaba reglas. Si había reglas, había margen.
Preparó el equipo por memoria muscular: lámpara, microscopio, portaobjetos, guantes. La rutina era una cuerda.
Abrió el frigorífico de muestras. La luz azulada del compartimento le dio en los dedos. Sacó una caja transparente con una etiqueta a mano: Mus musculus, 24h post mortem. Un ratón muerto hacía un día. Lo colocó bajo el microscopio con pinzas estériles.
Las células estaban como debían: oscuras, colapsadas, membranas rotas, estructura dispersa.
Se sentó y miró la pared.
Había una foto. Solo una. Alba en el parque el verano pasado, sonrisa torcida, el pelo al viento, las manos manchadas de helado de fresa.
Elena miró la foto hasta que el cuerpo entendió lo que la cabeza intentaba evitar.
Las lágrimas vinieron con señales físicas: presión en el puente de la nariz, contracción en el mentón, calor detrás de los ojos. La primera rodó por la mejilla izquierda.
La recogió en un portaobjetos estéril con una micropipeta, como si fuera una muestra. Limpió la segunda con el dorso de la mano. No necesitaba más de una.
Aplicó una gota al tejido muerto. Bajo el objetivo, la lágrima se extendió en un círculo mínimo, transparente.
Esperó.
Contó.
A los cuarenta segundos, una célula se contrajo. Apenas un espasmo de membrana. Luego otra. Luego otra. Las membranas rotas empezaron a cerrarse. El contenido disperso a reagruparse. Las mitocondrias mostraron actividad.
Elena dejó de respirar durante unos segundos, no por dramatismo: por no moverse.
Cinco minutos. La actividad se mantenía.
Diez. Igual.
Catorce. Estable.
Quince.
El apagón fue brusco. Primero una célula, luego otra, luego todas en

cadena. Membranas rotas de nuevo. Orgánulos oscurecidos.
Actividad cero.
Elena se apartó del ocular. Respiró. Se frotó los ojos una vez.
Repitió el experimento. Portaobjetos nuevo. Tejido nuevo. Otra lágrima; esta tardó más. Tuvo que mirar la foto y sostenerla. Aceptar el golpe sin apartarse.
Mismo patrón.
Cuarenta segundos.
Catorce minutos.
Colapso al decimoquinto.
Una vez más. Igual.
Tres repeticiones con el mismo resultado no eran suerte.
Eran dato.
Elena echó la silla hacia atrás. El respaldo crujió. Miró el techo del sótano: tuberías, una mancha de humedad, la bombilla fluorescente indiferente.
Sacó la libreta negra del cajón con llave y escribió:
Día 3.
Efecto temporal. Sin soporte continuo, el sistema colapsa. Ventana en tejido murino: ~15 min.
Extrapolación a organismo humano: desconocida.
Añadió:
Las lágrimas actúan como soporte externo. Sin ellas, apagado.
¿Frecuencia? ¿Dosis? ¿Importa el tipo de llanto (emocional vs reflejo)?
Y, debajo, con letra más pequeña:
¿Qué ocurre cuando se agotan?
Alzó la vista hacia el techo. Hacia la planta de arriba. Hacia la habitación de Alba. Hacia la respiración que estaba contando sin estar allí.
Cerró la libreta, la guardó, giró la llave. Se metió la llave en el bolsillo y apagó el laboratorio.
Subió las escaleras con pasos controlados.
En el recibidor se detuvo.
Había un sobre blanco en el suelo, junto a la puerta, deslizado por debajo. Elena lo miró desde lejos, como si midiera la distancia de

seguridad.
Se acercó. Lo recogió.
Sin remitente. Sin sello. A mano: Dra. San Martín.
Lo abrió.
Dentro, una hoja con membrete del Ayuntamiento. Sección de Cementerios y Servicios Funerarios. Un párrafo resaltado en amarillo:
Se comunicaba que, en labores rutinarias de mantenimiento del Cementerio Central de Viena, se habían detectado irregularidades en la parcela 4471 (titular: San Martín, Alba). Se solicitaba contacto "a la mayor brevedad".
Elena lo leyó tres veces. No cambió una sola palabra.
Doblo la hoja, la metió en el sobre y guardó el sobre en el bolsillo trasero, junto a la llave del cajón.
No iba a llamar.
No iba a aclarar nada.
Lo dejó claro para sí con una frase interna corta, sin adornos: No existe.
Y supo que había cruzado una línea distinta. No por el acto — ya había hecho cosas peores— sino por el modo: esto era deliberado, a plena luz mental. No era impulso. Era cálculo.
La diferencia entre un tropiezo y un paso.
Elena dio el paso.
El grito la despertó a las tres de la mañana.
Se incorporó de golpe. El suelo estaba frío. El pasillo, oscuro. Llegó a la habitación de Alba y empujó la puerta.
La niña estaba sentada en la cama, rígida, agarrándose el pecho con las dos manos. Los ojos abiertos de más. La boca buscando aire.
—¡No puedo respirar!
Elena le tocó la frente: caliente. La piel estaba húmeda, pero el sudor era frío. No olía a esfuerzo; olía a urgencias. Buscó el pulso en la muñeca: rápido, irregular.
—Mírame. Estoy aquí.
Alba no podía mirarla. Se llevó la mano a la garganta. Jadeó. Los labios empezaron a oscurecerse. El color avanzó hacia las mejillas como una marea al revés.

Elena lo vio con una claridad clínica.
Se está apagando.
Corrió al baño, abrió el botiquín y sacó lo primero que encontró: antihistamínicos. Le temblaron los dedos al rasgar el aluminio. La pastilla resbaló; la atrapó. Volvió corriendo.
Alba estaba peor.
El cuerpo convulsionaba con sacudidas que no obedecían a una orden consciente. Los ojos se fueron hacia arriba. Un sonido húmedo salió de la garganta, como si el aire chocara contra un obstáculo.
—No. No.
Le acercó la pastilla a los labios. Intentó que tragara. La mandíbula estaba tensa, los dientes apretados. La pastilla rebotó y cayó sobre la sábana, rodó hasta el borde y desapareció.
—¡Alba!
No respondió.
Elena la levantó. La apretó contra su pecho. La meció como cuando era bebé, no por nostalgia: por necesidad física de sostener algo que se iba.
—No te vayas.
No fue un discurso. Fue una orden inútil.
Y entonces lloró.
No el llanto pequeño del laboratorio, medible, utilizable. Esto fue un sollozo que le cortó el aire y la obligó a doblarse un poco sobre el cuerpo de Alba.
Una lágrima cayó.
Resbaló por su barbilla y cayó sobre los labios azulados de la niña.
Alba la tragó por reflejo.
Elena contó.
Tres.
Cuatro.
Cinco.
Alba tosió. Una vez. Otra. El sonido cambió: entró aire.
La inspiración siguiente fue larga y ruidosa, como si el cuerpo encontrara una puerta.
El color regresó por capas: labios, mejillas, piel alrededor de los

ojos. El pulso empezó a bajar. Las convulsiones se detuvieron. La tensión de los músculos cedió.
Alba quedó blanda contra ella, caliente, respirando.
Elena no se movió. No por ceremonias: por miedo a alterar un equilibrio que acababa de ver nacer.
Alba parpadeó. Las pupilas reaccionaron a la luz de la lamparita. Enfocó con confusión.
—¿Qué pasó?
—Una pesadilla.
—No me acuerdo.
—Ya pasó.
Alba se acurrucó contra ella. Pequeña, viva. El corazón de la niña golpeaba con un ritmo que, por primera vez en horas, no sonaba a amenaza.
Con los ojos medio cerrados, Alba murmuró:
—Sabe a ti, mami.
Elena se quedó quieta.
—¿Qué?
—La cosa que cayó… sabe a ti. A cuando me abrazas. A cuando estás triste pero finges que no.
La frase fue extraña por su precisión y por su calma. Luego Alba bostezó y se durmió en menos de diez segundos.
Elena siguió sosteniéndola, mirando la pared sin verla.
Porque acababa de entender el mecanismo con una claridad que no admitía consuelo.
No era un milagro. No era un golpe de suerte.
Era dependencia.
Alba no estaba "curada" en el sentido científico de la palabra. Estaba conectada a Elena por un circuito que no debería existir. El soporte no era sangre; era otra cosa. Algo que Elena producía y que el cuerpo de la niña aceptaba.
Elena abrazó a Alba un poco más fuerte.
Y, a las tres de la mañana, con la respiración de la niña en el cuello, formuló el pensamiento como se formula un protocolo, sin adornos:
Si pasa X, hago Y.
Si los labios oscurecen, actúo.

Si la piel enfría, actúo.
Si no puedo…
No terminó.
Se quedó en la cama, contando la respiración, midiendo el calor con el antebrazo, esperando el amanecer como se espera un resultado: sin fe, con vigilancia.

CAPÍTULO 5 - LA LLAMADA

El móvil de Elena vibró sobre la encimera de la cocina como una sentencia.
Era la mañana del sexto día. Luz clara entrando por las ventanas. Alba sentada a la mesa, comiendo tostadas con mantequilla, viendo dibujos animados en la televisión del salón contiguo. Una escena doméstica tan normal que dolía.
Elena estaba de pie junto al fregadero, con una taza de café que se había enfriado hacía una hora sin que lo probara. Miraba a su hija con esa vigilancia constante que no había abandonado desde la resurrección. Cada respiración. Cada movimiento. Cada segundo confirmando que Alba seguía ahí.
El móvil vibró otra vez.
Elena lo cogió, miró la pantalla.
Dr. Samir Idris
El estómago se le cayó al suelo.
Samir. Su antiguo mentor. Director del Instituto Europeo de Medicina Traslacional de Viena. El hombre que la había formado. El hombre que conocía cada detalle de su investigación.
El hombre que no debería estar llamándola ahora.
El mensaje decía:
"Necesito verte. Urgente."
Elena borró el mensaje sin responder.
El móvil vibró inmediatamente con otro.
"Sé lo que hiciste en el cementerio."
Elena dejó caer el cuchillo que tenía en la mano. El sonido metálico contra la encimera hizo que Alba levantara la vista. —¿Estás bien, mami?

—Sí, cariño. Come.
Pero no estaba bien.
Porque si Samir sabía.
Si Samir la había visto.
Un tercer mensaje.
"No soy tu enemigo, Elena. Pero necesitamos hablar. Hoy."
Elena miró a Alba. La niña había vuelto a concentrarse en sus tostadas, ajena a la bomba que acababa de explotar en la vida de su madre.
Con manos temblorosas, Elena escribió una respuesta:
"Instituto. 14h."
La respuesta de Samir llegó en segundos:
"Te espero."

A las dos en punto, Elena dejó a Alba en casa con todas las puertas cerradas con llave.
—Vuelvo en una hora —mintió—. No abras a nadie. ¿Me oyes? A nadie.
—¿Ni siquiera si tocan?
—A nadie.
Alba asintió, pero había algo en su mirada. Algo que decía que sabía que su madre estaba asustada.
Elena condujo hasta el Instituto Europeo de Medicina Traslacional sintiendo que el mundo se estrechaba a su alrededor. El edificio se elevaba en el distrito octavo de Viena, todo vidrio y acero, con el prestigio de décadas de investigación ocular grabado en cada piedra. Había trabajado aquí durante quince años. Conocía cada pasillo. Cada laboratorio.
Ahora sentía como si estuviera entrando en territorio enemigo.
Subió hasta el tercer piso. El despacho de Samir estaba al final del pasillo, con vistas a la ciudad. La puerta estaba entreabierta.
Elena empujó.
Samir estaba de espaldas, mirando por la ventana. No se giró cuando ella entró.
—Cierra la puerta —dijo con voz cansada.
Elena obedeció. Se quedó de pie junto a la entrada, con los brazos

cruzados.
—¿Qué quieres?
Samir se giró lentamente.
Elena contuvo una exclamación.
No lo había visto en un mes. Desde antes del accidente. Antes del funeral.
Y en ese mes, se había convertido en otra persona.
Estaba demacrado. Los pómulos sobresalían bajo la piel pálida. Tenía ojeras profundas. Había perdido peso. Mucho peso. La chaqueta le colgaba como si fuera dos tallas más grande.
—Dios mío —susurró Elena—. ¿Qué te pasó?
—Siéntate.
—Samir.
—Por favor. Siéntate.
Elena se sentó en la silla frente al escritorio. Samir se dejó caer en su propia silla con un movimiento doloroso, como si los huesos le pesaran demasiado.
Se quedaron en silencio durante un largo momento. Finalmente, Samir habló.
—Te vi.
—¿Qué?
—Saliendo del cementerio. La madrugada del funeral de Alba. Cargabas algo.
Elena sintió que la habitación se inclinaba.
—No sé de qué hablas.
—Elena. Por favor.
—No estaba ahí.
—Te vi con mis propios ojos.
—Estás equivocado.
Samir la miró con esos ojos hundidos que alguna vez habían sido brillantes y llenos de curiosidad científica.
—No me trates como idiota. Fui tu mentor. Te conozco mejor que nadie.
—No sabes nada.
—Sé que profanaste la tumba de tu hija.
La palabra colgó en el aire como una acusación.

Elena se levantó.
—Esta conversación se terminó.
—Y sé por qué lo hiciste.
Elena se detuvo con la mano en el picaporte.
—No tienes idea de lo que estás diciendo.
—Lo hiciste porque creíste que podías traerla de vuelta.
Elena se giró lentamente.
Samir la miraba con una expresión que no era acusatoria. Era comprensión. Empatía.
Y eso era peor.
—Samir.
—¿Funcionó?
—Vete al infierno.
—Es una pregunta sincera.
—No voy a tener esta conversación.
Samir se levantó con esfuerzo visible. Se apoyó en el escritorio. Elena vio entonces que le temblaban las manos.
—Siéntate —dijo Samir—. Por favor. Solo cinco minutos más.
—No.
—Tengo cáncer.
Elena se quedó quieta.
Samir abrió un cajón de su escritorio. Sacó un sobre manila. Lo deslizó sobre la mesa hacia ella.
—Ábrelo.
Elena lo cogió con manos que no sentía como suyas. Sacó los documentos.
Escáner médico. Informe oncológico. Términos que conocía demasiado bien.
Adenocarcinoma de páncreas — Estadio IV Metástasis hepática confirmada Pronóstico: 8-12 semanas
Elena levantó la vista.
—Samir.
—Tres meses —dijo él con voz plana—. Quizá menos. Los médicos son optimistas cuando dicen tres meses.
—Lo siento.
—Yo también.

Se sentó otra vez, despacio, como un hombre muy viejo.
—Por eso estaba en el cementerio esa madrugada —continuó —. No podía dormir. Conduzco cuando no puedo dormir. Y te vi. Saliendo con ese bulto en brazos.
Elena cerró los ojos.
—Sabía qué era —dijo Samir—. O creía saberlo. Pero me dije que estaba loco. Que el dolor te hace ver cosas que no están ahí. Que el cáncer me estaba pudriendo el cerebro además del cuerpo.
—No hice nada.
—Hasta que empecé a pensar en tu trabajo. En tu método. En el fenómeno. Sobre mantener las células vivas cuando deberían estar muertas.
—Samir, por favor.
—Y me pregunté: ¿y si lo logró? ¿Y si realmente encontró la manera?
Elena se levantó.
—Esto es una locura. No sé qué estás insinuando, pero.
—Estoy muriendo, Elena.
La voz de Samir se quebró en la última palabra.
Elena se detuvo.
—Y tengo miedo —continuó—. No de morir. Eso es inevitable. Tengo miedo de desaparecer sin haber hecho algo que importe de verdad. Algo que trascienda.
Se llevó una mano temblorosa a la cara.
—Pasé cincuenta años estudiando el cuerpo humano. Publiqué cien artículos. Formé a una generación de investigadores. Y cuando me muera, ¿qué quedará? Nada. Solo papel que nadie leerá.
—Eso no es verdad.
—Es verdad.
Se puso de pie, apoyándose pesadamente en el escritorio.
—Dime qué descubriste y te ayudo a perfeccionarlo. Lo que sea que hiciste, podemos hacerlo mejor. Juntos. Como antes.
—No hay nada que perfeccionar.
—Elena.
—No hay nada. ¿Me oyes? Nada.
Samir la miró durante un largo momento. Luego asintió despacio.

—De acuerdo.
—¿De acuerdo?
—Si no quieres mi ayuda, no te obligaré.
Elena sintió alivio y sospecha a partes iguales.
—Gracias.
—Pero Elena.
—¿Qué?
—Sea lo que sea que hiciste. ten cuidado.
—No hice nada.
—Porque si lo que creo que pasó realmente pasó. —vaciló— entonces has abierto una puerta que no deberías haber abierto.
Elena se dirigió a la salida.
—Adiós, Samir.
—Algunos umbrales no están hechos para cruzarse.
Elena abrió la puerta.
—Y algunas resurrecciones tienen precio.
Elena salió y cerró de un portazo.
Condujo de vuelta a casa con las manos apretadas en el volante y el corazón golpeándole las costillas.
Samir sabía.
No todo. Pero suficiente.
Y si él lo sabía, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que otros también lo supieran?
Estacionó en el garaje, entró por la cocina, subió las escaleras.
—¿Alba?
Silencio.
—¿Alba?
Elena corrió al dormitorio. Vacío.
Al baño. Vacío.
Al cuarto de Alba. Vacío.
El pánico empezó a trepar por su garganta.
—¡Alba!
Y entonces escuchó un ruido abajo.
En el laboratorio.
Elena bajó las escaleras de dos en dos. Empujó la puerta del laboratorio.

Alba estaba ahí.
De pie frente a la mesa metálica.
Descalza.
Inmóvil.
Mirando una mancha oscura en el metal. Sangre seca que Elena no había limpiado del todo.
—Alba —dijo Elena con voz temblorosa—. ¿Qué haces aquí?
La niña no respondió.
No se giró.
Solo seguía mirando la mancha.
Elena entró despacio.
—Cariño, esta sala está prohibida. Ya lo sabes.
—La puerta estaba abierta.
—No debería estarlo.
—Pero lo estaba.
Elena llegó a su lado. Se arrodilló.
—Ven. Vamos arriba.
Alba señaló la mancha con un dedo pequeño.
—¿Esto es mío?
Elena sintió que el aire abandonaba sus pulmones.
—Es. solo una mancha.
—¿De qué?
—No importa.
—¿Es sangre?
—Alba.
—¿Es mi sangre?
—No. Claro que no.
Pero Alba finalmente se giró para mirarla.
Y en sus ojos había algo que no debería estar ahí.
Conocimiento.
Certeza.
Miedo.
—Mami —dijo con voz tan baja que Elena apenas la escuchó—. ¿Yo morí?
Elena abrió la boca para mentir otra vez. Para decir que no. Para inventar otra historia.

Pero algo en la mirada de Alba la detuvo.
Porque su hija ya sabía la respuesta.
Y esperaba que Elena tuviera el coraje de decir la verdad

CAPÍTULO 6 - LA VERDAD FRACTURADA

Elena no durmió esa noche.
Se quedó en el suelo del laboratorio, con la espalda contra la pared y las piernas estiradas sobre las baldosas que nunca conseguían calentarse. La casa entera dormía por encima de ella —los crujidos de la madera, el suspiro intermitente de las cañerías, el tic-tac del reloj de la cocina filtrándose a través del techo como un pulso ajeno —, pero aquí abajo el silencio era de otra clase. Más denso. El silencio de las cosas que se esconden.
Tenía los ojos abiertos, fijos en la mesa metálica del centro del laboratorio, donde una mancha oscura se resistía a desaparecer. Había frotado con lejía. Había frotado con alcohol isopropílico, con agua caliente, con un estropajo que terminó deshaciéndose entre sus dedos. Pero la sangre seca de hacía seis días se había infiltrado en las juntas del acero inoxidable, en los arañazos microscópicos de la superficie, y allí se había quedado. Un contorno irregular, parduzco. Una sombra con forma de nada y de todo.
Sangre del cuerpo que había traído del cementerio.
Del cuerpo de su hija.
Elena apoyó la nuca contra el cemento. El frío le mordió la piel del cuello y se extendió por la base del cráneo con una puntualidad casi medicinal. Lo agradeció. Cualquier sensación que no fuera pensamiento —que no fuera el circuito cerrado de lo hice, lo hice, lo hice— constituía un alivio breve, pero alivio al fin.
Arriba, Alba dormía. O eso esperaba. Después de la pregunta —¿yo morí?— la niña se había quedado mirándola desde el último peldaño de la escalera, con las manos apoyadas en las rodillas y esos ojos demasiado sabios, demasiado quietos, esperando una respuesta que Elena no supo darle. No porque no la tuviera. Porque la respuesta correcta y la respuesta soportable eran dos cosas distintas, y Elena no encontró la forma de unirlas en una sola frase.

Así que había hecho lo único que sabía hacer bajo presión: mentir. «Es solo una mancha, cariño. Nada importante.»
Alba la había mirado un segundo más. Solo uno. Pero en ese segundo Elena vio algo que no debería existir en la cara de una niña de ocho años: paciencia. La paciencia tranquila de alguien que sabe que le están mintiendo y decide no insistir.
Y Elena no pudo culparla.
Se miró las manos en la penumbra. Las uñas seguían teñidas de un marrón tenue que podía pasar por tierra si nadie miraba demasiado cerca. Nadie iba a mirar. No había nadie. Ese era el problema y la protección: la soledad lo cubría todo, pero debajo las cosas seguían ardiendo.
Las cuatro de la mañana. Las cinco. Las seis menos cuarto.
No cerró los ojos ni una vez.
Cuando el primer rayo de sol atravesó la ventana del laboratorio —una línea oblicua y fina que cruzó el suelo como un corte de bisturí—, Elena subió las escaleras con piernas que apenas la sostenían. Los músculos de los muslos le temblaban, no de esfuerzo sino de horas de inmovilidad, de frío acumulado en las articulaciones, de una tensión sostenida que ni siquiera había registrado hasta que intentó ponerse de pie y las rodillas le dijeron que no.
Se agarró a la barandilla. Subió un peldaño. Otro. Cada uno le costó un poco más que el anterior. En el rellano se detuvo, escuchó. De la habitación de Alba llegaba un sonido pequeño, rítmico: el rasgueo de un crayón sobre papel.
Despierta.
Elena se alisó el pelo con los dedos. Se frotó la cara. Se compuso una expresión que imitara normalidad —cejas relajadas, boca suave, ojos abiertos pero no demasiado— y empujó la puerta.
Encontró a Alba sentada en el suelo de su habitación, aún en pijama, con el cuaderno de dibujo abierto sobre las rodillas cruzadas. La luz de la mañana entraba por la ventana y le daba en el costado, iluminando la mitad de su cara y dejando la otra en una sombra suave. El pelo le caía sobre los hombros en mechones desordenados que necesitaban un cepillo.
Era una estampa perfectamente normal. Una niña dibujando a

primera hora. Excepto por un detalle que Elena tardó un momento en identificar: Alba no se movía mientras coloreaba. Normalmente —antes— dibujaba con todo el cuerpo, inclinándose, cambiando de postura, mordiendo la lengua en las esquinas, sacudiendo el crayón cuando el color no salía. Ahora su torso permanecía quieto. Solo la mano se movía. Trazos lentos, deliberados, con una economía de movimiento que parecía adulta.

—Buenos días —dijo Elena desde el umbral, obligando a su voz a sonar ligera.

Alba levantó la vista. La miró un instante. Algo pasó por detrás de sus ojos —un cálculo, una lectura, algo que procesó en silencio — y luego sonrió con la dulzura despreocupada de cualquier niña de ocho años.

—Buenos días, mami.

—¿Qué dibujas?

—No sé. Cosas.

Elena cruzó la habitación, controlando cada paso para que sus piernas no la traicionaran, y se sentó junto a ella en el suelo. La madera estaba tibia donde le daba el sol. Olía a cera caliente y a ese aroma limpio y un poco dulce que tienen los niños al despertar, un olor que Elena habría reconocido con los ojos cerrados entre mil otros.

El cuaderno mostraba trazos abstractos. Líneas rojas que se cruzaban en ángulos que no parecían casuales. Manchas azules extendidas con la yema del dedo, no con el crayón. Algo en el centro que podría ser una persona o una sombra o el espacio que queda cuando una persona se va. Difícil decirlo.

Elena buscó un significado. Un patrón. Una clave. Pero el dibujo se resistía, y esa resistencia la inquietó más que cualquier imagen reconocible, porque lo reconocible se puede nombrar y lo que se puede nombrar se puede controlar.

Se quedaron en silencio durante un largo momento. El tipo de silencio que existe solo entre madres e hijos: cómodo por fuera, lleno de corrientes por debajo.

El crayón rojo se detuvo a medio trazo.

Entonces Alba habló, sin levantar la vista del papel. Con la misma

naturalidad con la que habría dicho tengo hambre o ¿puedo ver la tele?
—Lo recuerdo, mami.
Elena sintió que el aire abandonaba la habitación. No de golpe. Despacio. Como si alguien hubiera perforado las paredes con un alfiler y la atmósfera se filtrara hacia afuera, milímetro a milímetro, dejando un vacío progresivo que le presionaba los tímpanos.
—¿Qué recuerdas?
—El coche. El vidrio. Los trozos volando. Tu cara llorando.
Elena cerró los ojos. Las palabras de Alba le entraron como agujas: finas, precisas, directas al centro.
—Alba…
—¿Es verdad? ¿Morí?
La pregunta colgó en el aire como una sentencia que espera ser firmada.
Elena abrió los ojos y miró a su hija. Ocho años. Solo ocho años. Rodillas con costras de caídas en el parque. Dedos manchados de cera roja. Pijama de ositos que le quedaba un poco corto porque había crecido desde que se lo compraron y Elena no había encontrado momento para comprar otro, porque el mundo se había roto entre medias y los pijamas dejaron de importar.
Demasiado joven para saber lo que era morir.
Demasiado joven para haber vuelto.
Había mentido la noche anterior. Había mentido con la soltura mecánica de quien lleva seis días construyendo una versión alternativa de la realidad, colocando ladrillos falsos sobre cimientos falsos, levantando una pared que no protegía a nadie pero que al menos tapaba la vista. Ahora, sin embargo, con el sol de la mañana entrando por la ventana y la mirada de Alba esperando sin parpadear, la mentira se le deshacía en la boca como sal.
No podía mentirle otra vez.
—Sí —susurró.
La palabra salió tan baja que Elena no estuvo segura de haberla dicho en voz alta. Pero Alba la oyó. La recibió sin inmutarse. Sin temblar. Sin llorar. Como quien recibe la confirmación de algo que ya sabía y solo necesitaba escuchar para darle permiso de existir.

Dejó el crayón en el suelo. Rojo. Lo colocó paralelo al borde del cuaderno con una precisión que no parecía casual.
—¿Y me trajiste de vuelta?
—Sí.
—¿Cómo?
Elena tragó saliva. Las palabras se le atascaban en la garganta como cristales rotos. Cada sílaba cortaba al salir.
—Hubo un accidente. Muy grave. Los médicos dijeron que no había nada que hacer. Que el daño era… —se le cerró la garganta, la forzó a abrirse— demasiado. Pero yo no pude aceptarlo.
—¿Me salvaste con ciencia?
La pregunta era tan Alba —directa, sin rodeos— que por un instante Elena vio a la niña de antes. La que preguntaba por qué los aviones no se caen y si las ballenas pueden llorar y cuántas estrellas caben en una cuchara. La niña que creía que la ciencia podía explicarlo todo. Que su madre podía explicarlo todo.
—Intenté. Sí. Usé todo lo que sabía. Y cosas que no sabía del todo.
Alba la miró con esos ojos enormes que Elena conocía desde el primer segundo de su vida. Los mismos ojos que se habían abierto en aquella sala de partos bajo luces blancas, buscándola sin saber buscar. Pero había algo diferente en ellos ahora. Algo más viejo. Más profundo.
—¿Y funcionó?
Elena le apartó un mechón de pelo de la cara. El gesto más viejo del mundo. El más necesario.
—Estás aquí, ¿verdad?
Alba asintió despacio. Pensativa.
Luego, para sorpresa de Elena, sonrió. Una sonrisa abierta, limpia, desprovista de sombras.
—Eres la mejor mamá del mundo.
Y se lanzó a abrazarla.
Elena la sostuvo contra su pecho. Los brazos flacos rodeándole el cuello. El calor pequeño de su cuerpo. El latido de su corazón contra las costillas de Elena, rápido, ligero, vivo. Tres palabras se repetían en su cabeza como una oración rota: real, vivo, imposible.
Le temblaban las manos. Las enterró en el pelo de Alba para que la

niña no lo notara.
—Te quiero, cariño —susurró contra su cabello. Olía a champú de fresa. El mismo de siempre. Y ese olor familiar —absurdo, doméstico, insignificante— fue lo que le quebró algo por dentro. Las lágrimas le bajaron por las mejillas en silencio. Las dejó caer. No podía sollozar, porque Alba lo sentiría en la vibración de su pecho, así que lloró sin sonido, con la mandíbula apretada, tragándose cada sacudida como se traga una astilla.
—Yo también te quiero, mami.
Por un momento —solo un momento— Elena se permitió creer que todo estaría bien. Que lo peor había pasado. Que la ciencia había hecho su trabajo, imperfecto y, pero su trabajo al fin. Que podían seguir adelante, día a día, y que con el tiempo las grietas se llenarían y Alba volvería a ser solo Alba.
Pero entonces recordó la crisis de la noche anterior. El color azul de los labios de Alba, un azul que no pertenecía a la vida. El tono gris extendiéndose por su piel como una mancha de tinta en agua. La forma en que su cuerpo había perdido tensión y empezado a derrumbarse sobre sí mismo. Y cómo una sola lágrima —una, que había caído por accidente, que podría no haber caído— había revertido todo.
Una lágrima. La diferencia entre viva y muerta.
Y supo que nada estaría bien.
Nunca.
Esa noche, después de acostar a Alba —después de leerle dos cuentos en lugar de uno, y de quedarse sentada en el borde de la cama hasta que la respiración se hizo lenta y regular, y de verificar tres veces que el color de sus labios seguía siendo rosa, y de apoyar dos dedos en su muñeca para contar el pulso, sesenta y ocho, normal, bien—, Elena bajó al laboratorio y abrió su cuaderno cifrado. Era una libreta de tapas negras sin ninguna marca exterior. La guardaba en un cajón con llave bajo la mesa de trabajo, envuelta en una bolsa de plástico opaco que la protegía de la humedad y de las miradas. La había comprado el segundo día, cuando comprendió que lo que estaba sucediendo necesitaba ser registrado pero no podía ser registrado de ninguna forma convencional. Nada de

ordenadores. Nada de archivos digitales. Nada que pudiera ser copiado, rastreado, subido a una nube, encontrado por alguien que supiera buscar. Solo tinta sobre papel. Y un sistema de escritura que únicamente ella podía leer: una mezcla de abreviaturas clínicas, latín de formulario farmacéutico y un código de sustitución que había inventado a los dieciséis años para escribir su diario sin que su madre lo encontrara.
Le pareció irónico. Y triste.
Se sentó bajo la luz fría de la lámpara de escritorio. La única luz encendida en toda la casa. Destapó la pluma —un gesto que ya empezaba a convertirse en ritual— y empezó a escribir.

Siguió.
Requiere dosis de soporte cada 48 horas aproximadamente.

Mecanismo: desconocido.
La pluma temblaba. Poco. Lo justo para que los trazos perdieran nitidez en los bordes.
Hipótesis: el meibum emocional actúa como portador de información biológica maternal. Sin él, el sistema inmune de la paciente colapsa.
Levantó la pluma. Leyó lo que había escrito. Una vez. Dos. Sonaba a ciencia. Tenía la estructura fría de una observación de laboratorio, la cadencia desapasionada de un paper que alguien presentaría en un congreso, con diapositivas y gráficos y un café tibio en la mesa.
Pero no era ciencia.
Era una confesión.
Apretó la pluma. Continuó.
Efectos secundarios observados: confusión de memoria. Transferencia de recuerdos (?).
El signo de interrogación le tembló al trazarlo. No por duda científica. Por algo más antiguo y más grande que la duda. Pensó en el dibujo. No el de hoy —el abstracto, el de líneas rojas y azules—, sino el otro. El de hacía dos días. El del cementerio.

Alba lo había hecho en este mismo cuaderno, con estos mismos crayones, sentada en esta misma posición en el suelo de su habitación. Una tumba abierta con tierra a los lados. Una figura pequeña saliendo de un agujero oscuro. Una figura más grande mirando desde arriba, con los brazos extendidos. El cielo pintado de un azul intenso que se oscurecía en los bordes. Y en la esquina inferior derecha, con la letra redonda e inconfundible de Alba, una fecha. Una fecha de hacía dos años.

Alba juraba haberlo hecho ayer. «Lo hice antes de dormir, mami. ¿No te acuerdas?»

Pero la fecha decía otra cosa. Y hacía dos años nadie había muerto. No había ninguna tumba que dibujar. Alba tenía seis años y dibujaba caballos y soles con cara y casas con chimenea humeante. No cementerios. No tumbas abiertas.

Pero Elena sí había dibujado eso. Exactamente eso. Hacía dos años, en la consulta de su terapeuta, sentada en un sillón verde que olía a cuero viejo. Después de la muerte de su madre. Un ejercicio de duelo: «Dibuja el lugar donde la dejaste ir». Elena había cogido los crayones —los únicos materiales disponibles en aquella consulta — y había dibujado una tumba abierta, una figura dentro, otra fuera, los brazos extendidos. Rojo para la tierra. Azul para el cielo. Negro para el agujero.

Los mismos colores. La misma composición. El mismo ángulo. La misma soledad.

¿Cómo podía Alba tener ese recuerdo?

Elena no lo sabía. Y el no-saber era peor que cualquier respuesta posible, porque una respuesta se puede combatir, se puede analizar, se puede desmontar pieza a pieza. Pero un nosaber crece solo. Se expande en la oscuridad. Adopta formas que la razón no alcanza.

Escribió las últimas líneas con letra tan apretada que las palabras casi se fundían unas con otras:

Pregunta crítica: ¿Cuánto tiempo puedo mantenerla así?

Respuesta: No lo sé.

Cerró el cuaderno de golpe. El sonido resonó en el sótano como un portazo. Guardó la pluma en su sitio. Puso las manos planas

sobre la mesa metálica y sintió el frío del acero transmitiéndose a las palmas, subiendo por las muñecas, instalándose en los antebrazos.

Bajo su mano derecha, casi invisible, la mancha de sangre que no había conseguido borrar.

Y entonces, rompiendo el silencio como una piedra rompe un espejo, sonó el timbre.

Elena levantó la vista. De golpe. El corazón le dio un solo latido desproporcionado, un golpe seco contra el esternón, como un puño que llama desde dentro.

Miró el reloj en la pared: 23:15.

Las once y cuarto de la noche.

¿Quién tocaba a estas horas?

No esperaba a nadie. No había contactado a nadie. No había dado esta dirección a nadie excepto a Matías, y Matías tenía llave —entraba directamente, sin avisar, con esa forma suya de aparecer en los espacios como si le pertenecieran, una de las muchas cosas que habían terminado por hacer inhabitable su matrimonio—. Se levantó despacio. Las rodillas le crujieron. Guardó el cuaderno en el cajón con llave. Giró la llave. Tiró del cajón para verificar. Se metió la llave en el bolsillo del pantalón y subió las escaleras.

La casa estaba a oscuras. Desde el pasillo del primer piso llegaba la rendija de luz bajo la puerta de Alba. Elena se detuvo un segundo. Escuchó. Silencio. Respiración lenta. Dormida. Siguió hasta la puerta principal. El pasillo olía a la cena de hacía horas —pasta con tomate, lo único que Alba aceptaba comer últimamente— y a algo más debajo, algo metálico y fino que probablemente solo existía en su imaginación. O probablemente no.

Apoyó la frente contra la madera de la puerta. Un segundo. Respiró. Luego miró por la mirilla.

Y el estómago se le hundió.

Al otro lado había una mujer de su edad. Traje oscuro, bien cortado, del tipo que no se arruga aunque lo lleves puesto catorce horas. Cabello castaño recogido en un moño impecable. Pendientes

pequeños. Maquillaje mínimo pero exacto. Todo en ella transmitía control. Todo excepto los ojos, que estaban enrojecidos y brillaban bajo la luz del portal como los de alguien
que ha llorado en el coche antes de bajar.
Vera Molnar.
De todas las personas del mundo. A las once y cuarto de la noche.
Elena sintió que algo se le cerraba en el pecho. No fue dolor. Fue reconocimiento. El tipo de reconocimiento que se produce cuando ves venir algo que sabías que llegaría pero que esperabas que tardara más.
Vera y ella habían sido colegas. Más que colegas. Elena la había tutorizado durante cinco años en la universidad, la había guiado en su primer proyecto de investigación, le había enseñado a leer datos como quien lee una partitura. Después Vera había elegido Cronos y Elena había elegido la independencia. Se separaron sin drama, sin rencor. Dos ríos que nacen de la misma fuente y desembocan en mares distintos. No se habían visto en más de un año.
Y ahora estaba aquí. Sin avisar. A una hora que no admitía explicaciones casuales.
Elena abrió la puerta solo una rendija. Lo justo para que su cara fuera visible pero su cuerpo bloqueara el paso.
—¿Qué haces aquí?
Vera la miró. En su expresión convivían dos cosas que normalmente no van juntas: la compostura profesional de una directiva de alto nivel y la desesperación cruda de una madre. La mezcla resultaba inquietante.
—Necesito hablar contigo.
—No es buen momento, Vera.
—Elena, por favor.
—Vera, tienes que irte.
Había algo en la voz de Vera. Algo blando y astillado debajo de las palabras, una frecuencia que Elena reconoció porque la había oído en su propia voz muchas noches durante las últimas semanas. La frecuencia exacta de una madre que ha agotado todas

las opciones normales y empieza a buscar en los márgenes. Pero Vera empujó la puerta ligeramente —no con violencia, no con agresividad, solo con la determinación silenciosa de alguien que ha cruzado media ciudad a las once de la noche y no piensa volver con las manos vacías— y entró al recibidor antes de que Elena pudiera cerrarle el paso.

—Cinco minutos. Solo eso. Cinco minutos y me voy. —No puedes estar aquí.

—Elena…

—¡Tienes que irte!

La voz de Elena salió más alta de lo que pretendía. Más aguda. Y en esa transparencia estaba la grieta, porque el volumen se puede controlar y el tono se puede modular, pero el miedo tiene su propia temperatura y cualquiera que lo haya sentido alguna vez lo reconoce en la voz de otro.

Vera lo reconoció. Elena vio el destello en sus ojos: sorpresa, después comprensión, después algo que se parecía peligrosamente a la esperanza.

Y entonces Alba bajó las escaleras.

Descalza. En pijama. El pelo revuelto cayéndole por los hombros. Frotándose los ojos con el dorso de la mano, con esa torpeza cálida y universal de los niños que se despiertan a deshora.

—¿Mami? ¿Quién es?

Vera se quedó paralizada.

El color abandonó su rostro. Elena lo vio ocurrir en tiempo real: la sangre retirándose de las mejillas, de los labios, del contorno de los ojos, como una marea que se aleja de la costa dejando la arena expuesta y gris.

Miró a Alba.

Miró a Alba como se mira algo que no puede existir. Con los labios separados. Con las manos inmóviles a los costados. Con una rigidez total,.

—Pero tú… —empezó Vera. La voz apenas audible. Las palabras tropezando unas con otras—. Tú estabas…

Elena reaccionó. Rápido. Demasiado rápido.

—Alba, vuelve a tu cuarto. Ahora.
—Pero…
—¡Ahora!
El tono fue un latigazo. Seco. Cortante. Elena se odió en el instante exacto en que salió de su boca, pero no podía retirarlo, no podía suavizarlo. Alba retrocedió un paso, los ojos muy abiertos, el labio inferior temblando apenas, y subió las escaleras corriendo. Los pies descalzos golpearon los peldaños —rápido, más rápido, decreciendo— y luego la puerta de su habitación se cerró con un golpe que reverberó por toda la casa.
Elena se quedó inmóvil. Contó los latidos de su propio corazón. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Escuchó. No llegó llanto. No llegó movimiento. Solo el silencio denso y acusatorio de una niña asustada acostada en la oscuridad.
Luego agarró a Vera del brazo. Los dedos cerrándose sobre la tela del traje, sintiendo debajo el hueso, la delgadez nerviosa de una mujer que ha perdido peso sin querer ni saber cuándo. La arrastró al salón, lejos de la escalera, lejos del alcance auditivo de Alba.
Cerró la puerta del salón. Se quedaron de pie, una frente a la otra. La lámpara de la mesa proyectaba sombras alargadas que se estiraban por las paredes como dedos.
—Ni una palabra —dijo Elena. Voz baja. Controlada—. ¿Me oyes? Ni una palabra. A nadie.
Vera se sentó en el sofá. No se sentó: se derrumbó. Como si alguien le hubiera quitado los huesos de las piernas. Temblaba. —¿Cómo…?
—No es asunto tuyo.
—Elena, ella estaba muerta. —Vera tragó saliva. Le costó—. Vi el periódico. Vi las noticias. Vi la esquela con su nombre y su foto. Hubo funeral. Hubo gente llorando. Hubo un ataúd blanco y flores y tierra cayendo.
Se detuvo. Respiró.
—Yo estuve ahí, Elena. Fui al funeral.
Elena acusó el golpe. No lo esperaba. No sabía que Vera había ido. No la había visto ese día. Pero claro: ese día Elena no vio a

nadie. Ese día sus ojos solo registraron tres cosas: el ataúd, el agujero y la tierra.
—Estás equivocada —dijo. Y la mentira le supo a metal en la lengua.
—No estoy equivocada. Yo…
—Vera, tienes que irte. Ahora mismo. Vete y olvida lo que has visto.
Pero Vera no se movió. Se quedó ahí sentada, con las manos apretadas sobre las rodillas —los nudillos blancos, las uñas clavándose en la tela del pantalón—, mirando a Elena con algo que iba más allá de la curiosidad o la sorpresa. Desesperación. Desesperación pura.
—Tengo un hijo —susurró.
Elena se quedó quieta.
—¿Qué?
—Se llama Lucas. Tiene seis años. Lleva dos años en coma. El silencio se instaló entre ellas. No como una pausa. Como un muro. Un muro hecho de algo más duro que el cemento: de reconocimiento. De espejo.
—Vera…
—Los médicos dicen que no hay nada que hacer. Que el daño cerebral es irreversible. Que las funciones que se perdieron no se recuperan. Que lo mejor sería… —su voz se quebró, con un crujido seco— que lo mejor sería dejarlo ir.
Silencio.
—«Dejarlo ir» —repitió Vera, en un susurro que contenía todo el odio del mundo hacia esas dos palabras—. Como si fuera tan fácil. Como si pudiera abrir la mano.
Elena cerró los ojos. Se los apretó con la base de las palmas. Vio puntos blancos contra la oscuridad de los párpados.
—No puedo ayudarte.
—Pero lo hiciste. Con Alba. La vi, Elena. Está viva. Acabo de verla bajar las escaleras en pijama, frotándose los ojos, llamándote mami. No estoy loca.
—No sabes lo que viste.
—¡Sé exactamente lo que vi! —Vera se levantó del sofá. Las

lágrimas le corrían por las mejillas sin control, arrastrando los restos de rímel—. Dime qué hiciste. Dime cómo la trajiste de vuelta. Por favor. Te doy lo que quieras. Dinero. Protección legal. Un laboratorio entero, equipado, privado, sin preguntas. Acceso a los recursos de Cronos, a su tecnología, a lo que sea. Lo que sea, Elena. Pídelo.
—No.
—Elena, por favor. Te lo pido como madre. No como colega. No como científica. Como madre.
—¡He dicho que no!
—Es mi hijo.
—Y es mi hija.
Las dos frases chocaron en el aire. Idénticas en peso. Simétricas como un espejo roto. Dos madres de pie en un salón en mitad de la noche, separadas por un metro de alfombra y por un abismo de implicaciones que ninguna de las dos se atrevía a medir. Elena sintió algo ceder dentro de su pecho. No la resolución. La certeza. Porque sabía que si los papeles estuvieran invertidos, si fuera su hijo el que llevara dos años conectado a máquinas mientras los médicos hablaban de «dejarlo ir», ella estaría haciendo exactamente lo mismo. Estaría de pie en el salón de otra persona a las once de la noche, con el maquillaje corrido y las manos temblando, ofreciendo todo a cambio de lo imposible. Lo sabía. Y saberlo era lo que más dolía.
Vera bajó la voz. Casi un susurro.
—Entonces sabes lo que se siente. Sabes lo que es no poder dormir porque cada vez que cierras los ojos lo ves ahí, inmóvil, conectado a tubos, con máquinas que pitan marcando un ritmo que no es suyo. Sabes lo que es quedarte despierta toda la noche preguntándote si hay algo, cualquier cosa, que no hayas intentado todavía. Algo que se te escapó. Algo que nadie pensó. Sabes lo que es.
Elena apartó la mirada. Miró la pared. La estantería. Los lomos de libros que no había abierto en semanas. Cualquier cosa que no fueran los ojos de Vera.
Sí. Lo sabía.

El silencio se alargó hasta que dejó de ser silencio y se convirtió en respuesta.
Vera sacó una tarjeta de visita del bolsillo interior de su chaqueta. La sostuvo un momento entre los dedos, mirándola como si pesara más de lo que debería, y la dejó en la mesa de centro. Con cuidado. Sin ruido.
—Cuando cambies de opinión —dijo con voz rota—, llámame. Por favor. A cualquier hora.
Cuando. No si.
Vera se dirigió a la puerta del salón. Caminó por el pasillo. Pasos que intentaban ser firmes y no lo conseguían.
Elena no la detuvo. Se quedó donde estaba, con los brazos cruzados sobre el pecho, abrazándose a sí misma, escuchando cómo se alejaban los tacones sobre el parqué.
Vera se detuvo en el umbral de la puerta principal. De espaldas. Sin girarse.
—Trabajamos juntas durante cinco años. Fuiste mi mentora. Me enseñaste a investigar, a no rendirme, a buscar la respuesta aunque todo indicara que no existía. Pensé que… pensé que si alguien podía entenderlo, eras tú.
Silencio.
Salió.
La puerta se cerró con un clic suave. El sonido más pequeño del mundo. Y sin embargo Elena lo sintió en el centro del pecho, como una nota grave que vibra demasiado tiempo.
Se quedó de pie en medio del salón. Sola. En la penumbra. Mirando la tarjeta sobre la mesa de centro. Blanca contra la madera oscura. Pequeña. Inofensiva.
Vera Molnar — Directora de I+D — Cronos Biotech La recogió. Le dio la vuelta.
Escrito a mano en el reverso, con letra temblorosa, con tinta azul que se había corrido en una esquina:
«Mi hijo se llama Lucas. Tiene 6 años. Por favor.»
Elena cerró los ojos. Apretó la tarjeta en el puño. Los bordes de la cartulina se le clavaron en la palma con un dolor mínimo y preciso.

Iba a romperla.
Debía romperla.
Abrió la mano. Miró la tarjeta arrugada. El «Por favor» del reverso asomando entre los pliegues de la cartulina como una voz que se filtra a través de un muro.
No la rompió.
La dejó sobre la mesa. Junto al teléfono. Con el nombre de Cronos hacia arriba y el nombre de Lucas hacia abajo, mirando la madera, donde nadie pudiera verlo sin buscar.
Y entonces el timbre volvió a sonar.
Elena levantó la vista bruscamente. El corazón otra vez. Ese golpe seco.
¿Vera? ¿Volvía para insistir?
Cruzó el salón con pasos rápidos. Llegó a la puerta. Apoyó las manos en la madera —fría, sólida, la última barrera entre ella y lo que fuera que esperara al otro lado— y miró por la mirilla. Y se quedó helada.
Al otro lado de la puerta había un hombre de unos cuarenta años, con chaqueta oscura y expresión seria.
En su mano, una placa de policía.

CAPÍTULO 7 - EL INSPECTOR Y LA TUMBA VACÍA

El inspector y la tumba vacía
Elena no abrió la puerta.
No inmediatamente. Se quedó con la frente a un centímetro de

la madera, la mirilla ocupándole el ojo derecho como el ocular de un microscopio, y estudió al hombre del otro lado con la misma frialdad metódica que aplicaba a una muestra en el laboratorio. Cuarenta y pocos. Complexión media. Chaqueta oscura sin corbata, camisa clara con el cuello ligeramente abierto: un profesional que lleva demasiadas horas de turno. Mandíbula cuadrada, sin afeitar desde ayer. Ojos cansados —no de sueño, de otra cosa, de acumulación—, fijos en la puerta con una paciencia que no era indiferencia sino costumbre. La paciencia de alguien que ha llamado a muchas

puertas a horas en las que nadie quiere recibir visitas y sabe que, tarde o temprano, todas se abren.

La placa seguía levantada a la altura del pecho. Ladeada hacia la luz del porche para que el reflejo la hiciera visible. Un gesto ensayado. Profesional.

Elena respiró por la nariz. Despacio. Controlando la salida del aire para que no se oyera al otro lado. El corazón le latía en un lugar equivocado —en la garganta, en las sienes, detrás de los ojos — y cada pulsación empujaba una palabra: no abras, no abras, no abras.

Consideró no hacerlo. Apagar la lámpara del recibidor. Retroceder en silencio hasta las escaleras. Subir a la habitación de Alba. Cerrar con llave. Esperar a que el hombre se cansara, se diera la vuelta, se subiera a su coche y desapareciera en la noche de Viena como una alucinación que solo ella había visto.

Pero la luz del salón estaba encendida. El recibidor estaba encendido. El coche de Elena estaba en el garaje, visible desde la acera. Y el hombre al otro lado de la puerta ya la había localizado a través de la mirilla —Elena vio cómo sus ojos se habían detenido exactamente en el punto de la puerta donde estaba el agujerito, cómo había inclinado la cabeza un grado, un ajuste mínimo, como diciendo: sé que me está mirando, tómese su tiempo—.

Tres segundos. Elena los contó. Tres segundos durante los cuales hizo el cálculo que hacen las personas que viven con un secreto dentro: si no abro, parezco culpable; si abro, tengo que mentir; si miento mal, todo se acaba.

Abrió.
Lo hizo despacio. Solo lo necesario. Lo justo para que la luz del recibidor le iluminara media cara y la cadena de seguridad quedara tensa entre el marco y la puerta, visible, deliberada. Un mensaje que no necesitaba palabras: puede hablar, pero no puede pasar.
—¿Sí?

El hombre bajó la placa un par de centímetros. No la guardó.
—Inspector Tomás Lira. Policía científica de Viena. ¿Es usted la doctora Elena San Martín?
La voz era grave. Tranquila. Sin inflexiones. El tono plano de alguien que ha aprendido a no poner emoción en las preguntas para que la emoción del otro llene el hueco. Elena lo reconoció porque era la misma técnica que usaban los mejores
entrevistadores clínicos: el silencio como instrumento de presión. —Sí. Soy yo.
—Lamento molestarla a estas horas. ¿Puedo pasar? —¿De qué se trata?
—Preferiría hablar dentro, si no le importa.
Elena no se movió. No apartó la mano de la puerta. No soltó la cadena.
—Mi hija está durmiendo. No quiero despertarla.
Fue lo primero que le salió. No el argumento más inteligente. No el más estratégico. Pero sí el más verdadero, y eso le dio una textura de autenticidad que ninguna excusa fabricada podría haber tenido. Porque lo que Elena temía —más que la placa, más que las preguntas, más que lo que el hombre pudiera saber o sospechar— era el sonido. El ruido de una conversación en el salón filtrándose escaleras arriba. La puerta de Alba abriéndose. Los pies descalzos en el pasillo. La voz de una niña que oficialmente no existía diciendo mami desde el rellano mientras un inspector de policía estaba de pie en su recibidor.
—No tomará mucho tiempo —dijo Lira.
Se quedaron mirándose a través de la rendija. Elena calculando. Lira esperando. La cadena de seguridad brillando entre los dos como una línea dibujada en el aire.
Elena descorrió la cadena. Dio un paso atrás.
—Cinco minutos.
Lira entró. No se quitó los zapatos. No pidió permiso para mirar alrededor. Simplemente lo hizo: un barrido lento con los ojos, de izquierda a derecha, del suelo al techo, que duró menos de cuatro segundos pero que Elena supo que había registrado cada objeto, cada distancia, cada puerta. No era curiosidad. Era inventario. La

forma que tienen los policías de leer una casa como Elena leía un resultado de laboratorio: buscando lo que no cuadra.
Elena cerró la puerta a su espalda. Sin llave. Cerró solo con el pestillo, para que la opción de abrirla rápido siguiera disponible, aunque no sabía para qué la necesitaría.
Lo guió al salón. Lejos de las escaleras. Lejos del pasillo que llevaba al primer piso, donde Alba dormía —o no dormía, o fingía dormir, o escuchaba con esa atención nueva y perturbadora que tenía últimamente, esa capacidad de captar conversaciones a distancias que una niña de ocho años no debería poder cubrir—.
Al pasar junto a la mesa de centro, Elena vio la tarjeta. Vera Molnar — Directora de I+D — Cronos Biotech. Boca arriba. Las letras plateadas captando la luz de la lámpara. Tan visible como una mancha de sangre en una camisa blanca.
No pudo recogerla. Hacerlo habría sido peor que dejarla. Habría llamado la atención sobre ella. Así que pasó de largo, rezando —ella, que no rezaba nunca, que no creía en nada que no pudiera medirse — para que Lira no la viera. O para que, si la veía, no le dijera nada.
—¿Quiere sentarse?
—Prefiero estar de pie, gracias.
Elena cruzó los brazos. Un gesto defensivo que habría preferido no hacer, pero que no pudo evitar. Los brazos cruzados le presionaban el pecho, le contenían el temblor, le daban algo a lo que agarrarse.
—¿Qué necesita, inspector?
Lira sacó una libreta pequeña del bolsillo interior de su chaqueta. No un móvil. No una tablet. Una libreta de papel, con tapas de cartón gris y una goma elástica que la mantenía cerrada. La abrió por una página marcada con un clip metálico. Elena observó la libreta como quien observa un arma: con respeto y con miedo.
—Estoy investigando un caso de profanación de tumba. Parcela número 4471, sector norte, cementerio central de Viena.
Elena mantuvo la expresión neutra. Ni un parpadeo. Ni una contracción muscular. Nada. Toda la reacción ocurrió por dentro: una descarga de adrenalina que le bajó por la columna como agua helada, le endureció los músculos del cuello y le secó la boca en menos de un segundo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?
—La tumba profanada es la de su hija. Alba San Martín. Ocho años. Fallecida el doce de este mes.
El nombre de Alba en boca de ese hombre. Dicho con la neutralidad burocrática de un dato en un expediente. Fallecida. Como si fuera un adjetivo más. Como si no pesara lo que pesaba.
Elena se llevó una mano a la boca. Abrió los ojos. Retrocedió medio paso. Lo hizo todo con la precisión inconsciente de alguien que lleva seis días ensayando el papel de madre devastada y ya no sabe dónde termina la actuación y dónde empieza el dolor real.
—¿Qué? ¿Cómo es posible?
—Eso es lo que estoy intentando determinar. ¿Cuándo fue la última vez que visitó el cementerio?
—En el funeral. Hace seis días.
—¿Y no ha vuelto desde entonces?
—No. No he podido. No he… no he tenido fuerzas.
—¿Está segura?
— segura.
Lira anotó algo en su libreta. Trazos breves, inclinados. Elena intentó leer lo que escribía, pero la distancia era excesiva y el ángulo era el equivocado.
—La tumba fue abierta hace aproximadamente seis días. La noche del funeral, posiblemente. Tal vez en las horas posteriores a la ceremonia. Tenemos marcas de herramienta en la lápida y en la tapa del ataúd, consistentes con un palancamiento manual. No maquinaria. No equipo pesado. Alguien que sabía lo que hacía, con las herramientas justas.
Elena tragó saliva. La saliva le supo a cobre.
—¿Removido? —repitió, agarrándose a la única palabra que podía repetir sin que le temblara la voz.
—El ataúd está vacío. Fue abierto, el contenido fue retirado y la tumba fue parcialmente cubierta de nuevo. Quien lo hizo intentó disimularlo. Pero la tierra recién movida se nota, doctora. Siempre se nota.
Elena se sentó en el sofá. No porque quisiera. Porque necesitaba que Lira viera el shock. La devastación. La madre rota enfrentándose

a otra agresión contra el cuerpo de su hija. Necesitaba que viera a una víctima, no a una sospechosa. Y necesitaba sentarse porque las piernas habían dejado de sostenerla y eso, al menos, era real.
—No entiendo. ¿Quién haría algo así? ¿Por qué?
—Eso es lo que intento descubrir. ¿Tiene idea de quién podría querer profanar la tumba de su hija?
—No. Dios mío. No.
—¿Ha recibido amenazas recientemente? ¿Comunicaciones hostiles? ¿Alguien que pudiera tener algo contra usted, personal o profesionalmente?
—No. Nadie.
—¿Enemigos? ¿Rivales en su campo?
Elena casi soltó una carcajada. La contuvo.
—Soy científica, inspector. Investigo la composición de las lágrimas. No tengo enemigos.
Le salió demasiado fluida. Demasiado rápida. Como una frase que ha sido preparada con antelación. Elena lo supo en el instante en que la terminó de decir, pero ya era tarde. Las palabras estaban en el aire y no podían recogerse.
Lira la observó. Con esa mirada que no era agresiva ni amenazante ni siquiera sospechosa, pero que registraba todo. Todo. Cada microexpresión. Cada parpadeo. Cada variación en el ritmo de la respiración. Elena conocía esa mirada porque ella la usaba con las muestras de tejido: la mirada de quien busca la anomalía, la desviación, la célula que no encaja en el patrón.
—¿Ha notado algo extraño últimamente? —prosiguió Lira—. ¿Llamadas que no esperaba? ¿Alguien observándola en la calle? ¿Vehículos desconocidos cerca de su casa?
Elena pensó en Vera. En la tarjeta que estaba a cuatro metros de donde Lira tenía los pies, sobre la mesa de centro, con el logo de Cronos brillando bajo la lámpara. Pensó en Samir y en sus mensajes. Pensó en la furgoneta gris que había visto dos veces aparcada al final de la calle cuando salía a comprar leche. Pensó en todo eso y tragó cada dato como si tragara clavos.
—No. Nada.
Lira cerró la libreta. Pero no la guardó. La sostuvo en la mano, con el

pulgar marcando la página, como un lector que cierra un libro pero no ha terminado de leer.
—¿Le importaría si echo un vistazo a la casa? Solo protocolo. Para descartar.
El corazón de Elena se detuvo. No metafóricamente. Lo sintió detenerse: un hueco entre dos latidos que duró demasiado, un silencio dentro del pecho que fue como asomarse a un vacío.
—¿Necesita una orden para eso?
—No si usted da su consentimiento voluntario.
—¿Y si no lo doy?
Lira ladeó la cabeza. Un gesto mínimo. Casi amable.
—Entonces tendría que preguntarme por qué la madre de una niña cuya tumba ha sido profanada no querría cooperar con la investigación destinada a encontrar al responsable.
La trampa estaba construida con una elegancia que Elena, en otras circunstancias, habría admirado. No era una amenaza. No era coacción. Era lógica pura, desnuda, imposible de rebatir sin delatarse. Una madre normal, una madre que no tuviera nada que esconder, abriría cada puerta de la casa de par en par y pediría que buscaran en cada rincón. Una madre normal querría respuestas. Querría justicia. Querría que encontraran al monstruo que se había atrevido a abrir la tumba de su hija.
Elena no podía querer nada de eso. Porque el monstruo era ella.
Se puso de pie. Se irguió. Encontró en algún lugar de sí misma —en ese depósito profundo donde guardaba la frialdad que la hacía brillante en el laboratorio y en las discusiones— una voz que sonó firme, serena, ofendida en la medida justa.
—Mi hija acaba de morir, inspector. Esta casa es el único lugar donde puedo tener algo de paz. Donde puedo estar rodeada de sus cosas, de su olor, sin que nadie me diga cómo debo sentirme o qué debo hacer. No voy a dejar que un desconocido, por muy bien intencionado que sea, registre mis armarios y mis cajones y el cuarto de mi hija porque alguien decidió cometer una atrocidad.
La voz le tembló en la última palabra. No lo fingió. Eso fue real.
Lira asintió.
—Lo entiendo, doctora. Lo entiendo perfectamente.

—¿De verdad?
—. Y por eso le estoy pidiendo permiso en lugar de traer una orden. Pero necesito que sepa que la petición sigue en pie. Y que si en algún momento cambia de opinión, mi teléfono está disponible.
—La respuesta es no.
—De acuerdo. Respeto eso.
Lira se guardó la libreta en el bolsillo interior. Despacio. Con un gesto que parecía definitivo pero que no lo era, porque antes de que la libreta desapareciera del todo, añadió, como quien recuerda un detalle menor:
—¿Algo más, inspector?
—Solo una cosa. ¿Tiene acceso a un laboratorio privado?
Elena sintió que el suelo se movía. No mucho. Un temblor fino, subterráneo, como el primer aviso de algo que va a ceder.
—Soy científica. Hago investigación desde casa a veces. Es habitual en mi campo.
—¿Qué tipo de investigación, si no es indiscreción?
—Oftalmología. Composición del barrera biológica. Trabajo con muestras celulares. Material biológico de baja complejidad.
—¿Material humano?
—A veces. Con los permisos apropiados, por supuesto.
—¿Qué tipo de permisos?
—Inspector, esto está empezando a sonar como un interrogatorio.
Lira levantó ambas manos. Palmas abiertas. El gesto universal de rendición pacífica.
—No es mi intención. Solo intento entender el contexto. Es lo que hacemos: tiramos de hilos hasta que aparece el patrón. Nada personal.
—El contexto es que alguien profanó la tumba de mi hija. Una niña de ocho años. ¿No debería estar buscando a esa persona en lugar de preguntarme a mí por mis permisos de laboratorio?
Lira la miró durante un momento largo. Un momento que se estiró hasta hacerse incómodo, hasta que Elena tuvo que esforzarse activamente para no apartar los ojos, para no mirar hacia las escaleras, para no hacer ninguno de los gestos que habría hecho una persona con algo que esconder.

—Tiene razón —dijo Lira—. Disculpe.
Se dirigió a la puerta. Elena lo siguió, medio paso detrás, lo bastante cerca para guiarlo y lo bastante lejos para no parecer que lo empujaba. Cada músculo de su cuerpo estaba en tensión máxima, como un cable a punto de partirse, pero se movía con la fluidez controlada de alguien que sabe que cualquier rigidez, cualquier prisa, cualquier gesto fuera de lugar será registrado y almacenado en esa libreta de tapas grises.
Al pasar junto a la mesa de centro, Lira se detuvo. Un segundo. Menos de un segundo. Su mirada descendió hasta la superficie de madera. Elena sintió el movimiento como una descarga eléctrica que le subió por la nuca.
La tarjeta. Vera Molnar. Cronos Biotech.
Lira la vio. Elena supo que la vio porque sus ojos se detuvieron una fracción de tiempo demasiado breve para ser casual y demasiado larga para ser accidental. Luego siguió caminando. No dijo nada. No preguntó. No alteró el ritmo de sus pasos.
Pero la había visto.
En el umbral de la puerta principal, con un pie ya fuera y el otro todavía dentro, Lira se detuvo.
—Una última cosa, doctora.
—¿Sí?
—Si recuerda algo, lo que sea, por insignificante que parezca, llámeme.
Le entregó una tarjeta. Elena la cogió con dedos que no temblaban porque no podían permitirse temblar. Porque temblar era un lujo que había dejado de poder pagarse.
—Lo haré.
—Y doctora San Martín.
—¿Sí?
Lira la miró a los ojos. Sin hostilidad. Sin amenaza. Con algo peor que ambas cosas: con certeza.
—Voy a volver. Con una orden judicial si hace falta. Pero voy a volver.
No lo dijo como una amenaza. Lo dijo como un dato. Como un hecho meteorológico. Como quien dice que mañana lloverá. Elena

cerró la puerta.
Se quedó de pie, con la espalda contra la madera, las palmas planas sobre la superficie fría, la frente apoyada en el punto exacto donde había estado la mirilla. Escuchó los pasos de Lira alejándose por el camino de entrada. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. La pausa en la acera. El pitido de un coche abriéndose. La puerta. El motor arrancando. El sonido del motor alejándose calle abajo, volviéndose más tenue, más fino, hasta fundirse con el zumbido general de la noche.
Solo entonces se permitió temblar.
Le temblaron las manos primero. Después los brazos. Después las rodillas, que cedieron lentamente hasta que se encontró sentada en el suelo del recibidor, con la espalda contra la puerta y las piernas extendidas sobre las baldosas, exactamente igual que unas horas antes en el laboratorio, como si su cuerpo solo conociera esa posición —espalda contra superficie vertical, piernas en el suelo, cabeza hacia abajo— para procesar lo que no podía procesarse de pie.
Tenía la tarjeta de Lira en una mano y la llave del cajón del cuaderno en el bolsillo del pantalón. Dos objetos pequeños. Dos pesos distintos. Dos amenazas de naturaleza diferente apuntando al mismo sitio.
Se quedó en el suelo un minuto. Dos. Tres. Escuchando la casa. El frigorífico de la cocina. Las cañerías. El crujido de una tabla en el piso de arriba, seguido de otro crujido, seguido de silencio. Alba moviéndose en la cama. O Alba de pie junto a la puerta, escuchando. No había forma de saberlo sin subir, y subir significaba moverse, y moverse significaba tomar una decisión, y Elena no estaba segura de que le quedaran decisiones disponibles.
Se levantó. Se obligó a levantarse.
Fue al salón. Cogió la tarjeta de Vera de la mesa de centro y la guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Luego apagó la lámpara. Se acercó a la ventana. Apartó la cortina un centímetro —solo uno, lo justo para mirar sin ser vista— y observó la calle.
Vacía.
No había coche de policía. No había furgoneta gris. No había nadie

sentado en un banco ni apoyado en una farola ni parado en la esquina con un cigarrillo. La calle de noche era solo eso: una calle de noche, con sus árboles y sus farolas y sus sombras, demasiado normal para la situación que se estaba desarrollando detrás de una de sus puertas.

Elena se quedó ahí de pie, mirando, durante veinte minutos. Treinta. Cuarenta. Buscando el movimiento que confirmara la vigilancia. El destello de unos faros. La silueta en un coche aparcado. Algo.

Nada.

La calle seguía vacía.

A las tres de la mañana, con los ojos secos de tanto mirar sin parpadear, su móvil vibró sobre la mesa de centro.

El sonido la sobresaltó como un disparo. Lo cogió. La pantalla iluminó la habitación con una luz azulada que le hizo daño en los ojos.

Un email. Remitente desconocido. Dirección genérica, sin nombre, sin firma de servidor reconocible. Asunto: Propuesta confidencial.

Elena lo abrió.

El texto era breve. Limpio. Sin erratas. Con el formato impecable de algo que ha sido revisado por un departamento legal antes de ser enviado:

Estimada Dra. San Martín:

Cronos Biotech ha tenido conocimiento de actividad investigativa no declarada realizada en su laboratorio privado. De acuerdo con las regulaciones europeas de bioseguridad, cualquier investigación que involucre material biológico humano debe ser reportada al comité de ética correspondiente.

Nuestros registros indican que usted no ha presentado declaración alguna en los últimos seis meses.

Cronos está abierto a discutir este asunto de manera confidencial antes de proceder por vías regulatorias. Adjuntamos propuesta de colaboración institucional que podría resolver esta situación de forma mutuamente beneficiosa.

Atentamente,

Departamento Legal — Cronos Biotech

Elena releyó el email. Lo leyó tres veces. Cada lectura extraía un

significado nuevo, como capas de pintura que se levantan y revelan un dibujo anterior debajo. «Ha tenido conocimiento.» ¿Cómo? ¿De quién? ¿De Vera, que acababa de irse hacía dos horas? ¿O de antes? «Nuestros registros indican.» ¿Qué registros? ¿Quién los llevaba? ¿Desde cuándo la estaban observando? «Proceder por vías regulatorias.» La amenaza envuelta en jerga corporativa, como una cuchilla dentro de un guante de seda.

Abrió el archivo adjunto.

Un contrato. Cincuenta y dos páginas de texto denso, cláusulas numeradas, subcláusulas con letras, apéndices con tablas. El tipo de documento que requiere un abogado para leerlo y otro para entenderlo. Pero la esencia —la esencia que asomaba entre los párrafos como un hueso entre la carne— era clara: Cronos quería acceso completo a la investigación de Elena. A sus notas. A sus métodos. A sus resultados. A todo. A cambio, ofrecían «protección legal frente a posibles procedimientos regulatorios», «marco institucional para la continuación de la investigación bajo supervisión certificada» y una cifra. Una cifra con tantos ceros que Elena tuvo que contarlos dos veces para creer que estaba leyendo correctamente.

Al final del documento, después de la última página de cláusulas, había una nota. Escaneada. Manuscrita. Con una caligrafía que Elena reconoció al instante porque la había visto durante cinco años en pizarras, en informes, en servilletas de cafetería.

«Elena, soy yo. Por favor, llámame. Podemos hablar. Podemos encontrar una solución que funcione para las dos. — V.»

Vera.

La tarjeta en el bolsillo. El email en el móvil. La nota al final del contrato. Tres hilos convergiendo en el mismo punto, tirando del mismo nudo.

Elena cerró el email. Borró el mensaje. Vació la papelera. Sabía que no servía de nada —si Cronos tenía los recursos para vigilar su laboratorio y enviar contratos a las tres de la mañana, tenía los recursos para saber que lo había borrado—, pero el gesto le proporcionó un alivio absurdo y breve, como cerrar una cortina cuando sabes que hay alguien al otro lado del cristal.

Se quedó en el sofá, en la oscuridad, con el móvil apagado en la mano y la pantalla negra reflejándole la cara.
Cronos ya había dejado claro el mensaje. No con violencia. No con amenazas explícitas. Con algo peor: con procedimiento. Con legalidad. Con la maquinaria fría y eficiente de una corporación que sabe exactamente dónde están las líneas y exactamente cómo usarlas para estrangular a alguien sin cruzar ninguna.
Coopera o te destruimos.
No necesitaban decirlo así. El contrato lo decía por ellos.

El cuarto día después de la visita de Lira, Elena encontró a Alba dibujando en su cuarto.
Nada inusual en eso. Alba siempre había dibujado. Antes del accidente dibujaba con la energía dispersa de cualquier niña: caballos con patas de más, casas con chimeneas humeantes, familias de palitos debajo de soles con cara. Después del accidente —después de todo— seguía dibujando, pero los trazos habían cambiado. Se habían vuelto más lentos. Más controlados. Como si cada línea llevara un peso que la obligaba a avanzar despacio.
Elena se acercó desde la puerta. Descalza, para no hacer ruido. No porque temiera asustar a Alba, sino porque últimamente se movía así por la casa: sin sonido, como si el silencio fuera una forma de protección, como si al no hacer ruido pudiera mantener a raya todo lo que acechaba desde fuera.
Se detuvo detrás de Alba. Miró por encima de su hombro.
Y se quedó paralizada.
El dibujo mostraba un cementerio. Una hilera de lápidas grises bajo un cielo que Alba había pintado de un negro denso, sin estrellas. En el centro, una tumba abierta. La tierra a los lados, en montículos irregulares, dibujada con un marrón oscuro que se acumulaba en los bordes como si la cera hubiera sido presionada con fuerza deliberada. Y junto a la tumba, una figura femenina. De pie. Inclinada hacia el agujero. Con un bulto en los brazos.
Un bulto del tamaño de una niña.
—¿Qué es eso? —preguntó Elena. Y su voz no sonó como la suya. Sonó como la de alguien que habla desde el fondo de un pozo.

Alba levantó la vista. Sin sobresalto. Sin vergüenza. Con la naturalidad de una niña que muestra un dibujo cualquiera.
—No sé. Lo soñé.
—¿Cuándo?
—Anoche.
Elena se arrodilló junto a ella. Le quitó el cuaderno de las manos con un gesto que intentó ser suave pero que fue demasiado rápido, demasiado necesitado. Estudió el dibujo. Lo acercó a la luz de la ventana.
Cada detalle era preciso. La lápida con una esquina rota —la esquina que Elena había golpeado con la palanca al hacer fuerza —. El ataúd abierto, con la tapa a un lado, apoyado en diagonal contra la tierra. Incluso el martillo. El martillo que Elena había llevado como segunda herramienta y que había dejado en el suelo, junto al agujero, cuando descubrió que la palanca era suficiente. El martillo que no había necesitado usar pero que estaba ahí, en el dibujo, exactamente donde lo había dejado.
Detalles que Alba no podía saber.
Detalles que solo Elena conocía.
—¿Por qué dibujaste esto, Alba?
—Porque lo vi.
—¿En un sueño?
—Creo que sí. —Alba ladeó la cabeza. El gesto de una niña pensando. Pero los ojos que la acompañaban no eran los de una niña pensando. Eran los de alguien que revisa un archivo y no está seguro de en qué carpeta encontró la información—. O a lo mejor lo recuerdo. No estoy segura. A veces no sé si las cosas las soñé o las recuerdo o las dos cosas.
Elena dejó el cuaderno en el suelo. Se arrodilló frente a Alba. Le puso las manos en los hombros. Pequeños. Huesudos. Cálidos.
—Alba, ¿qué más recuerdas?
—Cosas raras.
—¿Qué tipo de cosas?
—Como… estar en dos lugares a la vez. Como ver cosas que pasaron pero no estaba ahí. Como si me hubiera metido dentro de una película de otra persona.

—¿Cosas que me pasaron a mí?
Alba asintió despacio. Con los ojos fijos en los de Elena. Sin parpadear.
—A veces sé cosas que no debería saber. Cosas de ti. Cosas que nunca me contaste. Como el nombre del señor que vino la otra noche.
Elena sintió que el aire abandonaba la habitación. Otra vez. La misma sensación de hace días: la presión bajando, los tímpanos empujando hacia dentro, el mundo encogiéndose.
—¿Qué señor?
—El policía. Se llama Tomás. Y tiene una hermana que está enferma.
Elena la soltó. Se apartó un centímetro. No pudo evitarlo.
—¿Cómo sabes eso?
—No lo sé. Solo lo sé. Apareció en mi cabeza como cuando te acuerdas de una canción pero no recuerdas cuándo la escuchaste.
—¿Te lo dijo el policía?
—No. Ni siquiera lo vi. Estaba en mi cuarto con la puerta cerrada. Solo… lo supe.
La información sobre la hermana de Lira. Elena no la sabía. No la había buscado. No había investigado al inspector porque investigar al inspector habría sido estúpido y peligroso y ella lo sabía. Pero Alba lo sabía. Y si Alba lo sabía sin haberlo visto, sin haberlo oído, sin haberlo leído en ningún sitio, significaba que la transferencia había superado los recuerdos. Había superado el conocimiento consciente. Estaba accediendo a algo más. A impresiones. A lecturas de microexpresiones que Elena había procesado sin ser consciente de ello durante los cuatro minutos que Lira estuvo en su salón. A datos que su cerebro había captado y almacenado en algún rincón inaccesible y que ahora, de alguna forma que Elena no podía explicar ni controlar, habían migrado a la mente de Alba.
—¿Está mal? —preguntó Alba—. ¿Hice algo malo?
La voz de niña. La pregunta de niña. El miedo limpio y directo de una niña de ocho años que no entiende por qué su madre la mira así.
Elena se obligó a suavizar la expresión. A relajar los hombros. A deshacer el nudo de su mandíbula.

—No, cariño. No hiciste nada malo.
Pero era mentira.
No la mentira que Elena le decía a Alba. La mentira que Elena se decía a sí misma. Porque algo estaba muy mal. Algo estaba pasando a una velocidad que ella no podía medir ni predecir ni detener.
Alba no solo dependía de las lágrimas de Elena para seguir viva. Estaba absorbiendo sus recuerdos. Sus conocimientos. Sus percepciones inconscientes. Sus pensamientos.
Como si la línea entre ellas —la línea que separa a una madre de una hija, a un cuerpo de otro, a una mente de otra— estuviera disolviéndose. Adelgazándose. Volviéndose permeable. Y cada dosis de soporte la hacía más fina.

Esa noche, después de acostar a Alba, después de quedarse veinte minutos sentada en el borde de su cama mirándola dormir —contando respiraciones, vigilando el color de los labios, con los dedos apoyados en su muñeca para sentir el pulso—, Elena bajó al laboratorio.

Abrió el cajón con llave. Sacó el cuaderno cifrado. Se sentó bajo la lámpara.
Escribió con letra temblorosa:
Nueva observación: Alba tiene acceso a información que no debería tener. Recuerdos míos. Conocimiento que nunca compartí con ella. Datos que ni yo misma sabía que tenía.
Hipótesis: La transferencia no es solo física. Es neurológica. Quizá cognitiva. Quizá algo para lo que no existe nombre.
La pluma se detuvo. Elena miró las líneas que había escrito. Luego añadió, más despacio, con letra que se hacía más pequeña a medida que avanzaba, como si las palabras quisieran esconderse:
Pregunta: ¿Cuánto de Alba queda?
¿Y cuánto de mí está tomando su lugar?
Cerró el cuaderno. Lo guardó. Giró la llave. Se metió la llave en el bolsillo.
El móvil vibró sobre la mesa.
Lo miró como se mira un animal que puede morder.

Mensaje de Samir:
«Necesito hablar contigo. Es urgente. Por favor.»
Elena lo ignoró. Dejó el móvil boca abajo.
Cinco minutos después, vibró de nuevo.
«Sé que crees que puedes manejarlo sola. Pero no puedes. Lo que has hecho tiene consecuencias que no entiendes.
Consecuencias para ella. Por favor, déjame ayudar.»
Elena apagó el móvil. Lo hizo con la deliberación de quien cierra una puerta que no quiere volver a abrir. Presionó el botón lateral hasta que la pantalla se apagó y el dispositivo quedó muerto y silencioso en su mano. Muerto. La palabra le cruzó la mente y la apartó con violencia.
Se quedó sentada en el laboratorio, en la oscuridad. Sola con el zumbido del frigorífico de muestras y el sonido de su propia respiración. Arriba, Alba dormía. O eso esperaba. Porque últimamente no estaba segura de nada. No estaba segura de qué era real y qué era transferencia. No estaba segura de qué recordaba Alba por sí misma y qué había tomado de la mente de Elena. No estaba segura de cuánto quedaba de la niña que un día fue y cuánto estaba siendo reemplazado, célula a célula, recuerdo a recuerdo, por algo que se parecía cada vez más a la madre que la había traído de vuelta.
Y definitivamente no estaba segura de cuánto tiempo podría mantener todo esto en secreto antes de que cada grieta —Lira, Vera, Samir, Cronos, la propia Alba— convergiera en una sola fractura y el suelo cediera bajo sus pies.
El móvil se encendió solo.
Elena lo miró. La pantalla brillando en la oscuridad del laboratorio con una luz que parecía venir de ninguna parte. No lo había encendido. No había tocado ningún botón. Pero ahí estaba: iluminado, activo, mostrando un mensaje nuevo.
Número desconocido. Sin nombre. Sin dirección asociada.
«Vimos a su hija hoy. Saliendo de su casa a las 9:14 de la mañana. Muy viva para alguien que tiene certificado de defunción vigente. Interesante. — Cronos Legal»
La habitación giró. Elena se agarró al borde de la mesa. Las

baldosas oscilaron bajo sus pies como la cubierta de un barco en mitad de una tormenta.
Se levantó. Subió las escaleras corriendo. No le importó el ruido. No le importaron los crujidos de los peldaños ni el golpe de sus pies descalzos contra la madera ni la puerta del laboratorio que dejó abierta a su espalda. Subió y recorrió el pasillo y entró en la habitación de Alba.
La niña estaba en la cama. Dormida. El pelo extendido sobre la almohada. La respiración lenta, suave, el pecho subiendo y bajando con el ritmo pacífico de un sueño profundo. Los labios rosados. Las manos cerradas junto a la cara.
Pero junto a ella, sobre la almohada, a cinco centímetros de su mejilla, había algo que no estaba ahí cuando Elena la acostó.
Un sobre.
Blanco. Tamaño carta. Sin sellar. Sin remitente. Sin sello postal. Dejado ahí por alguien que había entrado en la habitación de su hija mientras Elena estaba en el sótano.
Elena lo cogió con manos que temblaban tanto que el papel crujió entre sus dedos. Lo abrió.
Dentro, una sola foto.
Alba. Esta mañana. Saliendo de la casa por la puerta principal para recoger el correo del buzón. El pelo suelto. Zapatillas de estar por casa. El sol de las nueve dándole en la cara, iluminándole las pecas de la nariz. Viva. Inconfundiblemente viva.
La foto estaba tomada desde la acera de enfrente. Con un ángulo que sugería una cámara a la altura del pecho. Sin zoom. Sin prisa. Con la calma de alguien que sabe que tiene todo el tiempo del mundo.
En la esquina inferior derecha, impreso en tinta negra: fecha, hora y coordenadas GPS. Un timestamp. Verificable. Irrefutable.
Elena le dio la vuelta a la foto.
En el reverso, escrito a mano con letra de imprenta, tinta negra, trazo firme:
«Sabemos lo que es. Queremos hablar.»

CAPÍTULO 8 - MEMORIA PRESTADA

Elena no durmió esa noche.
Se quedó sentada en el suelo de la habitación de Alba, con la espalda contra la pared y las piernas recogidas contra el pecho, en

esa posición que su cuerpo adoptaba ya por defecto cuando el mundo se cerraba a su alrededor. La foto seguía en su mano derecha. La sostenía entre el pulgar y el índice, por la esquina, como se sostiene una radiografía que muestra algo que no debería estar ahí. No quería tocarla más de lo necesario. No quería que el calor de sus dedos se transfiriera al papel, como si el contacto pudiera hacer más real lo que la imagen mostraba.

Alba. Esta mañana. Saliendo de casa. Viva.

Fotografiada por alguien que estaba en la acera de enfrente. A plena luz del día. Sin prisa. Sin ocultarse.
El timestamp en la esquina inferior derecha brillaba bajo la luz tenue de la lamparita de noche que Elena había dejado encendida: 09:14.
Fecha. Hora. Coordenadas GPS. Datos verificables. Datos que convertían esa fotografía en un documento, en una prueba, en un arma.
Y en el reverso, escrito a mano con letra de imprenta y tinta negra: «Sabemos lo que es. Queremos hablar.»
Lo que es. No quién es. Lo que es.
Elena miró a Alba. La niña dormía de costado, con una mano debajo de la mejilla y la otra extendida sobre la almohada, en el hueco exacto donde había estado el sobre. Respiraba despacio. El pecho subía y bajaba con la regularidad de un metrónomo. Los labios rosados. Las pestañas oscuras contra la piel clara. El pelo desparramado en mechones que necesitaban un cepillo. Una niña dormida. Eso era todo. Eso era lo único que debería ser.
Pero alguien había entrado en esta habitación mientras Elena estaba en el sótano. Alguien había caminado por el pasillo, había abierto esta puerta, se había acercado a esta cama, había dejado el sobre junto a la cara de su hija y se había marchado sin hacer ruido. Sin despertar a Alba. Sin dejar rastro.

O tal vez sí había dejado rastro.
Elena se levantó despacio. Le dolían las rodillas, la espalda, la base del cráneo. Dolor de inmovilidad y de tensión acumulada, de músculos que llevan horas apretados sin que nadie les dé la orden de soltarse. Se acercó a la ventana de la habitación de Alba. La cortina estaba echada, como siempre. La abrió un centímetro. Miró la calle.
Vacía. Las farolas proyectaban charcos de luz naranja sobre la acera. No había coches desconocidos. No había figuras. No había nada.
Cerró la cortina. Fue hasta la puerta de la habitación y la examinó. El picaporte. La cerradura. Pasó los dedos por el borde del marco, buscando marcas, arañazos, cualquier indicio de forzamiento. Nada. La madera estaba lisa. Limpia. Intacta.
Retrocedió hasta el pasillo. Caminó descalza hacia la escalera, bajó al primer piso y recorrió la casa con la linterna del móvil. La puerta principal estaba cerrada con llave y con cadena. La puerta trasera de la cocina, la que daba al pequeño jardín, también cerrada. Comprobó el pestillo. Empujó. Sólido. Luego se arrodilló y miró la cerradura de cerca, con la linterna a tres centímetros del metal.
Ahí.
Un arañazo. Mínimo. En el borde inferior del ojo de la cerradura. Tan pequeño que podría ser antiguo —un rasguño de llave mal insertada, de años de uso, de nada—. Pero Elena conocía esa cerradura. La veía todos los días cuando salía a tender la ropa. No recordaba ese arañazo.
Se levantó. Fue al laboratorio. Cogió una lupa de las que usaba para examinar muestras. Volvió a la puerta trasera. Miró otra vez.
El arañazo era reciente. La viruta de metal no estaba oxidada. Brillaba bajo la luz con el tono plateado del acero limpio.
Alguien había manipulado la cerradura. Con algo fino. Con algo preciso. Y lo había hecho tan bien que la puerta se había vuelto a cerrar después. Como si nunca hubiera sido abierta.
Elena se quedó de cuclillas frente a la puerta durante dos minutos. Mirando el arañazo. Procesando.
Luego volvió a la habitación de Alba. Se sentó otra vez en el suelo. En la misma posición. Espalda contra la pared. Piernas recogidas. La

foto en la mano.
No durmió.

A las seis de la mañana, cuando la primera luz gris empezó a filtrarse por las cortinas como un líquido frío, Elena se levantó del suelo. Los músculos de las piernas se quejaron. Las rodillas crujieron. Tenía la boca seca y un sabor metálico en la lengua que llevaba ahí desde hacía días, como si algo se estuviera corroyendo por dentro.

Se miró las manos. Firmes. No temblaban. Bien. Necesitaba que no temblaran.
Tenía un plan. No un buen plan. No uno que resistiera un análisis racional. Pero tenía pasos, tenía secuencia, tenía estructura, y eso —la estructura, el orden, la lista de tareas— era lo único que la separaba del pánico.
Primero: confirmar si la casa estaba bajo vigilancia activa y determinar el perímetro.
Segundo: determinar exactamente qué sabía Cronos y desde cuándo.
Tercero: encontrar la manera de mantener a Alba invisible sin que la invisibilidad pareciera sospechosa.
Cuarto: averiguar cuánto tiempo tenía antes de que todo se derrumbara.
Y debajo de todo eso, debajo de los pasos y la secuencia, la pregunta que no estaba en la lista porque no tenía solución: cómo mantener a Alba viva cuando lo único que la mantenía viva era algo que Elena no podía producir a voluntad.
Se duchó con agua fría. No por elección: sus manos giraron el grifo hacia el lado equivocado y no se molestó en corregirlo. El frío la golpeó como una descarga y durante tres segundos no pensó en nada. Solo en el agua. Solo en el frío. Tres segundos de vacío que le supieron a descanso.
Se vistió. Pantalones oscuros, jersey gris, zapatillas sin cordones. Ropa que no llamara la atención, que no se recordara, que pudiera pertenecer a cualquier mujer de cuarenta años que sale a tirar la

basura o a comprar pan. Se recogió el pelo en una coleta baja. Sin pendientes. Sin reloj. Nada que brillara.
Bajó a la cocina y preparó desayuno para Alba con movimientos mecánicos. Tostadas. Zumo de naranja. Un vaso de leche con cacao, que últimamente era lo único que la niña bebía sin protestar. Cada gesto repetido, ensayado, automático: la mano que abre el armario, los dedos que cogen el vaso, la muñeca que gira la tapa del cacao. Movimientos de madre. Los más antiguos del mundo. Los que se ejecutan aunque el mundo se esté acabando.
Mientras esperaba a que la tostadora sonara, Elena cerró todas las cortinas de la casa. Una por una. Salón, comedor, cocina, pasillo. Fue hasta el primer piso y cerró las del baño y las de su dormitorio. Las de la habitación de Alba ya estaban echadas. Las cerró un poco más, ajustando la tela contra el marco de la ventana, eliminando cada rendija de luz exterior. Cada rendija era un ángulo. Cada ángulo, una línea de visión. Cada línea de visión, una cámara posible.
Cuando bajó a la cocina, la tostadora saltó. El sonido la sobresaltó. Un clic metálico seguido de un silencio que se sintió como un reproche.
Alba bajó a las siete y media. Descalza. Pijama de ositos. El cabello como un nido revuelto.
—Buenos días, cariño.
—Buenos días, mami.
Se sentó a la mesa. Miró alrededor con los ojos todavía hinchados de sueño. Parpadeó. Frunció el ceño.
—¿Por qué está todo tan oscuro?
—Me duele la cabeza. La luz me molesta.
—Ah.
La aceptación fue instantánea. Sin preguntas adicionales. Sin la curiosidad normal de una niña que quiere saber más. Alba cogió la tostada, la miró un momento como si evaluara algo que solo ella podía ver, y empezó a comer.
Desayunaron en silencio. Elena observaba cada movimiento de su hija sobre el borde de la taza de café. Cada gesto. Cada parpadeo. Cada variación en el ritmo de su masticación. Buscando señales. De

qué, exactamente, no estaba segura. De deterioro. De progresión. De la transferencia que avanzaba como una marea invisible, lenta, imparable.
Alba comió despacio. Masticó con cuidado. Con una deliberación que no era propia de una niña de ocho años atacando una tostada con mantequilla. Parecía concentrada en algo más. Algo interior. Como si escuchara una conversación que se desarrollaba en una habitación contigua de su mente.
—¿Estás bien? —preguntó Elena.
—Sí. Solo… tengo sueño.
—¿Dormiste mal?
—No sé. Tuve sueños raros otra vez.
Elena dejó la taza de café en la mesa. Con cuidado. Sin ruido. Controlando la fuerza de los dedos para que la cerámica no golpeara la madera.
—¿Qué tipo de sueños?
Alba frunció el ceño. El gesto de una niña que intenta recordar algo que se le escapa. Pero sus ojos no acompañaban al gesto: eran demasiado fijos, demasiado enfocados, como si lo que buscara no fuera un recuerdo difuso sino un archivo concreto.
—Vi cosas. Lugares. Gente que no conozco.
—¿Qué lugares?
—Un café. Con mesas afuera. Y un árbol grande a la entrada, con las ramas muy bajas. Y un hombre hablando contigo.
Elena sintió que el estómago se le hundía. No metafóricamente. Lo sintió descender, como un órgano que se desprende de su sitio y cae unos centímetros dentro de la cavidad abdominal.
El café del Instituto. Las mesas de fuera. El tilo centenario junto a la entrada, con las ramas tan bajas que había que agacharse para pasar debajo. Detalles que Elena conocía porque había estado ahí docenas de veces. Detalles que Alba no podía conocer porque nunca había puesto un pie en ese café.
—¿Qué hombre?
—No sé su nombre. Pero lo conozco. Es viejo. Tiene las manos con manchas. Y está enfermo.
Samir.

Alba había soñado con Samir.
Con la reunión en el Instituto.
Una reunión que había ocurrido hacía diez días. A la que Alba no había asistido. De la que Elena no había hablado. Que no podía conocer por ningún medio normal.
Elena apretó las manos debajo de la mesa. Los nudillos blancos. Las uñas clavándose en las palmas.
—¿Qué más viste?
—Él te pidió algo. Y tú dijiste que no. Y se puso triste. Pero no triste de llorar. Triste de dentro.
—Alba…
—Y tiene miedo. Mucho miedo. De morirse. Lo vi en sus ojos. Bueno, lo vi en tus ojos viéndolo a él.
La frase detuvo a Elena. La precisión de esa distinción —no ver el miedo de Samir directamente, sino verlo a través de la percepción de Elena, como un reflejo de un reflejo— indicaba un nivel de transferencia que superaba todo lo que había documentado hasta ahora. No eran recuerdos sueltos lo que migraba. Eran experiencias completas. Subjetivas. Con punto de vista. Con emociones adjuntas.
La niña levantó la vista de la tostada. Sus ojos —grandes, castaños, con esas motas doradas que había heredado de Matías— eran demasiado viejos. Demasiado quietos. Demasiado llenos de cosas que no deberían caber en ellos.
—¿Mami, por qué veo cosas que no vi?
Elena no tenía respuesta para eso.
Ninguna que una niña de ocho años pudiera escuchar.
Ninguna que una madre pudiera decir sin romperse.
—A veces los sueños mezclan cosas —dijo. Y su voz sonó tan falsa que le dio vergüenza.
Alba la miró un segundo más. Luego volvió a su tostada. No insistió. No preguntó más. Esa aquiescencia dócil —esa renuncia a presionar que no era natural en una niña de su edad— le resultó a Elena más perturbadora que cualquier pregunta.

A las nueve, después de verificar por cuarta vez que los labios de Alba seguían rosados y que su pulso era regular, Elena la llevó al

sótano. No al laboratorio —nunca al laboratorio, donde la mancha de la mesa seguía ahí y el cuaderno cifrado esperaba en su cajón como una bomba de relojería—, sino al cuarto de almacenamiento contiguo que hacía años había convertido en una especie de sala de juegos improvisada. Paredes pintadas de azul claro, una alfombra gruesa en el suelo, un sofá pequeño que olía a polvo y a infancia.

—Necesito que te quedes aquí hoy, cariño.
—¿Por qué?
—Porque tengo que trabajar. Y no quiero que estés sola arriba. —
Pero aquí está oscuro.
—Hay luz. Mira.
Elena encendió las dos lámparas de pie. El cuarto se iluminó

con luz cálida y amarilla que suavizaba los bordes y hacía que las sombras retrocedieran hasta las esquinas. Puso la caja de crayones sobre la mesa baja. Apiló los libros —tres cuentos, un atlas de animales, un cuaderno de dibujo nuevo—. Colocó la tablet con los auriculares sobre el sofá.

—Traje tus cosas. Puedes dibujar, leer o ver algo si quieres. —
¿Cuánto tiempo?
—Unas horas. Tres, máximo.
Alba se sentó en el sofá. Hundió los dedos en la tela del cojín.

Miró a su madre con esa expresión que Elena ya conocía demasiado bien. La que decía: sé que algo está mal, sé que no me lo vas a decir, y sé que insistir no servirá de nada. Una expresión que pertenecía a una mujer de cuarenta años, no a una niña de ocho.

—¿Estamos en peligro?

La pregunta llegó limpia. Sin dramatismo. Con la neutralidad de quien pide una información práctica para poder actuar en consecuencia.

Elena se arrodilló frente a ella. Le tomó las manos. Pequeñas. Tibias. Con restos de mantequilla de la tostada en los nudillos.
—No. Pero necesito que confíes en mí. ¿Puedes hacer eso?
Alba asintió. Un solo movimiento. Firme.
—Te quiero, cariño.
—Yo también te quiero, mami.
Elena le besó la frente. Se levantó. Salió del cuarto. Cerró la puerta. Se quedó un segundo al otro lado, con la mano todavía en el picaporte, escuchando. Nada. Silencio. El crujido del sofá cuando Alba se acomodó.
Subió las escaleras. Tenía tres horas. Tal vez menos. Tres horas para entender contra qué se estaba enfrentando.
Lo primero que hizo fue volver a la puerta trasera de la cocina. La examinó de nuevo a la luz del día. El arañazo seguía ahí. No lo había imaginado. Sacó el móvil y le hizo una foto. Luego revisó el marco de la ventana de la cocina que daba al jardín. Intacto. Fue a la ventana del salón. También intacta. Subió al primer piso. Recorrió cada ventana. Nada. Quien había entrado lo había hecho por la puerta trasera, con una herramienta que dejaba un rastro casi invisible, y se había marchado por el mismo sitio.
Lo que significaba que conocían la casa. Sabían qué puerta tenía la cerradura más débil. Sabían cuándo Elena estaba en el sótano. Sabían que Alba dormía arriba. Sabían la distribución, los horarios, los puntos ciegos.
Elena se lavó las manos en el fregadero de la cocina. Con jabón. Frotando. Tres veces. Un tic que no era limpieza sino necesidad de control: cuando nada a tu alrededor obedece, al menos tus manos pueden estar limpias.
El segundo paso era simple en la teoría y aterrador en la práctica: revisar si la casa estaba bajo vigilancia activa desde el exterior. Cogió una bolsa de basura de debajo del fregadero. La llenó con los restos del desayuno, las cáscaras de naranja, una caja de cartón vacía. Normal. Cotidiano. Una mujer sacando la basura a media mañana.
Abrió la puerta principal. La luz del día la golpeó en los ojos con una intensidad que le pareció obscena después de tantas horas en

penumbra. Caminó hasta el contenedor de la acera con pasos normales, ritmo normal, expresión normal. Tiró la bolsa. Cerró la tapa.

Mientras lo hacía, escaneó los coches estacionados en la calle. Sin girar la cabeza. Solo con los ojos. Una técnica que había aprendido sin querer, por acumulación de paranoia, durante los últimos días. Había cinco vehículos aparcados.

Tres los reconocía: el Renault azul de la señora Huber, el monovolumen del matrimonio del 14, la furgoneta blanca del fontanero que llevaba una semana arreglando algo en el edificio de la esquina.

Dos no los reconocía.

Un Audi negro con cristales tintados. Matrícula de Viena. Aparcado a cuarenta metros de su puerta, en el lado opuesto de la calle, bajo la sombra de un castaño. Y un Volkswagen gris, más pequeño, tres plazas más allá, con una pegatina de aparcamiento residencial en el parabrisas que Elena no recordaba haber visto antes.

Volvió a casa. Cerró la puerta. Esperó quince minutos exactos —los contó en el reloj de la cocina, segundo a segundo, mientras limpiaba la encimera que ya estaba limpia—. Luego salió otra vez, esta vez con la excusa de recoger el correo del buzón.

Los dos coches seguían ahí.

Nadie bajó. Nadie se movió. Los cristales del Audi eran opacos. El Volkswagen parecía vacío, pero el ángulo del sol hacía difícil ver el interior.

Elena recogió el correo. Tres sobres. Publicidad. Una factura de la luz. Nada más. Volvió dentro con la factura en la mano y la certeza en el cuerpo: la estaban vigilando. Los coches podían ser inocentes —vecinos nuevos, visitas, reparaciones—, pero la probabilidad de que dos vehículos desconocidos aparecieran en su calle silenciosa el mismo día que alguien dejaba un sobre en la almohada de su hija era una probabilidad que Elena, como científica, no estaba dispuesta a aceptar.

Cerró la puerta con llave. Puso la cadena de seguridad. Verificó la puerta trasera de la cocina. Echó el cerrojo superior, el que solo usaba cuando salía de viaje.

Bajó al laboratorio.
Antes de encender el ordenador, abrió el cajón con llave. Sacó el cuaderno cifrado. Lo abrió por la última página escrita. Día 10. Lo que había anotado hacía días sobre la transferencia de recuerdos. Cogió la pluma y añadió, rápido, con letra apretada: Día 11. Madrugada.
Intrusión confirmada en domicilio. Puerta trasera manipulada (arañazo en cerradura, metal fresco). Sobre depositado en habitación de la sujeto durante la noche. Contenido: fotografía de la sujeto saliendo de casa, timestamp 09:14, coordenadas GPS. Mensaje: «Sabemos lo que es. Queremos hablar.» Origen probable: Cronos.
Vigilancia exterior probable. Dos vehículos no identificados en calle.
Se detuvo. Miró lo que había escrito. Luego añadió una línea más: Dosis de soporte: última administración hace 36 horas. Próxima ventana crítica: 12 horas. Preparar.
Cerró el cuaderno. Lo guardó. Giró la llave. Se la metió en el bolsillo. Preparar. La palabra la perseguía. Porque preparar significaba llorar. Y llorar no era algo que pudiera hacerse por encargo, con horario y dosificación, como quien toma una pastilla. El llanto que mantenía viva a Alba no era llanto cualquiera: tenía que ser real, emocional, profundo. Lágrimas que vinieran de un lugar auténtico. Lágrimas cargadas de algo que la ciencia no sabía nombrar pero que el cuerpo de Alba reconocía y necesitaba.
¿Y si un día no podía llorar? ¿Si el agotamiento secaba esa fuente? ¿Si la repetición convertía el dolor en rutina y la rutina en sequedad? Elena apartó el pensamiento. Lo empujó hacia el fondo de su mente, donde guardaba las cosas que no podía resolver ahora, y encendió el ordenador.
Buscó: Cronos Biotech directora I+D Vera Molnar.
Los resultados aparecieron en menos de un segundo. Artículos de revistas especializadas. Ponencias en congresos. Una entrevista en una publicación de divulgación donde Vera hablaba de «el futuro de la medicina regenerativa» con la sonrisa calibrada de quien sabe exactamente qué decir y qué callar. Una foto de ella en un evento corporativo, copa de champán en mano, junto a dos hombres de

traje que Elena no reconoció.
Luego buscó: Cronos Biotech escándalos.
La lista era larga. Más larga de lo que esperaba. Ensayos clínicos cuestionables en Europa del Este. Demandas de pacientes en tres países. Acusaciones de manipulación de datos en un estudio publicado en The Lancet que después fue retirado silenciosamente. Investigaciones abiertas y cerradas sin conclusión. Todo resuelto con acuerdos extrajudiciales, con cláusulas de confidencialidad, con cantidades de dinero que no aparecían en ningún informe público.
Elena siguió buscando. Cronos Biotech adquisiciones agresivas. Más artículos. Más patrones. Una startup en Múnich comprada por la mitad de su valor después de que su fundador enfrentara una denuncia anónima ante el comité de bioética que nunca se resolvió pero que destruyó su reputación. Un grupo de investigación en Lyon cuyo director aceptó un contrato de exclusividad con Cronos tres semanas después de que su laboratorio fuera inspeccionado por sorpresa por las autoridades sanitarias. Casualidades. Coincidencias. El tipo de coincidencias que, cuando se acumulan, dejan de ser coincidencias y se convierten en método.
El móvil vibró sobre la mesa del laboratorio. El sonido la hizo dar un respingo que le recorrió la espalda.
Número desconocido. No lo cogió. Se quedó mirando la pantalla hasta que dejó de vibrar.
Vibró de nuevo. Un segundo después. Buzón de voz.
Elena esperó treinta segundos. Luego lo reprodujo. Subió el volumen lo justo para escuchar. No más.
Una voz masculina. Calmada. Sin acento marcado. Profesional en el sentido más frío de la palabra: la profesionalidad de alguien que ha convertido la presión en procedimiento.
«Doctora San Martín, soy Marcus Hoffman, director del departamento legal de Cronos Biotech. Necesitamos discutir ciertas irregularidades que hemos detectado en relación con su actividad investigativa no declarada. Le sugiero encarecidamente que se ponga en contacto con nosotros antes del final del día de hoy. De lo contrario, nos veremos en la obligación de elevar el asunto al comité de bioseguridad correspondiente y, en su caso, al Ministerio de

Salud. Quiero ser claro: esto no es una amenaza. Es un procedimiento estándar de cumplimiento normativo. Buenos días.»
Elena borró el mensaje. Borró el número del registro de llamadas. Sabía que no servía de nada. Si Hoffman tenía su número, tenía todo lo demás.
Pero el daño ya estaba hecho. No por el mensaje en sí. Por lo que el mensaje revelaba sobre la velocidad a la que se movía Cronos. El email a las tres de la mañana. La foto en la almohada de Alba. La llamada a media mañana. Tres puntos de presión en menos de doce horas, cada uno más directo que el anterior, cada uno más cerca del centro. No era improvisación. Era una escalada planificada. Cada paso diseñado para reducir el espacio de maniobra, para acortar las opciones, para empujar a Elena hacia un solo camino.
Coopera o te destruimos.
No con violencia. Con procedimiento.
Que era infinitamente peor.

A las once y media sonó el timbre.
Elena estaba en la cocina, lavándose las manos por quinta vez esa mañana —jabón, agua caliente, frotar, aclarar, repetir—, cuando el sonido la atravesó como una aguja. Cerró el grifo. Se secó las manos con el trapo de cocina. Despacio. Controlando el temblor.
Subió al recibidor. Miró por la mirilla.
Vera.
Sola esta vez. Sin el traje corporativo de la otra noche. Vaqueros gastados, chaqueta de cuero marrón, zapatillas deportivas. Sin maquillaje. Con ojeras profundas, del color morado oscuro que aparece cuando el sueño no llega durante días. El pelo recogido en una coleta descuidada que dejaba escapar mechones por los lados. Parecía otra persona. Parecía una madre.
Elena abrió la puerta a medias. Sin quitar la cadena.
—¿Qué haces aquí?
—Necesito hablar contigo.
—Ya hablamos.
—Elena, por favor. Solo cinco minutos. Es lo único que pido.
—No.

—No vine por Cronos.
—Trabajas para Cronos.
—Vine como amiga.
—No somos amigas, Vera. Dejamos de serlo cuando elegiste bando.
Vera bajó la voz. Casi un susurro.
—Vine como madre.
Eso detuvo a Elena. No las palabras. El sonido. La frecuencia rota de esa voz, la misma frecuencia que Elena oía en la suya propia cuando hablaba con Alba en la oscuridad, cuando le tomaba el pulso a las tres de la mañana, cuando contaba las horas hasta la siguiente dosis sabiendo que cada hora que pasaba era una hora menos de margen.
Vera tenía los ojos rojos. Había estado llorando. Recientemente. El borde de los párpados inflamado, la nariz enrojecida, esa expresión descompuesta que tienen las caras cuando el llanto se ha ido pero sus huellas todavía no.
Elena vaciló. Tres segundos. Luego:
—Cinco minutos.
Quitó la cadena. Dejó entrar a Vera. No la llevó al salón — donde la tarjeta con el nombre de Cronos seguía junto al teléfono, donde el sofá todavía conservaba la forma del cuerpo de Vera de la noche anterior—. Se quedaron de pie en el recibidor. De pie significaba temporal. Significaba no te pongas cómoda. Significaba esto no es una visita.
—Habla.
Vera respiró hondo. El aire le entró con un temblor que le sacudió los hombros.
—Lucas empeoró.
Elena esperó. No dijo nada. No reaccionó. Se limitó a estar ahí, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y la espalda a un metro de la puerta.
—La muestra que me diste la última vez… funcionó. —Vera tragó saliva—. Por dos días funcionó. Despertó. Abrió los ojos. Me miró. Me reconoció. Dijo «mamá». Lo dijo, Elena. Después de dos años, dijo «mamá».
La voz se le quebró en la última sílaba. La recompuso.
—Habló. Pidió agua. Preguntó dónde estaba su perro. Fue… fue

como si alguien hubiera encendido una luz dentro de él. Como si volviera.
Silencio.
—Pero luego empezó a desvanecerse. Al tercer día. Como si la vida se le escapara por algún sitio que nadie podía ver ni cerrar. Los monitores empezaron a cambiar. Los números a bajar. Y ahora está peor que antes. Peor que nunca. Los médicos dicen que su cerebro está… apagándose. Zona por zona. Como un edificio en el que alguien va cerrando las luces piso a piso. Dicen que tiene días. Quizá horas.
Elena sintió algo parecido a compasión. Lo reconoció como un animal que aparece en la periferia de tu visión: lo ves, sabes que está ahí, pero estás demasiado cansada y demasiado asustada para dejar que se acerque.
—Lo siento, Vera.
—Necesito más. Necesito saber qué hiciste exactamente. Cómo lo estabilizaste con Alba.
—No lo estabilicé.
—Pero está viva. La vi. Está aquí, en esta casa, comiendo y dibujando y durmiendo como cualquier niña.
—No como cualquier niña.
—Pero viva.
—Vera…
—Elena, necesito que me escuches. No te pido un milagro. Te pido una oportunidad. La misma que le diste a Alba.
—Lo que le di a Alba no es una oportunidad. Es una condena.
La frase salió antes de que Elena pudiera detenerla. Flotó en el aire del recibidor, entre las dos, y Elena vio cómo Vera la procesaba. La confusión. Después la comprensión parcial. Después la determinación de alguien que ha decidido que cualquier condena es preferible al vacío.
—No me importa.
—Deberías.
—Dime por qué.
Elena la miró durante un momento largo. Calculó. Sopesó. Y decidió que Vera merecía saber la verdad. No toda. Pero la suficiente para

que entendiera en qué territorio estaba pidiendo entrar.
—Porque Alba está cambiando. Cada día que pasa es un poco menos ella y un poco más… otra cosa.
—¿Qué cosa?
—No lo sé exactamente. Algo que no debería existir. Algo que se parece a ella pero que piensa como yo, que recuerda cosas mías, que sabe cosas que solo yo sé. Como si la frontera entre las dos se estuviera borrando.
—¿Y eso es por el tratamiento?
—Es por lo que la mantiene viva. Cada dosis le da tiempo, pero también le quita algo. Identidad. Autonomía. Lo que la hace ser ella. Y no sé cómo pararlo.
Vera se quedó en silencio. Un silencio que duró cinco respiraciones. Elena las contó.
—Aun así —dijo Vera—. Vale la pena.
—¿De verdad? ¿Tener a tu hijo de vuelta sabiendo que cada día será un poco menos tu hijo?
—Sí.
—¿Aunque lo que quede al final no sea Lucas?
—Sí. Porque lo que tengo ahora es nada. Y nada es peor que cualquier cosa.
Elena suspiró. Fue un suspiro largo, de los que vacían los pulmones hasta el fondo y dejan un hueco que duele al llenarse de nuevo.
—Vete, Vera.
—Elena…
—Vete. Y dile a Cronos que si se acercan a mi casa otra vez, si vuelven a entrar mientras mi hija duerme, si vuelven a dejar sobres o a hacer fotos o a mandarme contratos a las tres de la mañana, llamaré a la prensa. A toda la prensa. Y les contaré todo sobre los ensayos en Rumanía. Y sobre las demandas que silenciaron con dinero. Y sobre cada esqueleto que tienen en cada armario de cada oficina de su empresa.
Vera parpadeó.
—¿Me estás amenazando?
—Estoy protegiéndome. Hay una diferencia.
—No funcionará, Elena. Cronos tiene más abogados que tú

periodistas. Tienen más recursos. Más tiempo. Más paciencia.
—Entonces no tengo nada que perder. Y la gente que no tiene nada que perder es la más peligrosa de todas.
Vera la miró un momento más. Luego asintió. Un asentimiento breve que podía significar muchas cosas: respeto, resignación, despedida. Se dirigió a la puerta. Puso la mano en el picaporte. Se detuvo.
—Cuando Lucas muera —dijo sin girarse. La voz plana. Sin inflexión. Como quien enuncia un hecho meteorológico—, no podré perdonarte.
—Lo sé.
—¿Y podrás vivir con eso?
Elena no respondió. Porque la respuesta era no, pero decirlo en voz alta no habría cambiado nada.
Vera abrió la puerta. Salió. La puerta se cerró.
Elena puso la cadena. Echó la llave. Se apoyó contra la madera. Cerró los ojos. Escuchó los pasos de Vera alejándose por el camino. El ruido de un motor arrancando. El coche moviéndose. El sonido disminuyendo hasta desaparecer.
Silencio.
Se quedó ahí, temblando. No de frío. De la certeza, cada vez más sólida y más pesada, de que el cerco se estrechaba y ella no tenía herramientas para ensancharlo.

Bajó al sótano a buscar a Alba.

La niña estaba exactamente donde la había dejado. Sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y el cuaderno de dibujo sobre las rodillas. Los crayones esparcidos a su alrededor en un semicírculo que parecía deliberado, ordenados por color, del más claro al más oscuro. No los había dejado así cuando Elena la dejó hacía tres horas. Los había reorganizado. Con criterio. Con sistema.

—¿Estás bien?
Alba asintió sin levantar la vista del dibujo.
—¿Qué dibujas?

—A la señora que estaba aquí hace un rato.
Elena se quedó paralizada. Los pies clavados al suelo. La mano

todavía en el marco de la puerta.
—¿Qué señora?
Alba le mostró el cuaderno.
Era Vera. Perfectamente reconocible. De pie en el recibidor,

junto a la puerta, con la chaqueta de cuero y la coleta descuidada. Los trazos eran firmes, precisos, con un nivel de detalle que iba más allá de lo que Alba había dibujado nunca antes del accidente. Las proporciones del cuerpo eran correctas. La expresión del rostro —ojos enrojecidos, boca apretada, mandíbula tensa— era exacta.

Elena cogió el cuaderno. Lo miró de cerca. Buscó un error, una desproporción, algo que demostrara que era un dibujo de niña y no un retrato hecho por alguien que había visto al modelo con sus propios ojos.

No lo encontró.
—¿La viste?
—No. Solo… supe que estaba aquí. Cuando llegó, sentí algo.

Como cuando abres una puerta y entra aire de fuera. Y supe que estaba triste.
—Alba…
—Y supe que tiene un hijo. Y que está muriendo. Y que vino a

pedirte ayuda. Y que le dijiste que no.

La niña levantó la vista. En sus ojos había algo que Elena reconoció porque era suyo: conocimiento. Empatía cargada de información. La compasión precisa de quien entiende exactamente lo que está pasando porque tiene acceso a todas las piezas del rompecabezas.

Y debajo de eso, debajo del conocimiento y la empatía, miedo. Miedo limpio. De niña.

—¿Mami, estoy robándote los pensamientos?
Elena se arrodilló junto a ella. Le quitó el cuaderno de las manos. Lo dejó en el suelo, boca abajo, para no ver el retrato de Vera.
—No, cariño. No estás robando nada.
—Pero sé cosas que no debería saber. Cosas que tú sabes y yo no debería saber. Lo noto. Es como… como tener dos radios encendidas a la vez. Una es la mía y la otra es la tuya. Y a veces la tuya suena más fuerte.
Elena le tomó las manos. Se las apretó. Sintió los huesos pequeños bajo la piel.
—¿Cuándo empezó eso?
—No sé. Hace unos días. Al principio pensé que eran sueños. Cosas raras que veía cuando cerraba los ojos. Pero ahora pasa también cuando estoy despierta. Cuando estás cerca. Cuando estás triste o asustada. Es como si tus pensamientos empujaran contra los míos y entraran sin pedir permiso.
—¿Y los míos… borran los tuyos?
Alba se quedó callada un momento. Un momento largo. Demasiado largo para una pregunta que debería tener una respuesta fácil.
—No lo sé —dijo finalmente—. A veces intento recordar cosas de antes. De antes del accidente. Mi habitación vieja. Los dibujos que hacía. Las canciones que cantaba. Y están ahí, pero… más lejos. Como si alguien las hubiera puesto en una estantería muy alta. Y en la estantería de abajo, donde están las cosas fáciles de coger, hay cosas tuyas.
—Alba…
La niña la miró con esos ojos enormes.
—¿Mami, me estoy convirtiendo en ti?

Esa noche, después de acostar a Alba —después de leerle un cuento dos veces, después de quedarse veinte minutos sentada en el borde de la cama vigilando su respiración, después de verificar el color de sus labios y su pulso y la temperatura de sus manos y cada parámetro que pudiera medirse sin instrumentos—, Elena bajó al laboratorio.

Se sentó bajo la lámpara. Abrió el cuaderno cifrado. Pero no escribió. No inmediatamente. Se quedó mirando la página en blanco durante tres minutos, con la pluma destapada en la mano, escuchando el silencio del sótano y el zumbido del frigorífico de muestras y el latido de su propia sangre en los oídos.

Luego cogió el móvil. Lo encendió. Buscó el número de Samir en la agenda. Lo miró. Diez dígitos. La distancia entre el control y la rendición medida en diez dígitos.

Marcó.

Respondió al segundo tono. Como si hubiera estado esperando junto al teléfono.
—Elena.
La voz de Samir. Grave. Cansada. Con esa calidez ronca que tenía cuando hablaba sin defensas, a horas en las que la cortesía profesional ya no funcionaba.
—Necesito tu ayuda.
Silencio al otro lado de la línea. Largo. Elena oyó su respiración. Oyó el crujido de algo —una silla, una cama, un cuerpo que se recoloca en la oscuridad—.
Luego:
—¿Dónde?
—En el café donde nos vimos la última vez. Mañana. Siete de la mañana.
—Estaré ahí.
No preguntó por qué. No pidió explicaciones. No dijo te lo advertí ni era cuestión de tiempo ni ninguna de las frases que habría tenido derecho a decir. Solo: estaré ahí. Dos palabras. Las más generosas que Elena había escuchado en semanas.
—Samir.
—¿Sí?
—Gracias.
—No me las des todavía.
Colgó.

Elena dejó el móvil en la mesa. Boca abajo. Pantalla contra la madera. Se quedó sentada en la oscuridad del laboratorio, mirando la pared.

Acababa de cruzar una línea. Acababa de pedir ayuda al único hombre que podía entender lo que había hecho, porque era el único cuya inteligencia estaba a la altura de la aberración. Y al único hombre que podía destruirla si decidía hacerlo, porque lo que Elena le contaría mañana era lo suficientemente grave como para acabar con su carrera, con su libertad y con la custodia de Alba en una sola llamada telefónica.

Confianza o suicidio. A estas alturas, la diferencia entre ambas cosas era una cuestión de perspectiva.

El móvil vibró contra la mesa.

Elena lo giró. Pantalla iluminada. Mensaje de número desconocido. Una foto.

La abrió.

Y el aire abandonó sus pulmones como si alguien le hubiera dado un golpe en el plexo solar.

Era ella misma. En el laboratorio. Sentada exactamente donde estaba ahora. Vista desde un ángulo ligeramente elevado, como si la cámara estuviera a la altura de una ventana. La lámpara encendida. El cuaderno abierto sobre la mesa. El móvil en la mano. Su cara iluminada por el resplandor de la pantalla. Reconocible. Inconfundible.

Timestamp en la esquina inferior: hacía cuarenta y tres segundos.

Y debajo de la foto, un mensaje:

«Sabemos lo que es. Queremos hablar. Mañana 8 AM, Instituto Europeo de Medicina Traslacional. Sola. O la próxima foto será de Alba.»

Elena levantó la vista hacia la ventana del laboratorio. Las cortinas estaban cerradas.

Las había cerrado ella misma. Hacía horas. Había verificado que estaban cerradas. Había ajustado la tela contra el marco. Había eliminado cada rendija.

Pero las cortinas no llegaban hasta abajo. Quedaba un hueco. Tres centímetros entre el borde inferior de la tela y el alféizar. Tres

centímetros que Elena no había considerado porque la ventana del laboratorio daba al jardín trasero y el jardín trasero estaba cerrado con un muro de dos metros.
Tres centímetros.
Suficientes para una cámara. Para un ojo. Para alguien tumbado en la hierba del jardín, inmóvil, paciente, con el objetivo a la altura del suelo, esperando el momento exacto.
Alguien que había estado ahí. Ahora mismo. A menos de diez metros de donde su hija dormía.
Elena se levantó. Fue hasta la ventana. Apartó la cortina. Miró el jardín. Oscuridad. Hierba. El muro del fondo. La silueta del tendedero. Nada.
Pero sobre el alféizar exterior, en el borde de piedra donde la lluvia dejaba un polvillo gris, había una marca. Una zona limpia. Rectangular. Del tamaño exacto de un codo apoyado.
Alguien había estado ahí.
Hacía menos de un minuto.
Elena soltó la cortina. Retrocedió. Se sentó en la silla. Cogió el móvil con las dos manos para que no se le cayera.
Mañana a las ocho. El Instituto. Sola.
O la próxima foto será de Alba.
Se quedó sentada en el laboratorio. En la oscuridad. Con el teléfono muerto en las manos y la certeza, ya no intuida sino verificada, de que el espacio entre ella y lo que la acechaba se había reducido a la distancia que separa una cortina de una ventana.
Tres centímetros.
Eso era todo lo que quedaba.

CAPÍTULO 9 - CRONOS LLAMA

Elena no se movió durante cinco minutos completos.

Se quedó sentada en la silla del laboratorio, con el móvil en la mano, mirando la foto de sí misma tomada desde el jardín.
Alguien había estado ahí.
A metros de la ventana.
Observándola.

Y ese alguien sabía exactamente dónde estaba Alba.
Finalmente, se levantó. Apagó las luces del laboratorio. Subió las escaleras sin hacer ruido. Fue directamente a la habitación de Alba. La niña dormía. Respiración profunda y regular. El cabello oscuro desperdigado sobre la almohada.
Elena cerró la puerta con seguro desde dentro. Arrastró el sillón del rincón y lo colocó contra la puerta. Luego se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared, desde donde podía ver tanto a Alba como la ventana.
Y esperó el amanecer.

A las seis de la mañana, Elena bajó al laboratorio y empezó a trabajar.
Si iba a reunirse con Cronos, necesitaba protección.
No física. No podía ganar en ese terreno.
Pero tenía algo que ellos querían. Información. Y mientras la tuviera, tenía poder.
El problema era que no podía llevársela en un pendrive o en papel. Demasiado fácil de quitar. Demasiado vulnerable. Así que hizo algo mejor.
Pasó dos horas cifrando todos sus archivos de investigación. Cada nota. Cada fórmula. Cada grabación del laboratorio. Lo subió todo a tres servidores en la nube diferentes, con contraseñas que solo ella conocía.
Luego borró todo del ordenador local.
Formateó el disco duro dos veces.
Destruyó las copias físicas de sus cuadernos.
Cuando terminó, la única copia de su investigación existía en su cabeza y en servidores que tardarían semanas en rastrear.
A las siete y cuarto, despertó a Alba.
—Cariño, necesito que te quedes en casa hoy.
Alba se frotó los ojos.
—¿Dónde vas?
—A una reunión. Pero vuelvo en dos horas. Tres, máximo.
—¿Puedo quedarme sola?
—No. Va a venir alguien a cuidarte.

—¿Quién?
Elena no había pensado en eso.
No podía llamar a una niñera. No podía dejar a Alba con una desconocida que podría hacer preguntas.
Pero tampoco podía dejarla sola. No con Cronos observando.
Entonces tuvo una idea.
Llamó al único número que se le ocurrió.
Matías. Su exmarido. El padre de Alba.
Respondió al quinto tono.
—¿Elena?
—Necesito un favor.
Silencio al otro lado.
—¿Qué tipo de favor?
—Necesito que vengas a casa. Ahora. —¿Por qué?
—No puedo explicártelo por teléfono. —Elena, si esto es sobre.
—Por favor. Es importante.
Otra pausa larga.
—Llegaré en media hora.

Matías llegó a las siete y cincuenta.

Elena abrió la puerta antes de que tocara el timbre. Lo metió dentro rápidamente.
—Gracias por venir.
Matías la miró con una mezcla de confusión y preocupación. Seguía teniendo el mismo aspecto que recordaba: cabello castaño despeinado, barba de dos días, esa manera de mirarla como si intentara resolver un acertijo.
—¿Qué pasa?
—Necesito que te quedes con Alba un par de horas.
—¿Alba?
—Sí.
—Elena. —Matías bajó la voz— Alba está muerta.
—No lo está.
—Fui al funeral. Vi el ataúd.
—Hubo un error. Médico. Ella. se recuperó.

Matías la miró como si se hubiera vuelto loca.
—Eso es imposible.
—Lo sé.
—Elena, ¿qué está pasando?
—No tengo tiempo para explicarlo. Pero está arriba. Viva. Y necesito que alguien se quede con ella mientras salgo.
—¿Me estás diciendo que nuestra hija, que fue declarada muerta hace dos semanas, está viva y arriba en este momento?
—Sí.
—¿Y quieres que me lo crea así sin más?
—Sube. Compruébalo tú mismo.
Matías la miró durante un largo momento. Luego subió las escaleras de dos en dos.
Elena lo siguió.
Entraron a la habitación de Alba.
La niña estaba sentada en la cama, con el pijama puesto, mirando la tablet.
Levantó la vista cuando entraron.
—¿Papi?
Matías se quedó paralizado en el umbral.
El color abandonó su rostro.
—No. No, no, no.
—Papi, ¿qué pasa?
Matías retrocedió hasta chocar contra la pared.
—Esto no está pasando.
Alba bajó de la cama y corrió hacia él.
—¡Papi!
Lo abrazó. Matías bajó la vista, mirando a la niña que lo abrazaba.
Su hija. Muerta. Enterrada.
Viva.
—¿Cómo.?
Elena puso una mano en su hombro.
—No hay tiempo. Te lo explicaré todo cuando vuelva. Pero necesito que confíes en mí.
—¿Confiar en ti? Elena, ¿qué demonios hiciste?
—Lo que tenía que hacer.

—Esto es. —buscó las palabras— esto es una locura.
—Lo sé.
—¿Alguien más lo sabe?
—Demasiada gente.
Matías se arrodilló frente a Alba. Le tocó la cara. Como si no pudiera creer que fuera real.
—Mi niña.
—Hola, papi.
—Te extrañé tanto.
—Yo también.
Matías la abrazó, y Elena vio lágrimas corriendo por su rostro.
—Quédate con ella —dijo Elena—. No salgan. No contesten la puerta. Y si alguien intenta entrar, llámame inmediatamente.
—¿Quién intentaría entrar?
—Solo hazlo. Por favor.
Matías asintió, aún sosteniendo a Alba.
Elena salió de la habitación, bajó las escaleras, cogió las llaves del auto.
Y condujo al Instituto Europeo de Medicina Traslacional para encontrarse con la gente que quería destruirla.

El Instituto estaba en silencio cuando Elena llegó.

Eran las ocho y cinco de la mañana. La mayoría del personal no llegaba hasta las nueve.
Pero alguien la esperaba.
Había un hombre de pie en el recibidor principal. Cincuenta y tantos años. Traje gris perfectamente cortado. Maletín de cuero. Expresión neutra.
—Doctora San Martín.
—¿Quién es usted?
—Marcus Hoffman. Director legal de Cronos Biotech.
No le ofreció la mano. Ella no se la habría estrechado de todos modos.
—¿Dónde está Vera?
—La señora Molnar está ocupándose de asuntos familiares. Yo la

represento en esta reunión.
—¿Qué reunión?
—La que aceptó al venir aquí.
Elena miró alrededor del recibidor. Vacío. Excepto por dos hombres más cerca de la entrada. Trajes oscuros. Postura militar. Seguridad privada.
—¿Dónde quiere hablar?
—El Dr. Idris tuvo la amabilidad de prestarnos su despacho.
Algo frío atravesó el pecho de Elena.
—¿Samir sabe que están aquí?
—El Dr. Idris está informado. De hecho, fue él quien sugirió este encuentro.
Elena sintió que el suelo se movía bajo sus pies.
Samir.
Samir la había traicionado.
Hoffman se dirigió hacia las escaleras. Elena lo siguió, con cada paso sintiendo como si caminara hacia una trampa.
Subieron al tercer piso. El despacho de Samir estaba al fondo del pasillo. La puerta estaba abierta.
Hoffman entró primero. Elena lo siguió.
Samir estaba sentado detrás de su escritorio. Más demacrado que la última vez. Más viejo. Más roto.
Sus ojos se encontraron.
—Elena.
—¿Qué es esto?
—Siéntate. Por favor.
—No.
Hoffman cerró la puerta detrás de ella. El clic del seguro resonó como un disparo.
—Preferiría que se sentara, doctora San Martín —dijo Hoffman —. Esta conversación puede ser breve o puede ser larga. Depende de usted.
Elena se quedó de pie.
—Tienen cinco minutos.
Hoffman abrió su maletín. Sacó una carpeta. La colocó sobre el escritorio.

—Cronos Biotech ha estado monitoreando su actividad investigativa durante las últimas dos semanas. Hemos documentado varias violaciones serias de protocolos de bioseguridad europeos.
—No he violado nada.
—Trabajo con material biológico humano sin autorización institucional. Manipulación de tejido necrótico en instalaciones no certificadas. Y, lo más relevante, falsificación de documentación médica oficial.
Elena no respondió.
Hoffman continuó.
—Su hija, Alba San Martín, tiene certificado de defunción oficial. Emitido hace dos semanas por el Hospital General de Viena. Sin embargo, nuestra vigilancia confirma que está viva y residiendo en su domicilio.
—Pruébenlo.
—Oh, lo haremos. Tenemos fotografías. Grabaciones. Testimonios. Todo lo necesario para presentar un caso al Ministerio de Salud, a la policía, y a los medios de comunicación.
Abrió la carpeta. Dentro había fotos. Docenas de ellas.
Alba saliendo de la casa. Alba en el jardín. Alba visible a través de las ventanas.
Todas con timestamp. Todas fechadas después de su muerte oficial.
—Esto es acoso —dijo Elena.
—Es documentación.
—Es ilegal.
—No en Austria. No cuando hay sospecha razonable de fraude médico.
Hoffman cerró la carpeta.
—Pero Cronos no está interesado en destruirla, doctora San Martín. Estamos interesados en colaborar.
—No quiero su colaboración.
—Entonces estará interesada en las alternativas.
Sacó otra carpeta. Esta era más gruesa.
—Opción uno: rechaza nuestra oferta. Mañana, esto llega a la prensa. "Científica Nobel acusada de profanación de tumba y fraude médico." Su carrera termina. Pierde su licencia. Enfrenta cargos

criminales. Y Alba es removida de su custodia mientras las autoridades determinan qué diablos está pasando.
Elena sintió que las manos le temblaban.
—Opción dos —continuó Hoffman—: acepta nuestra propuesta. Cronos proporciona protección legal completa. Silenciamos las investigaciones. Le damos acceso a laboratorios certificados donde puede continuar su trabajo sin escrutinio. Y le pagamos generosamente por su colaboración.
—¿Qué colaboración?
—Acceso completo a su investigación. Protocolos. Fórmulas. Métodos. Todo lo que usó para resucitar a su hija.
—No.
—¿No?
—No voy a darles eso.
—¿Ni siquiera para proteger a Alba?
Elena miró a Samir. Él había permanecido en silencio durante todo el intercambio.
—¿Esto es lo que querías? ¿Por eso me llamaste?
Samir finalmente habló.
—Quería advertirte. Pero llegaste tarde.
—Me traicionaste.
—Te ofrecí ayuda y la rechazaste. Cronos me ofreció algo que tú no podías darme.
—¿Qué?
—Tiempo.
Elena entendió entonces.
—Te prometieron curarte.
—Me prometieron que si colaboraba, tendría acceso al mismo tratamiento que usaste con Alba.
—Samir, no funciona así. No es estable. No es.
—No me importa si es estable —su voz se quebró—. Solo quiero seis meses más. Un año. Lo que sea. Es más de lo que tengo ahora.
Elena se giró hacia Hoffman.
—No pueden curarlo. No saben cómo.
—Pero usted sí.
—No.

—Entonces no tenemos trato.
Hoffman cerró su maletín.
—Tiene veinticuatro horas para reconsiderarlo. Mañana a esta hora, o tenemos su firma en este contrato, o el expediente va a la fiscalía.
Se levantó. Se dirigió a la puerta.
Se detuvo con la mano en el picaporte.
—Ah, una cosa más. El inspector Lira de la policía científica ha solicitado acceso a nuestros archivos como parte de su investigación sobre la profanación de tumba. Legalmente, no podemos negárselo. A menos, por supuesto, que usted esté bajo protección corporativa de Cronos. En cuyo caso, nuestros abogados pueden. complicar su acceso durante meses.
Salió.
Elena se quedó sola con Samir.
Se quedaron en silencio durante un largo momento. —Lo siento — dijo Samir finalmente.
—No, no lo sientes.
—Lo hice por ti también. Si firmas, ambos ganamos. —Si firmo, pierdo el control de mi investigación. Y de mi hija. —¿Y si no firmas? Pierdes todo de todos modos.
Elena se dirigió a la puerta.
—Elena.
Se detuvo.
—Hay algo más que deberías saber —dijo Samir—. Sobre Alba. — ¿Qué?
—Tomé muestras de su sangre. La noche que estuvimos en el laboratorio. Mientras estaba sedada.
Elena se giró lentamente.
—¿Qué hiciste qué?
—Las analicé. Su ADN está. cambiando. Cada día que pasa, más de sus marcadores genéticos originales están siendo reemplazados.
—¿Reemplazados por qué?
—Por los tuyos.
Elena sintió que el mundo se inclinaba.
—Eso es imposible.
—En tres semanas, a este ritmo, Alba no tendrá su propio ADN. Será

genéticamente idéntica a ti.
—Estás mintiendo.
—Ojalá lo estuviera.
Samir le pasó un papel a través del escritorio. Resultados de laboratorio.
Elena los cogió con manos temblorosas.
Los números estaban ahí. Claros. Irrefutables.
Alba se estaba convirtiendo en ella.
A nivel celular.
A nivel genético.
—¿Cuánto tiempo? —susurró.
—Antes de que el proceso sea irreversible? No lo sé. Pero si tuviera que adivinar. días. Una semana como máximo.
Elena soltó el papel.
Salió del despacho. Corrió por el pasillo. Bajó las escaleras.
Necesitaba llegar a casa.
Necesitaba ver a Alba.
Necesitaba.
Su móvil sonó.
Matías.
Elena respondió mientras corría hacia el auto.
—¿Qué pasa?
—Elena, algo está mal con Alba.
—¿Qué?
—Está. no sé cómo describirlo. Está hablando raro. Diciendo cosas que no tienen sentido.
—¿Qué tipo de cosas?
—Cosas sobre ti. Sobre tu infancia. Cosas que ella no podría saber.
Elena arrancó el auto con manos temblorosas.
—Voy para allá. No la dejes sola.
—Elena, hay algo más.
—¿Qué?
—Cuando la miro. —vaciló— es como si no fuera ella. Como si fuera otra persona usando su cara.
Elena condujo a casa rompiendo todos los límites de velocidad.
Llegó en doce minutos.

Entró corriendo.
—¡Alba!
Matías estaba en el salón, pálido.
—Está arriba. En tu habitación.
Elena subió las escaleras de tres en tres.
Entró a su dormitorio.
Alba estaba sentada en el suelo. Rodeada de las fotos del Nobel. De los diplomas. De todos los recuerdos de la carrera de Elena.
Levantó la vista cuando Elena entró.
Y sonrió.
Pero no era la sonrisa de Alba.
Era la sonrisa de Elena.
—Hola, mami —dijo con una voz que sonaba demasiado a la de Elena—. Mira lo que encontré. Son todas fotos tuyas. De cuando eras importante.
Cogió una foto. La del Nobel.
—¿Te acuerdas de este día? Yo sí. Llevabas el vestido azul. El que compraste en París. Y estabas nerviosa porque pensabas que ibas a tropezar en el escenario.
Elena se quedó paralizada.
Porque eso era verdad.
Pero nunca se lo había contado a Alba.
A nadie se lo había contado.
—¿Cómo sabes eso?
Alba la miró con ojos que ya no eran del todo suyos. —Porque yo estaba ahí, mami.
—No. No estabas ahí.
—Sí estaba. Dentro de ti. Viendo todo lo que veías. Sintiendo todo lo que sentías.
Se levantó. Se acercó a Elena.
—Y ahora entiendo por qué lo hiciste. Por qué me trajiste de vuelta. No era por mí. Era porque no podías soportar estar sola.
—Alba, para.
—Pero está bien, mami. Porque ahora nunca estarás sola.
Le tocó la cara con una mano pequeña.
—Ahora somos la misma persona.

CAPÍTULO 10 - LA NIÑA ROTA

Elena retrocedió hasta que la pared la detuvo.
El yeso frío atravesó la tela de su blusa y le mordió los omóplatos, pero no se apartó. Necesitaba algo sólido a su espalda, algo que le confirmara que el suelo no se había inclinado, que la habitación seguía siendo una habitación y no la cubierta de un barco en medio de una tormenta.
Alba seguía de pie frente a ella, con esa sonrisa que no le pertenecía. Con esa postura erguida, adulta, imposible. Los hombros alineados, la barbilla ligeramente elevada, las manos relajadas a los costados del cuerpo como si hubiera ensayado esa quietud durante décadas. Con los ojos llenos de algo que ninguna niña de ocho años debería contener. Una densidad. Una profundidad estratificada, geológica, como mirar al fondo de un pozo y descubrir que el pozo te devuelve la mirada.
—Alba, escúchame…
—Sé lo que vas a decir.
La voz de Alba sonó clara, sin vacilación, sin el temblor que acompaña a las adivinanzas infantiles. Era una afirmación. Un diagnóstico.
—No. No lo sabes.
—Vas a decir que estoy confundida. Que son solo recuerdos raros. Que se me pasará.
La habitación pareció inclinarse. Elena se aferró a la pared con las palmas abiertas, los dedos extendidos contra el yeso como si buscara grietas por donde escapar. El aire olía a polvo y a ropa limpia de niña, ese olor dulce y jabonoso que solía reconfortarla y que ahora le producía una náusea sorda, porque pertenecía a un mundo que se estaba desmoronando.
—¿Cómo…?
—Porque yo también estaba pensando eso. Hace cinco minutos. Cuando empecé a recordar cosas que no viví.
Alba se giró hacia las fotos desperdigadas en el suelo. Se agachó con la naturalidad de quien recoge algo que le pertenece, sin torpeza, sin la precipitación impaciente de una niña curiosa. Se

movía con una economía de gestos que Elena reconoció con un escalofrío: así se movía ella misma en el laboratorio, seleccionando muestras, eligiendo instrumentos con la certeza precisa de quien sabe exactamente lo que busca.

—Como esta.

La ceremonia del Nobel. Elena la vio en las manos de su hija y sintió vértigo. La fotografía estaba ligeramente arrugada por una esquina, y Alba la sostenía por los bordes, con los pulgares por debajo, igual que Elena sostenía las placas de cultivo. Igual que Elena sostenía todo lo que le importaba: con cuidado excesivo, con la tensión controlada de quien teme que lo valioso se desintegre entre sus dedos.

—Puedo ver el escenario —dijo Alba, sin levantar la vista. Su mirada recorría la imagen como si estuviera leyendo un texto escrito en un idioma que acabara de aprender—. Las luces. Eran más cálidas de lo que esperabas, casi anaranjadas. El peso del medallón en tus manos. El miedo de tropezar subiendo las escaleras. El vestido azul que casi no te pusiste porque pensabas que no te lo merecías. Todo.

—Eso es imposible.

—Lo sé. Pero está pasando.

Cogió otra foto. Elena de niña, unos diez años, con su madre. La sostuvo con cuidado, como si fuera frágil, como si el papel fotográfico pudiera sangrar si lo apretaba demasiado. Sus dedos pequeños enmarcaron el rostro de la abuela que nunca había conocido, y algo en la forma en que inclinó la cabeza —un grado, apenas— reprodujo con exactitud milimétrica el gesto que Elena hacía cada vez que revisaba esa foto en la soledad de las madrugadas.

—Tu madre. Murió cuando tenías quince. Cáncer. Y tú nunca la superaste. Por eso estudiaste medicina. Para encontrar una cura que llegó demasiado tarde.

Las lágrimas empezaron a acumularse en los ojos de Elena. Ardían. No como llanto, sino como ácido, como si su propio cuerpo intentara cauterizar algo que ya no podía cerrarse.

—Para, Alba. Por favor.

—Pero es la verdad, ¿no?

—Esos son mis recuerdos. No tuyos.
—Ahora son los dos.
Lo dijo sin triunfo. Sin crueldad. Con la sencillez de quien enuncia una ley física. El agua hierve a cien grados. La luz viaja a trescientos mil kilómetros por segundo. Tus recuerdos ahora son los dos.
Alba se acercó. Le tomó la mano. Sus dedos pequeños y tibios envolvieron los de Elena con una firmeza que no era infantil. La presión era exacta, ni demasiado suave ni demasiado fuerte, calibrada con una precisión que a Elena le recordó la forma en que ella misma sostenía las manos de sus pacientes antes de darles un diagnóstico terminal. Ese agarre que dice: estoy aquí, pero lo que viene va a doler.
—No tengas miedo, mami. Es perfecto. Ahora te entiendo. Entiendo todo. Por qué haces lo que haces. Por qué no pudiste dejarme ir.
—Alba…
—Porque cuando tu madre murió, juraste que nunca dejarías morir a nadie más. Y cuando yo morí, rompiste esa promesa. Así que tenías que arreglarlo.
Las lágrimas corrían por el rostro de Elena ahora. Calientes, incontrolables. Cada una se sentía como una confesión, como una puerta que se abría sin permiso.
—No es así.
—Sí lo es.
Alba la abrazó. Pequeña y cálida contra su pecho. Y Elena la sostuvo, temblando, aferrándose a ese cuerpo diminuto como a un salvavidas en un mar que no tenía fondo. Hundió la cara en el pelo de Alba, aspiró su olor —champú de manzanilla, piel tibia, algo eléctrico debajo, algo nuevo—, y durante tres segundos se permitió creer que todo estaba bien. Que era solo una madre abrazando a su hija después de una pesadilla.
Pero algo estaba mal.
Porque la forma en que Alba la abrazaba no era la forma en que una niña abraza a su madre. Era la forma en que Elena se abrazaba a sí misma cuando tenía miedo. Los brazos en el mismo ángulo, cruzados sobre la espalda con los dedos enganchados en los omóplatos. La cabeza ladeada del mismo modo, hacia la izquierda,

siempre hacia la izquierda. La misma presión exacta. Como un molde. Como un eco que ha aprendido a anticipar el sonido original.
Una lágrima cayó del rostro de Elena al cabello de Alba.
Y por un segundo —solo un segundo— Elena sintió algo extraño. Como si algo fluyera entre ellas a través de ese punto húmedo. Como si la lágrima fuera un puente tendido sobre un abismo. Una corriente sutil, casi imperceptible, que tiraba de algo dentro de ella. No de un pensamiento concreto. No de un recuerdo específico. De algo más profundo. De algo que no tenía nombre pero que formaba parte de la arquitectura de lo que era.
Y del otro lado, Alba estaba tomando algo más.

Matías seguía en el salón cuando bajaron.
Estaba de pie junto a la ventana, mirando la calle con las manos en los bolsillos. La luz de la tarde entraba oblicua y le cortaba la cara en dos mitades: una iluminada, la otra en sombra. Se giró al oír sus pasos en la escalera, y Elena vio cómo su expresión intentaba recomponerse, cómo los músculos de la mandíbula se relajaban a la fuerza, cómo ensayaba una normalidad que no sentía.
—¿Está bien?
—Sí —mintió Elena. La mentira le salió lisa, profesional, como un diagnóstico memorizado—. Solo estaba confundida.
—Elena, necesitamos hablar.
—Lo sé. Pero ahora no.
—¿Cuándo?
—Pronto.
—Eso no es una respuesta.
—Es la única que tengo.
Matías la miró durante tres segundos largos. Elena conocía esa mirada: la misma que le dedicaba durante las discusiones de su matrimonio, cuando él sabía que ella estaba evitando algo y ella sabía que él lo sabía, y ambos fingían que ese conocimiento mutuo no existía. Un ritual de negación compartida que habían perfeccionado durante años.
Matías miró a Alba. La niña le sonrió. Una sonrisa normal, infantil, luminosa. Dientes de leche, hoyuelos en las mejillas, ojos brillantes.

Como si los últimos veinte minutos no hubieran ocurrido. Como si pudiera encender y apagar lo que era a voluntad. La transición fue tan limpia, tan instantánea, que a Elena le produjo más miedo que todo lo que había pasado arriba. Porque significaba que Alba ya no solo absorbía recuerdos. Estaba aprendiendo a actuar.
—Hola, papi.
—Hola, cariño.
Pero algo cruzó su expresión. Algo sutil que Elena reconoció porque lo sentía ella misma: esa certeza de que Alba era familiar y equivocada al mismo tiempo, como una canción conocida tocada en una tonalidad distinta. Una disonancia casi inaudible que se alojaba en el estómago antes que en el oído.
—Tengo que irme —dijo Matías. Su voz había perdido medio tono, como si las palabras le pesaran más de lo habitual—. Tengo una reunión.
—Gracias por venir.
—¿Me vas a explicar qué está pasando?
—Cuando pueda. Te lo prometo.
Matías se acercó a Alba. Se arrodilló frente a ella con la lentitud de alguien que se acerca a un animal desconocido, midiendo cada movimiento, calibrando la distancia.
—¿Estás bien?
—Sí, papi.
—¿Segura?
—Segura.
La besó en la frente. Elena observó el contacto —los labios de Matías sobre la piel de Alba— y contuvo la respiración sin saber por qué. Como si esperara que algo saltara, que algo se transfiriera también a través de ese beso. Pero no pasó nada. O nada visible.
Matías se levantó. Se dirigió a la puerta y se detuvo en el umbral sin girarse. Su silueta se recortaba contra la luz del pasillo, oscura, inmóvil. Los hombros ligeramente caídos bajo un peso que no podía nombrar.
—Elena.
—¿Sí?
—Sea lo que sea que hiciste… ten cuidado.

Salió. Sus pasos se alejaron por el camino de grava, regulares, decididos, como si caminar rápido pudiera ponerlo a salvo de lo que intuía.
Elena cerró la puerta. Puso el seguro. La cadena. Comprobó que el cerrojo estaba echado del todo, que el metal encajaba en el metal con un clic definitivo. Se giró hacia Alba.
—Necesitamos establecer reglas.

Sentó a Alba en el sofá. Se colocó frente a ella, en el borde de la mesa de centro, lo bastante cerca para mirarla a los ojos y lo bastante lejos para no tocarla. La distancia entre ambas —sesenta centímetros, quizá setenta— se sentía como un campo de minas. Cada centímetro contenía una decisión.

—Escúchame con atención.
—Estoy escuchando.
La voz de Alba era plana, receptiva, despojada de la

impaciencia que cualquier niña habría mostrado ante una conversación seria a media tarde. Tenía las manos sobre las rodillas, la espalda recta, la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha. La postura de una estudiante ejemplar. La postura de alguien que sabe que lo que viene importa.

—Lo que está pasando, estos recuerdos que tienes, no son normales.
—Lo sé.
—Y necesitamos detenerlo.
—¿Cómo?
—Aún no lo sé. Pero mientras lo descubro, hay reglas.
Alba asintió. Paciente. Demasiado paciente. La paciencia de un adulto disfrazada con la piel de una niña.
—Primera regla: no me toques a menos que sea necesario.
—¿Por qué?
—Porque creo que cada vez que nos tocamos, especialmente cuando lloro, algo pasa. Algo se transfiere.

—¿Qué se transfiere?
Elena tragó saliva. Notó su propia garganta seca, áspera, como si las palabras que estaba a punto de pronunciar tuvieran textura y le arañaran al salir.
—Parte de mí. Recuerdos. Pensamientos. Cosas que deberían quedarse en mi cabeza.
Alba frunció el ceño. Por un instante pareció exactamente lo que era: una niña de ocho años a la que le están quitando algo que quiere. El labio inferior se adelantó medio milímetro. Los ojos se empañaron con un brillo que no llegó a ser llanto. Y Elena sintió una punzada de culpa tan aguda que tuvo que apretar los dientes para no retractarse de todo, para no cruzar esos sesenta centímetros y abrazarla y decirle que no importaba, que podía tomar lo que quisiera, que era su madre y para eso estaban las madres.
Pero no lo hizo. Porque la científica que vivía debajo de la madre sabía que ese impulso era exactamente el peligro.
—Pero me gusta cuando me abrazas.
—Lo sé, cariño. Y yo también. Pero hasta que entienda qué está pasando, necesito que mantengas distancia.
—¿Cuánta distancia?
—Solo intenta no tocarme a menos que sea necesario.
Alba bajó la vista. Sus manos se cerraron sobre su regazo, los nudillos blanqueando bajo la presión. Un gesto pequeño, silencioso, que contenía todo un terremoto.
—¿Ya no me quieres abrazar?
—No es eso. Es que necesito protegerte.
—¿De qué?
La palabra salió antes de que Elena pudiera detenerla. Salió con la inercia de algo que llevaba días formándose en lo más hondo de su pensamiento, una verdad que había estado evitando como se evita mirar directamente al sol.
—De mí.
El silencio que siguió fue denso. Pesado. Como una habitación que se llena de agua lentamente, sin ruido, el nivel subiendo centímetro a centímetro hasta que ya no puedes respirar. Elena escuchó el tic-tac del reloj de pared, el zumbido lejano de la nevera, el latido de su

propia sangre en las sienes.
—Segunda regla —continuó Elena, porque detenerse era peor, porque el silencio tenía dientes—: si recuerdas algo que no viviste, dímelo inmediatamente.
—¿Para qué?
—Para que pueda documentarlo. Entenderlo. Ver si hay un patrón.
—¿Y si no quiero decírtelo?
—¿Por qué no querrías?
Alba la miró con esos ojos demasiado viejos para su cara. La luz de la ventana les arrancaba un destello ambiguo, ni cálido ni frío, un color que parecía cambiar según el ángulo desde el que lo miraras.
—Porque algunos de tus recuerdos dan miedo.
Algo frío recorrió la espalda de Elena. Desde la nuca hasta la base de la columna. Un escalofrío lento, deliberado, como el dedo de alguien trazando una línea sobre su piel.
—¿Qué tipo de recuerdos?
—Como cuando estabas en el cementerio. Rompiendo la lápida. Sacando el ataúd.
—No deberías recordar eso.
—Pero lo hago. Puedo sentir el martillo en mis manos. El peso. La vibración subiendo por los brazos cada vez que golpeabas. El sonido de la piedra rompiéndose. Como huesos.
—Alba…
—Y puedo sentir lo que sentías. El miedo. La culpa. Y algo más.
—¿Qué más?
—Algo como… alivio.
Elena cerró los ojos. Se mordió el interior de la mejilla hasta sentir el sabor metálico de su propia sangre. Necesitaba ese dolor pequeño, esa ancla física, para no dejarse arrastrar por lo que su hija estaba diciéndole. Porque era verdad. Todo era verdad. Y lo peor no era que Alba lo supiera. Lo peor era la exactitud con la que lo describía. No como alguien que repite una historia ajena. Como alguien que la ha vivido.
—Porque pensabas que si me sacabas de ahí, podías arreglarlo. Podías hacer que todo volviera a estar bien. Que la promesa seguía intacta.

—Para.
—Pero no volvió a estar bien, ¿verdad?
—Alba, por favor.
La niña se quedó callada. Como si supiera exactamente cuánto podía presionar antes de romper algo. Como si midiera la resistencia de Elena con la misma precisión con la que Elena medía las concentraciones en sus muestras. Dosis exacta. Ni una gota más.
Elena respiró hondo. El aire le supo a polvo y a miedo.
—Tercera regla: no sales de casa sin mí. Por ningún motivo.
—¿Por qué?
—Porque hay gente observándonos. Gente que quiere saber cómo te traje de vuelta. Y si te ven, si confirman que estás viva, harán preguntas que no puedo responder.
Alba asintió despacio. Su expresión se volvió grave, concentrada, y algo en la forma en que procesaba la información —sin sorpresa, sin protesta, evaluando las implicaciones como se evalúan las variables de un problema— le heló la sangre a Elena. Porque esa no era una reacción infantil. Era una reacción estratégica.
—¿Estamos en peligro?
Elena quiso mentir. Quiso decir que no, que todo estaría bien, que mamá se encargaba de todo. Las palabras estaban ahí, formadas, listas para salir, redondas y suaves como las mentiras que les contamos a los niños para que duerman tranquilos.
Pero Alba la miraba con esos ojos que ya conocían demasiado. Mentirle habría sido como mentirse a sí misma. Y Elena había agotado esa reserva hacía días.
—Sí. Estamos en peligro.

Esa tarde, mientras Alba dormía, Elena bajó al laboratorio. La escalera crujió bajo sus pies con su quejido habitual, pero hoy el sonido le pareció distinto. Más hueco. Como si la casa misma estuviera perdiendo densidad, adelgazándose igual que ella.
Se sentó frente al cuaderno. La superficie de la mesa estaba fría bajo sus antebrazos. Tomó el bolígrafo, lo destapó, y durante un momento se quedó mirando la punta, ese milímetro de tinta que

contenía la posibilidad de decir lo indecible.
Escribió.

Se detuvo. Miró lo que acababa de escribir. La letra era firme, clínica, la caligrafía de una científica documentando resultados. Pero la mano que la había trazado temblaba.

Luego añadió una línea más.
Posiblemente identidad.
Se quedó contemplando esas dos palabras como quien

contempla el borde de un precipicio. Dos palabras que pesaban como una sentencia. Que reescribían todo lo que había hecho, todo lo que había sacrificado, y lo convertían en algo que no se atrevía a nombrar.

Si era cierto. Si cada vez que lloraba para estabilizar a Alba le estaba transfiriendo una parte de sí misma… ¿cuánto tiempo pasaría antes de que Alba dejara de ser Alba del todo? ¿Cuántas lágrimas más antes de que su hija se convirtiera en un recipiente vacío lleno de Elena? ¿Y qué quedaría de la propia Elena después de vaciarse?

El móvil vibró sobre la mesa. El sonido contra la madera fue breve, seco, como el chasquido de un hueso al romperse. Un mensaje. Número desconocido.

«23 horas restantes, Dra. San Martín. Cronos espera su respuesta.
— M.H.»
Marcus Hoffman.
Elena miró el mensaje hasta que las letras perdieron su forma, hasta que dejaron de ser palabras y se convirtieron en marcas oscuras sobre una pantalla brillante. Luego lo borró.
Cinco minutos después, llegó otro. Con un adjunto. Una foto. Matías. Saliendo de su casa. La imagen estaba tomada desde el otro lado de la calle, con un ángulo ligeramente elevado, quizá desde la ventanilla de un coche o desde detrás de un seto. Matías aparecía de perfil, con las llaves en la mano, el gesto aún nublado por lo que

había visto dentro. Tres horas antes, según el sello de tiempo.
Y debajo:
«Su exmarido también sabe. Eso complica las cosas. Sugiero que firme antes de que tengamos que incluirlo en la conversación.»
El pánico le trepó por la garganta como una mano helada. Los dedos invisibles se cerraron sobre su tráquea, y durante un instante —un instante que duró demasiado— Elena no pudo respirar. El laboratorio se contrajo a su alrededor, las paredes acercándose, el techo descendiendo, el aire espesándose hasta convertirse en algo que no podía tragar.
Llamó a Matías. Respondió al segundo tono.
—¿Elena?
—Necesito que me escuches con atención.
—¿Qué pasa?
—Si alguien te contacta preguntando por Alba, no respondas. ¿Me oyes? No respondas nada. Ni por teléfono, ni por correo, ni en persona. Nada.
—¿Quién me contactaría?
—No importa quién. Solo prométeme que no dirás nada.
—Elena, me estás asustando.
—Bien. Deberías estar asustado.
Silencio al otro lado. Elena escuchó la respiración de Matías, irregular, contenida, el sonido de alguien que está procesando algo que no quiere procesar. Luego, con voz baja:
—De acuerdo. No diré nada.
—Gracias.
—Pero Elena… esto no puede seguir así. Tarde o temprano, alguien va a descubrirlo.
—Lo sé.
—¿Tienes un plan?
—Estoy trabajando en ello.
—Eso no es un plan.
—Es lo único que tengo.
Colgó. Se quedó sentada en el laboratorio, mirando la pared donde las sombras no se movían. El cuaderno seguía abierto a su lado. Las

dos palabras —posiblemente identidad— la miraban desde la página como un par de ojos que no parpadean.
El móvil vibró de nuevo. Esta vez era una llamada.
Inspector Lira.
Elena vaciló. El nombre parpadeaba en la pantalla con una insistencia mecánica, y ella lo observó durante tres tonos, cuatro, cinco, midiendo las consecuencias de responder contra las consecuencias de no hacerlo. Ambas eran malas. Luego respondió.
—¿Sí?
—Doctora San Martín. Lamento molestarla.
Su voz sonaba distinta esta vez. Menos oficial. Más cautelosa. Como alguien que camina sobre hielo y sabe que el grosor no es uniforme.
—¿Qué necesita?
—Tengo la orden judicial. Puedo registrar su casa mañana a las diez de la mañana.
El estómago se le hundió como una piedra en agua oscura. Lenta, irremediablemente, arrastrando todo lo demás en su caída.
—¿Qué está buscando exactamente?
—Evidencia relacionada con la profanación de tumba. Material biológico no declarado. Cualquier cosa que pueda explicar por qué el ataúd de su hija estaba vacío.
—No va a encontrar nada.
—Entonces no tiene nada de qué preocuparse. —Una pausa. Elena la sintió estirarse, cargarse de intención—. ¿Puedo preguntarle algo, doctora?
—Adelante.
—¿Por qué está tan interesado en este caso? —se adelantó Elena.
Silencio al otro lado. No un silencio vacío. Un silencio lleno de algo que luchaba por salir. Cuando Lira habló, su voz había cambiado. Más baja. Más personal. La voz de alguien que ha dejado la insignia sobre la mesa y habla desde un lugar que no tiene rango ni protocolo.
—Porque he visto muchos casos de profanación. Y ninguno como este.
—¿Qué tiene de diferente?
—Normalmente, cuando profanan una tumba, dejan el cuerpo.

Roban joyas, objetos de valor, prótesis dentales si son de oro. A veces es vandalismo puro, estúpido, adolescentes borrachos con spray y martillos. Pero en este caso, se llevaron solo el cuerpo. Nada más. Como si el cuerpo fuera lo único que importara.
Elena no respondió. No podía. Porque Lira acababa de describir exactamente lo que había hecho, y la precisión de esa descripción le cerraba la garganta como un torniquete.
—Nos vemos mañana, doctora.
Colgó.
Elena se quedó mirando el móvil en su mano. La pantalla se oscureció y le devolvió su propio reflejo: una cara demacrada, ojos hundidos, labios apretados en una línea que ya no sabía cómo curvarse hacia arriba.
Veinticuatro horas. Tenía veinticuatro horas antes de que Lira registrara la casa. Antes de que Cronos cumpliera su amenaza. Antes de que todo lo que había construido se derrumbara como un castillo de arena frente a la marea. Y en algún lugar del piso de arriba, su hija dormía con recuerdos que no le pertenecían, soñando sueños que eran de Elena, respirando con pulmones que no deberían funcionar.
Veinticuatro horas. Y ni un solo plan.

Esa noche, después de acostar a Alba, Elena subió a su dormitorio. La rutina de acostarla había sido extrañamente normal — pijama, dientes, cuento, beso en la frente a través de una barrera invisible que ambas fingieron no notar—, y esa normalidad era lo más perturbador de todo. Como si Alba hubiera decidido concederle unas horas de ficción. Un intermedio entre actos de una obra que ninguna de las dos controlaba.
Se detuvo frente al espejo del baño. La mujer que le devolvió la mirada tenía ojeras profundas, talladas en la piel como surcos en arcilla. La tez traslúcida dejaba ver la red de venas azuladas en las sienes. El cabello opaco, sin brillo, le caía sobre los hombros como algo muerto. Parecía alguien que llevaba semanas sin dormir.
Que era exactamente lo que era.
Se quitó los pendientes. Se lavó la cara con agua fría. Se secó con

una toalla que olía a suavizante y a rutina, y estaba a punto de apagar la luz cuando lo oyó.
Un ruido abajo.
Se quedó inmóvil. La toalla a medio camino del colgador. La mano suspendida en el aire. Otro ruido. Pasos suaves sobre el suelo de madera. No el crujido aleatorio de una casa vieja que se asienta por la noche. Pasos. Con ritmo. Con dirección.
Elena salió del dormitorio. El pasillo estaba oscuro, apenas iluminado por la rendija de luz que se colaba bajo la puerta del baño. Bajó las escaleras despacio, pisando los bordes para evitar crujidos, pegada a la pared, con el corazón latiendo tan fuerte que estaba segura de que podía oírse desde abajo.
—¿Alba?
Silencio.
Llegó al recibidor. Todo estaba oscuro. La única luz era el resplandor verdoso del reloj del microondas en la cocina, que proyectaba una franja pálida sobre el suelo de baldosas.
—¿Alba?
Una voz desde el salón. Tranquila. Sin rastro de sueño. Sin la desorientación de quien se ha despertado en mitad de la noche.
—Estoy aquí.
Elena entró.
Alba estaba de pie frente a la ventana, mirando la calle. La luz de una farola lejana le dibujaba el perfil —la nariz pequeña, la curva de la mejilla, la línea de la mandíbula que empezaba a definirse—, y por un instante, un instante, Elena creyó verse a sí misma de niña, en la misma postura, vigilando la misma oscuridad. Los brazos a los lados del cuerpo. Los pies descalzos separados a la anchura exacta de los hombros. La cabeza ligeramente adelantada, como si quisiera atravesar el cristal con la mirada.
—¿Qué haces despierta?
—No puedo dormir.
—¿Por qué?
—Porque hay alguien afuera.
El corazón de Elena se aceleró. Un golpe seco contra las costillas, luego otro, y otro, como un puño golpeando una puerta desde

dentro.
—¿Dónde?
Alba señaló. Su dedo índice apuntó sin vacilar, sin buscar, como quien señala algo que lleva observando mucho tiempo.
Elena se acercó a la ventana. Cada paso le costó un esfuerzo consciente, como si caminara contra una corriente invisible. Apartó la cortina apenas un centímetro. Lo suficiente.
El Audi negro. Estacionado en el mismo lugar de siempre, bajo la sombra del plátano que crecía entre la acera y la calzada. Luces apagadas. El cristal tintado devolvía el reflejo de la farola como un ojo cerrado. Alguien dentro. No podía ver quién, pero el contorno de una cabeza se recortaba contra el respaldo del asiento del conductor. Inmóvil. Paciente. Vigilante.
—¿Cuánto tiempo lleva ahí?
—No sé. Estaba ahí cuando bajé.
Elena cerró la cortina. El tejido le raspó los nudillos al soltarlo. —Vuelve a la cama.
—Mami, tengo miedo.
La voz de Alba se quebró en la última sílaba, y esa grieta diminuta —ese asomo de la niña real debajo de todo lo demás— fue más dolorosa que cualquier demostración de conocimiento imposible.
—Lo sé, cariño. Yo también.
—¿Qué van a hacernos?
—Nada. No voy a dejar que te pase nada.
Alba la miró. Y en esos ojos demasiado sabios, Elena vio compasión. No lástima. Compasión. La que se siente hacia alguien que miente sabiendo que no engaña a nadie. La compasión de quien conoce el interior de la persona que tiene delante porque ese interior es también el suyo.
—Pero no puedes prometer eso. Porque no tienes control sobre esto. Sobre nada de esto.
—Alba…
—Lo sé porque tú lo sabes. Puedo sentirlo. El miedo. La impotencia. La certeza de que estás perdiendo. Está aquí dentro — se tocó la sien con dos dedos—, mezclado con todo lo demás.
Elena se arrodilló frente a ella. Las rodillas protestaron contra el

suelo de madera, pero apenas lo notó.
—No estoy perdiendo.
—Sí lo estás. Y yo también.
—¿Qué quieres decir?
Alba se tocó la cara con las dos manos. Se palpó las mejillas, la frente, la barbilla. Despacio. Metódicamente. Como si comprobara que seguían ahí. Como si cada mañana tuviera que verificar que el mapa de su rostro no había cambiado durante la noche.
—Cada día que pasa, me siento menos yo. Como si me estuviera disolviendo. Como si hubiera algo dentro de mí que crece y me empuja hacia los bordes. Como si estuviera convirtiéndome en otra persona.
—Eso no va a pasar.
—Ya está pasando.
Las lágrimas brotaron antes de que Elena pudiera impedirlo. Calientes, silenciosas, traicioneras. Emergieron de algún lugar más profundo que los ojos, de algún depósito subterráneo que llevaba días a punto de desbordarse. Rodaron por sus mejillas con la inevitabilidad de la gravedad.
Alba extendió la mano. Tocó las lágrimas en el rostro de su madre. Sus dedos recorrieron la mejilla mojada con una ternura que dolía, con una suavidad que no era curiosidad ni consuelo sino algo más antiguo, algo ritual, como si recoger esas lágrimas fuera un acto que había ejecutado mil veces en una vida que no era la suya.
—No llores, mami.
—No puedo evitarlo.
—Sí puedes. Porque llorar lo empeora. Lo sabes, ¿verdad?
Elena no respondió. Porque sí lo sabía. Cada lágrima era un puente. Cada contacto, una transferencia. Cada momento de debilidad emocional abría una compuerta que no sabía cómo cerrar. Lo sabía con la certeza fría de la científica y con el terror caliente de la madre, y ambos conocimientos coexistían dentro de ella como dos líquidos que no se mezclan.
Y ahora, mientras Alba tocaba su rostro mojado, Elena lo sintió otra vez. Ese flujo. Esa corriente invisible que tiraba de ella hacia su hija. Un recuerdo arrancado de cuajo —el olor de la biblioteca de la

facultad, el tacto de las páginas amarillentas, la primera vez que miró una célula al microscopio y pensó: aquí es donde vive la verdad —. Una emoción que dejaba de ser suya. Una fracción de su identidad cruzando el puente antes de que pudiera cerrar las puertas. Sintió cómo se desprendía, cómo se separaba de ella con la naturalidad obscena de una hoja que cae de un árbol. Sin dolor. Sin resistencia. Solo un vacío donde antes había algo.

Alba retiró la mano.

Y algo en su expresión había cambiado.

Sus ojos. La forma en que miraban a Elena. No era la mirada de una niña observando a su madre. Era la mirada de Elena frente al espejo. Exacta. Reconocible. Aterradora. El mismo ángulo de los párpados, la misma profundidad calculadora, la misma mezcla de agotamiento y determinación. Un rostro de ocho años con ojos de cuarenta y tres.

—Mami —dijo Alba con una voz que ya no sonaba del todo como la suya, que tenía un registro nuevo, una cadencia que Elena conocía porque la oía cada vez que se grababa para una conferencia—. ¿Alguna vez pensaste en dejarlo todo? ¿En huir? ¿En llevarnos lejos donde nadie pudiera encontrarnos?

Elena se quedó paralizada.

Porque sí había pensado en eso. Esta misma noche. Hacía menos de una hora, de pie frente al espejo del baño, con la toalla en la mano, mirando la cara de una extraña. Un pensamiento fugaz, que había cruzado su mente como un animal asustado y que había descartado casi antes de formularlo. Un pensamiento que no había dicho en voz alta. Un pensamiento que solo existía en su cabeza.

Hasta ahora.

—¿Cómo…?

Alba sonrió. Esa sonrisa que ya no era del todo suya. Ni del todo de Elena. Algo intermedio. Algo nuevo. Algo que no tenía nombre porque no existía antes, porque ninguna madre había creado jamás lo que Elena había creado, y por tanto nadie había necesitado nombrar esta cosa que ahora vivía en el espacio entre ambas.

—Porque ahora también es mi pensamiento, mami. —Se giró hacia las escaleras, y sus pies descalzos no hicieron ruido sobre la madera.

Antes de subir, añadió sin volverse, con la voz flotando en la oscuridad del recibidor como humo—: Ahora somos la misma persona.
Elena se quedó arrodillada en el salón, temblando.
La farola de la calle proyectaba líneas de luz a través de la cortina, dibujando un patrón de barrotes sobre el suelo. El reloj del microondas brillaba en la cocina: las 2:47 de la madrugada. Arriba, los pasos de Alba recorrieron el pasillo, entraron en su habitación, y cesaron. El silencio que dejaron atrás era, definitivo, el silencio que queda después de que alguien pronuncia una verdad que no puede retirarse.
Y por primera vez desde que había profanado aquella tumba, Elena se preguntó si lo que había traído de vuelta era realmente su hija. O si era algo más. Algo que llevaba el rostro de Alba pero pensaba con la mente de Elena. Algo que cada día se parecía más a ella y menos a la niña que había perdido. Un espejo que aprendía a reflejar con tanta precisión que pronto ya no habría diferencia entre la imagen y el original.
Y cuando eso ocurriera, cuando Alba terminara de convertirse en Elena, ¿qué quedaría de ninguna de las dos?

CAPÍTULO 11 - LA INFILTRACIÓN

Elena no durmió.

Se quedó sentada en el salón, con las luces apagadas, mirando el Audi negro a través de la rendija de las cortinas.
El auto seguía ahí a las tres de la mañana.
A las cuatro.
A las cinco.
A las seis, cuando el sol empezó a salir, arrancó y se fue.
Pero Elena sabía que volvería.
A las siete de la mañana, bajó al laboratorio y destruyó todo lo que quedaba.
Viales. Muestras. Equipos que pudieran vincularla con la resurrección.
Lo quemó todo en la chimenea del sótano.

Lo vio arder hasta que no quedó nada más que ceniza.
Cuando subió, Alba estaba despierta. Sentada a la mesa de la cocina. Comiendo cereales.
—Buenos días, mami.
—Buenos días, cariño.
Elena se sirvió café. No tenía hambre. Hacía días que no tenía hambre.
—¿Dormiste bien?
—Más o menos.
—¿Más sueños raros?
—Sí.
—¿Quieres hablar de ello?
Alba dejó la cuchara en el tazón.
—Soñé que estabas en un laboratorio. Con un hombre viejo. Y había una niña en una mesa. Y tú le inyectabas algo.
Elena se quedó paralizada con la taza a medio camino de sus labios.
—¿Qué?
—Pero no era yo. Era otro niño. Un niño. Y la mujer que estaba ahí lloraba.
Vera.
El hijo de Vera.
La noche en el Instituto.
—¿Cómo sabes eso?
Alba la miró con esos ojos que ya no eran suyos.
—Porque tú estabas ahí. Y yo estoy dentro de ti. Así que yo también estaba ahí.
El timbre sonó.
Elena casi dejó caer la taza.
—Quédate aquí.
Fue hasta la puerta. Miró por la mirilla.
Inspector Lira.
Con dos agentes uniformados detrás de él.
Elena respiró hondo. Abrió.
—Inspector.
—Doctora San Martín. Tengo la orden de registro.
Le mostró el documento. Elena lo cogió. Lo leyó rápidamente. Todo

legal. Todo en orden.
—¿Puedo pasar?
—¿Tengo opción?
—No realmente.
Elena se hizo a un lado.
Lira entró, seguido de los dos agentes. Uno era un hombre joven de unos treinta años. La otra, una mujer de mediana edad con expresión seria.
—El registro se centrará en el laboratorio privado —dijo Lira—. Pero necesitamos acceso completo a la casa.
—¿Por cuánto tiempo?
—Depende de lo que encontremos.
—No van a encontrar nada.
—Entonces será rápido.
Elena escuchó pasos detrás de ella.
Alba.
—¿Mami, quién es?
Lira se quedó quieto.
Miró a Alba.
Luego a Elena.
Luego otra vez a Alba.
—¿Quién es ella?
Elena sintió que el mundo se detenía.
—Mi sobrina. Está de visita.
—¿Cómo se llama?
—María.
—Hola, María.
Alba sonrió. Esa sonrisa torcida que Elena conocía tan bien. —Hola.
Lira se arrodilló frente a ella.
—¿Cuántos años tienes?
—Ocho.
—¿De dónde vienes?
—De Barcelona.
La mentira salió perfecta. Natural. Como si Alba hubiera sabido exactamente qué decir.
Porque probablemente lo sabía.

Porque estaba dentro de la cabeza de Elena.
Lira la estudió durante un largo momento.
—Te pareces mucho a tu tía.
—Eso dicen.
—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?
—No lo sé. ¿Cuánto tiempo, tía Elena?
Elena forzó una sonrisa.
—Aún no lo hemos decidido.
Lira se levantó. Miró a Elena con esa expresión que decía: sé que estás mintiendo pero no puedo probarlo todavía.
—¿Dónde está el laboratorio?
—Abajo.
—Muéstremelo.
Elena los llevó al sótano.
Abrió la puerta del laboratorio.
Los agentes entraron primero. Encendieron las luces. Empezaron a revisar.
Lira se quedó en el umbral con Elena.
—¿Trabaja desde casa frecuentemente?
—Sí.
—¿Qué tipo de investigación?
—Oftalmología. Regeneración celular.
—¿Con material humano?
—A veces. Con permisos apropiados.
—¿Tiene esos permisos?
—Puedo mostrárselos.
—Por favor.
Elena fue al archivador. Sacó la carpeta con documentación. Se la pasó a Lira.
Él la revisó en silencio.
—Estos permisos son de hace dos años.
—Sigo usándolos.
—Necesita renovarlos cada seis meses.
—Lo sé. Está en proceso.
—¿Desde cuándo?
—Desde hace tres meses.

Lira cerró la carpeta.
—Voy a necesitar que venga a la comisaría para hablar de eso.
—¿Cuándo?
—Hoy. Esta tarde.
—Tengo responsabilidades. Mi sobrina.
—Traiga a alguien para cuidarla. Esto no es negociable. Elena asintió.
Los agentes estaban revisando cada cajón. Cada armario. Cada superficie.
No iban a encontrar nada.
Elena había destruido todo.
Pero entonces la agente femenina se detuvo.
Estaba junto a la chimenea del sótano.
Se arrodilló. Cogió algo de las cenizas.
Un fragmento de vidrio.
Parcialmente quemado.
Con una etiqueta todavía visible.
La agente se lo mostró a Lira.
Él lo estudió. Luego miró a Elena.
—¿Qué es esto?
—Basura.
—Basura médica.
—Viales viejos. Material descartado.
—¿Por qué quemarlos?
—Protocolo de bioseguridad. Material biológico debe ser incinerado.
—¿En su chimenea casera?
—Es más eficiente que esperar la recogida.
Lira guardó el fragmento en una bolsa de evidencia.
—Voy a necesitar analizar esto.
—Adelante.
—¿Tiene algún problema con eso?
—Ninguno.
Porque Elena sabía que no iba a mostrar nada. Solo vidrio y residuos químicos estándar.
Había sido cuidadosa.
Muy cuidadosa.

Lira la miró durante un largo momento.
—Doctora San Martín, si hay algo que quiera decirme, este es el momento.
—No hay nada que decir.
—¿Segura?
—.
—Porque si descubro que me está ocultando algo relevante a esta investigación, las consecuencias serán serias.
—No estoy ocultando nada.
Lira asintió.
—Nos vemos esta tarde. Cuatro en punto. Comisaría central.
Salió del laboratorio. Los agentes lo siguieron.
Elena los escoltó hasta la puerta.
Cuando se fueron, se quedó de pie en el recibidor, temblando.
Alba bajó las escaleras.
—¿Se fueron?
—Sí.
—Mentí bien, ¿verdad?
—Muy bien.
—Es fácil cuando sabes exactamente qué quieren escuchar.
Elena la miró.
—¿Cómo lo sabías?
—Porque tú lo sabías. Y yo sé todo lo que tú sabes.
Se acercó a Elena. Le tomó la mano.
—No tengas miedo, mami. Soy buena mintiendo. Como tú.

A las diez de la mañana, el móvil de Elena sonó.
Número desconocido.
Respondió.
—¿Sí?
—Doctora San Martín. Marcus Hoffman.
Elena cerró los ojos.
—¿Qué quiere?
—Informarle que su tiempo se agotó. Son las diez. Usted tenía

hasta las ocho para responder.
—He estado ocupada.
—Lo sé. La policía estuvo en su casa esta mañana.
—¿Me está vigilando?
—Estamos protegiéndola.
—No pedí protección.
—Pero la necesita. El inspector Lira es persistente. Y tiene

preguntas que usted no puede responder. A menos, por supuesto, que tenga el respaldo legal de Cronos.
—No voy a firmar su contrato.
—Entonces necesito informarle de las siguientes consecuencias.
Elena escuchó el sonido de papeles moviéndose.
—Primera consecuencia: a las doce del mediodía, nuestro equipo legal presentará una denuncia formal al Comité de Bioética Europeo. Irregularidades en investigación, uso no autorizado de material humano, violación de protocolos.
—No tienen pruebas.
—Tenemos fotografías. Testimonios. Suficiente para iniciar una investigación que durará meses. Durante los cuales su licencia médica quedará suspendida.
—Háganlo.
—Segunda consecuencia: a las dos de la tarde, contactaremos a tres medios de comunicación principales. Les daremos la historia completa. "Científica Nobel acusada de profanación de tumba. Posible resurrección experimental." Con fotografías de su hija viva.
Elena sintió que el pánico empezaba a trepar por su garganta.
—No se atreverían.
—Oh, nos atreveremos. Y para las seis de la tarde, su casa estará rodeada de periodistas. Cámaras. Micrófonos. Preguntas que no puede responder.
—Están amenazándome.
—Estamos mostrándole las consecuencias de no cooperar.
—¿Y si firmo?
—Entonces todo esto desaparece. Las denuncias se retiran. Los medios reciben otra historia. El inspector Lira pierde acceso a

información clave. Y usted puede continuar su vida en paz.
—¿A cambio de qué?
—Acceso completo a su investigación. Colaboración con nuestros científicos. Y muestra de tejido de su hija para análisis.
—No.
—¿No?
—No voy a dejar que toquen a Alba.
—Entonces no tenemos trato.
—Entonces no hay trato.
—Está cometiendo un error.
—Es mi error para cometer.
Silencio al otro lado.
Luego:
—Muy bien. Que tenga un buen día, doctora San Martín. Disfrute de sus últimas horas de privacidad.
Colgó.
Elena se quedó mirando el móvil.
Dos horas.
Tenía dos horas antes de que Cronos moviera sus piezas.
Dos horas antes de que todo se hiciera público.
Dos horas para decidir qué hacer.

A las once y media, Elena recibió un mensaje.
De Vera.
"Por favor, llámame. Es urgente."
Elena la llamó.
Vera respondió inmediatamente.
—Elena, gracias por llamar.
—¿Qué quieres?
—Detenelos.
—¿Qué?
—Cronos. Va a hacer público todo. A las dos. Ya prepararon el

comunicado de prensa.
—Lo sé.
—Puedo detenerlos. Pero necesito que firmes.

—Ya tuve esta conversación con Hoffman.
—Hoffman no entiende. Esto no es sobre dinero o

investigación. Es sobre Lucas.
Su voz se quebró.
—Murió anoche. A las tres de la madrugada.
Elena sintió algo parecido a dolor.
—Vera, lo siento.
—No quiero tu lástima. Quiero que firmes el maldito contrato y

me des acceso a lo que usaste para salvar a Alba.
—No puedo.
—¿Por qué?
—Porque no lo salvará. Solo retrasará lo inevitable. Y lo hará

peor.
—No me importa.
—Debería.
—¡Era mi hijo!
—Y Alba es mi hija. Y la estoy perdiendo de todas formas.

Cada día es un poco menos ella y un poco más. otra cosa. Silencio al otro lado.
—¿Qué quieres decir?
—Que lo que hice no es una cura. Es una maldición. —Aún así vale la pena.
—No. No vale la pena.
—Deja que yo decida eso.
—Ya decidí por ti. La respuesta es no.
—Entonces no puedo ayudarte. Hoffman hará lo que dijo. Y

para esta noche, tu cara estará en todas las noticias.
—Que así sea.
—Elena.
—Adiós, Vera.
Colgó.

Se quedó sentada en el salón, mirando el reloj.
11:47.
Trece minutos para el mediodía.
Trece minutos antes de que Cronos presentara la denuncia

formal.

Dos horas y trece minutos antes de que los medios recibieran la historia.
¿Qué podía hacer en dos horas?
¿Huir?
¿Esconderse?
¿Luchar?
Alba entró al salón.
—Mami, ¿qué vamos a hacer?
—No lo sé.
—Yo sí.
Elena la miró.
—¿Qué?
—Vamos a huir.
—No podemos huir.
—¿Por qué no?
—Porque nos encontrarán.
—No si somos cuidadosas.
—Alba.
—Tenemos dinero. Tenemos tiempo. Podemos ir a otro país. Cambiar de nombres. Empezar de nuevo.
Elena se quedó mirándola.
Porque esa era exactamente la idea que había tenido ella. Anoche.
Un pensamiento privado.
Que nunca dijo en voz alta.
—¿Cómo sabes eso?
Alba sonrió.
—Porque es lo que yo haría. Si fuera tú.
Se acercó. Se sentó junto a Elena en el sofá.
—Y ahora soy tú. En parte. Así que sé exactamente qué estás

pensando.
—Eso no es normal.
—Lo sé. Pero es útil.
—Alba, esto tiene que parar.
—No puede parar. Ya pasó el punto de no retorno.
—¿Qué punto?
—El punto donde yo termino y tú empiezas. Ya no hay línea. Solo hay nosotras.
El timbre sonó.
Elena se levantó.
Alba la agarró del brazo.
—No abras.
—Tengo que hacerlo.
—No. Sé quién es.
—¿Quién?
—Matías. Y no viene solo.
Elena fue a la puerta. Miró por la mirilla.
Matías.
Con una mujer que Elena no reconocía.
Traje formal. Maletín. Expresión seria.
Abrió.
—¿Matías?
—Elena, lo siento. No tuve opción.
La mujer dio un paso adelante.
—Doctora San Martín. Soy Anya Frost. Bioética de la OMS. Necesito hablar con usted sobre su hija.
Elena sintió que el suelo se abría bajo sus pies.
—¿Qué?
—Recibimos información de que Alba San Martín, declarada legalmente muerta hace dos semanas, está viva y residiendo en esta casa. ¿Es eso correcto?
—No sé quién le dijo eso, pero.
—¿Es correcto?
Elena miró a Matías.
—¿Qué hiciste?
—Me contactaron esta mañana. Dijeron que si no cooperaba, te

acusarían de secuestro. De manipulación. Dijeron que te quitarían a Alba de todas formas.
—¿Quién te contactó?
—Un abogado. De Cronos.
Elena cerró los ojos.
Cronos había jugado su carta final.
No esperaron hasta las dos.
Fueron directamente a la fuente.
A Matías.
Y lo usaron.
Anya Frost sacó un documento de su maletín.
—Tengo autorización del Ministerio de Salud para realizar una evaluación médica inmediata de cualquier menor en esta residencia. Si se niega a cooperar, tendrá que venir conmigo de todas formas. La diferencia es si lo hacemos aquí o en la comisaría.
—Esto es ilegal.
—Esto es protocolo de emergencia. Activado cuando hay sospecha de experimentación no autorizada con menores.
—Ella no es un experimento.
—Entonces no tendrá problema en demostrarlo.
Frost entró sin esperar invitación.
Vio a Alba en el salón.
Se acercó a ella.
—Hola. Soy la doctora Frost.
Alba la miró con esos ojos demasiado viejos.
—Hola.
—¿Cómo te llamas?
—Alba.
—¿Alba San Martín?
—Sí.
—¿Sabes que hay un certificado de defunción con tu nombre?
—Sí.
—¿Sabes por qué?
Alba miró a Elena.
Luego a Frost.
—Porque morí. Y mi mamá me trajo de vuelta.

El silencio que siguió fue.
Frost sacó una grabadora del bolsillo.
—¿Puedes repetir eso?
Y Alba, con una sonrisa que era mitad niña, mitad Elena, dijo: —Mi mamá me resucitó. Con ciencia. Y ahora soy inmortal.

CAPÍTULO 12 - EL TRATO OSCURO

Elena se movió antes de pensarlo.
No hubo deliberación. No hubo cálculo. Solo el impulso ciego de una madre que ve la trampa cerrarse sobre lo único que le importa.
Cruzó el salón en tres zancadas —las mismas tres zancadas que había recorrido mil veces para ir de la cocina al sofá, para recoger juguetes, para llevar mantas cuando Alba se dormía viendo películas —, alcanzó a Frost y le arrancó la grabadora de las manos con un movimiento que le nació de las entrañas.
—Ella es una niña. No sabe lo que dice.
El plástico gris del aparato estaba tibio. Tibio del calor de la mano de Frost. Tibio del tiempo que llevaba encendido, absorbiendo cada palabra que Alba había pronunciado en los últimos minutos.
Frost la miró. No retrocedió. No alzó la voz. No hizo ningún gesto brusco. Se limitó a observar a Elena con una calma tan controlada, tan ensayada, que resultaba infinitamente más amenazante que cualquier grito. Era la calma de alguien que ha previsto exactamente este momento. Que lo ha incorporado a su plan como una variable esperada.
—Devuélvame eso, por favor.
—No.
—Doctora San Martín, está obstruyendo una investigación oficial.
El corazón de Elena latía en un lugar equivocado. Lo sentía en la garganta, como un puño que empujaba desde dentro, dificultándole el habla. Pero su voz salió firme. Entrenada por años de quirófanos, de emergencias, de decisiones que no admitían temblores.
—Mi hija tiene ocho años. Está confundida. Traumatizada. Repite cosas que ha escuchado sin entenderlas. Fragmentos de conversaciones de adultos. Palabras que suenan dramáticas porque

ella no comprende su significado.
—A mí me pareció que entendía perfectamente.
—Fantasías. No son reales.
Frost extendió la mano. Abierta. Con los dedos ligeramente separados. Paciente. Inmóvil. Como quien espera que un animal acorralado entregue lo que tiene en la boca, sabiendo que tarde o temprano lo hará, porque no tiene otra opción.
—La grabadora. Ahora.
Elena apretó el dispositivo en el puño. El plástico crujió bajo la presión de sus dedos. Un sonido pequeño, ridículo, que en el silencio del salón pareció amplificarse hasta llenar cada rincón.
Matías dio un paso adelante. Un paso torpe, indeciso, como alguien que camina sobre hielo y no sabe si el siguiente movimiento lo hundirá.
—Elena, no empeores las cosas.
—¿Empeorar? —Se giró hacia él con una risa seca que no tenía nada de risa. Era un sonido roto, una exhalación con dientes—. ¿Cómo podría empeorarlas más de lo que ya las empeoraste tú?
Matías tragó saliva. Elena vio el movimiento de su nuez. Lo vio como se ven los detalles insignificantes cuando todo lo demás se desmorona: con una claridad dolorosa e inútil.
—Intenté protegerte.
—¿Trayendo a la OMS a mi casa?
—¡No tuve opción!
—Siempre hay opción.
La voz de Matías se quebró en los bordes, como papel mojado que alguien intenta estirar.
—No la había, Elena. Me llamaron. Me preguntaron cosas que no supe contestar. Cosas que no debería haber tenido que contestar. Y me dijeron muy claramente lo que pasaría si no cooperaba. Me dijeron que vendrían de todos modos. Con o sin mí. Al menos así… al menos así puedo estar aquí. Contigo.
Elena quiso responder algo cruel. Algo que lo cortara por la mitad. Pero vio su cara —la culpa excavada en las líneas de su frente, el miedo real y desnudo en sus ojos— y las palabras se le secaron en la lengua. Porque Matías no era el enemigo. Matías era otro peón en

un tablero que ninguno de los dos controlaba.
Frost habló sin alzar la voz. No le hacía falta. Su voz tenía la cualidad de un bisturí: no necesitaba fuerza, solo filo.
—Si no me devuelve la grabadora voluntariamente, tendré que llamar a la policía. Y entonces esto dejará de ser una evaluación médica para convertirse en una investigación criminal. Puedo hacer esa llamada ahora mismo, doctora. Tengo el número en marcación rápida. ¿Es eso lo que quiere?
Elena miró a Alba.
La niña estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en las rodillas, observándolo todo con una expresión que no pertenecía a su edad. No estaba asustada. No estaba confundida. Ni siquiera parecía nerviosa. Su rostro tenía la quietud concentrada de alguien que analiza una situación desde fuera. Como si estuviera trazando un mapa invisible de cada persona en la habitación, calculando movimientos, anticipando consecuencias, midiendo fuerzas.
Exactamente como Elena hacía cuando se encontraba sin salida.
La coincidencia —si es que era una coincidencia— le provocó un escalofrío que le recorrió la columna como agua helada.
—Mami, devuélvesela.
—Alba…
—Confía en mí.
Dos palabras. Tres sílabas. Dichas con la sencillez de quien pide que le pasen la sal. Pero debajo de esas palabras había algo más, un peso que no debería existir en la voz de una niña de ocho años. Una certeza. Una autoridad tranquila que Elena reconoció porque era suya. Porque así hablaba ella cuando sabía exactamente lo que estaba haciendo.
Elena vaciló. Los dedos apretados alrededor de la grabadora, el plástico clavándosele en la palma. Luego, lentamente, como quien suelta un ancla sabiendo que la corriente se la llevará, depositó el dispositivo en la mano extendida de Frost.
La mujer lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta con un movimiento fluido, sin apartar los ojos de Elena. Ni un segundo. Ni una fracción de segundo.

—Gracias. Ahora, ¿podemos hablar como adultas? —¿Qué quiere?
—Respuestas. Empezando por esta: ¿Alba San Martín estuvo clínicamente muerta?
La pregunta cayó en el centro de la habitación como una piedra en un lago quieto. Elena sintió las ondas expandirse, golpear las paredes, volver hacia ella.
—Hubo un error médico.
—¿Qué tipo de error?
—La declararon muerta prematuramente. Estaba en coma profundo. Un estado que puede confundirse con la muerte si no se aplican los protocolos correctos. Parecía muerta, pero no lo estaba.
—¿Y el funeral?
—Entré en pánico. No quería aceptarlo. Detuve el entierro antes de que fuera demasiado tarde.
Frost inclinó la cabeza levemente. Un gesto mínimo, casi imperceptible, pero cargado de significado. El gesto de alguien que escucha una historia y decide, conscientemente, no creerla.
—«Detuvo un entierro» es una forma interesante de decir que profanó una tumba.
—Salvé a mi hija.
—O cometió un crimen.
Elena respiró hondo. El aire le supo a metal. A sangre vieja. A ese sabor que aparece cuando aprietas los dientes con demasiada fuerza durante demasiado tiempo.
—Doctora Frost, entiendo que esto parece extraño. Entiendo que desde fuera la situación tiene un aspecto que no puedo controlar. Pero Alba está viva. Está sana. Está conmigo. Eso es lo único que importa.
—Lo que importa —corrigió Frost, y cada palabra cayó como una ficha de dominó empujando a la siguiente— es si se realizó experimentación ilegal en una menor. Y si esa experimentación constituye un peligro para ella o para otros.
La palabra «experimentación» quedó flotando en el aire como humo. Elena la sintió adherirse a su piel, a su ropa, a las paredes de la habitación. Una palabra que lo manchaba todo.
Frost se acercó a Alba. Pasos medidos. Profesionales. La distancia

exacta que recomiendan los manuales para acercarse a un menor sin intimidarlo. Elena lo supo porque ella había leído esos mismos manuales. Los había aplicado. Y ahora los veía usados contra su propia hija.

—¿Puedo examinarte?

Alba miró a Elena. Una pregunta silenciosa en sus ojos. Elena asintió, aunque cada fibra de su cuerpo, cada célula, cada terminación nerviosa le suplicaba que dijera que no, que se interpusiera, que agarrara a Alba y corriera hacia la puerta y no parara hasta que el mundo entero quedara atrás.

Pero no lo hizo. Porque sabía —con esa inteligencia fría que la había convertido en una científica brillante y ahora la convertía en una madre aterrorizada— que correr solo confirmaría lo que Frost sospechaba.

Frost sacó una linterna pequeña del maletín. Un modelo clínico. Compacto. El tipo de linterna que Elena había usado cientos de veces.

—Mírame, por favor.

Alba obedeció. Los ojos quietos, fijos en la luz, las pupilas contrayéndose con precisión milimétrica.

—Pupilas reactivas. Simétricas. Color de piel saludable. Sin palidez periférica.

Le tomó el pulso. Dos dedos sobre la muñeca de Alba, la otra mano consultando el reloj. Elena contó los segundos en su cabeza. Catorce segundos exactos. Frost multiplicó por cuatro mentalmente. Elena lo supo porque ella hacía exactamente lo mismo.

Frost sacó un termómetro digital. De los buenos. De los que usan en hospitales, no en farmacias.

—Abre la boca.

El pitido llegó seis segundos después.

—36.8. Normal.

Guardó los instrumentos en el maletín con movimientos precisos, mecánicos, cada cosa en su compartimento correspondiente. Elena notó que el maletín tenía más compartimentos de los que un examen básico requería. Tubos de ensayo vacíos. Etiquetas preimpresas. Bolsas de plástico para

muestras. Todo preparado. Todo listo. Como si Frost no hubiera venido a evaluar si necesitaba pruebas, sino a recogerlas.
—¿Cómo te sientes, Alba?
—Bien.
—¿Algún dolor? ¿Mareos? ¿Náuseas?
—No.
—¿Dificultad para dormir? ¿Pesadillas?
—No.
—¿Recuerdas el accidente?
Alba vaciló. Un parpadeo de más. Solo uno. Pero Frost lo vio. Y Elena vio que Frost lo veía.
—Algunos pedazos.
—¿Cuáles?
—El coche. El cristal rompiéndose. El sonido. Después… oscuridad.
—¿Y luego?
—Despertar. Con mi mamá.
—¿En el hospital?
—En casa.
Frost se giró hacia Elena. Lentamente. Con la rotación controlada de un faro que encuentra un barco a la deriva en mitad de la noche.
—¿No la llevó al hospital después de que «despertara»?
Elena notó las comillas alrededor de la palabra. Audibles. Deliberadas.
—No era necesario. Soy médica. Pude evaluarla yo misma. Signos vitales, reflejos, estado neurológico básico. Todo estaba dentro de parámetros normales.
—Pero no reportó el error. No contactó a las autoridades. No corrigió el certificado de defunción que, oficialmente, sigue activo.
—Estaba en shock.
—¿Durante dos semanas?
—Sí.
—Dos semanas de shock durante las cuales no contactó a ningún colega, no consultó a ningún especialista, no llevó a su hija —supuestamente declarada muerta por error— a ningún centro médico para verificar que efectivamente estuviera viva y sana.
—Sí.

—¿Es consciente de lo improbable que suena eso, doctora? —Lo improbable no es lo mismo que lo imposible.
Frost dejó que el silencio trabajara por ella. Lo desplegó como una red. Largo. Amplio. Deliberado. El tipo de silencio que presiona desde todos los ángulos, que aprieta el pecho, que obliga a la gente a llenar el vacío con lo primero que les sube a la garganta. Y lo primero que sube a la garganta, casi siempre, es la verdad.
Elena no habló. Apretó los labios hasta que le dolieron. Se tragó cada palabra que pugnaba por salir.
Luego Frost volvió a mirar a Alba. Con suavidad. Con interés clínico. Con algo que podría haber pasado por ternura si no fuera tan calculado.
—Alba, ¿sabes qué es la muerte?
—Sí.
—¿Qué es?
—Cuando tu corazón deja de latir. Cuando tu cerebro se apaga. Cuando dejas de ser.
Las palabras salieron limpias. Sin titubeo. Sin el tono recitado de un niño que repite algo aprendido. Con la naturalidad de quien describe algo que conoce de primera mano.
—¿Y crees que eso te pasó a ti?
Alba miró a Elena. Luego a Frost. Como si midiera la distancia entre dos abismos y decidiera sobre cuál de ellos asomarse.
—Mi mamá dice que no.
—Pero tú dijiste que moriste.
—Dije lo que sentía que era verdad.
—¿Y qué es verdad?
Alba se quedó callada un momento. Un momento que se estiró como chicle. Que llenó la habitación de algo denso e irrespirable. Cuando habló, su voz tenía una quietud que no correspondía a una niña de ocho años. Ni a una de dieciocho. Ni, tal vez, a nadie que Elena hubiera conocido.
—No lo sé. A veces me siento como si hubiera muerto. Como si la niña que era antes ya no existiera. Como si alguien hubiera apagado una luz y encendido otra diferente. Y lo que queda es… algo diferente.

Algo frío atravesó el pecho de Elena. No un escalofrío. Algo más profundo. Más permanente. Como una grieta que se abre en un muro y no puede cerrarse. Porque eso no era algo que Alba pudiera haber inventado. No era algo que hubiera leído en un libro, ni escuchado en una conversación, ni absorbido de una pantalla. Era demasiado preciso. Demasiado desnudo. Demasiado verdadero.
Y Frost lo sabía. Elena vio que lo sabía. Lo vio en la forma en que la mujer inclinó la cabeza, en la forma en que sus dedos se cerraron ligeramente alrededor del bolígrafo que sostenía, en la forma en que sus pupilas se dilataron una fracción de milímetro. Interés. Confirmación. La pieza que faltaba cayendo en su lugar.
Frost sacó el móvil. Un movimiento rápido, practicado. Tomó una foto de Alba. El clic del obturador sonó obsceno en el silencio de la habitación.
—¿Qué está haciendo? —dijo Elena.
—Documentación.
—No tiene permiso para fotografiarla.
—Tengo permiso del Ministerio de Salud. —Frost abrió el maletín, sacó una carpeta que estaba exactamente donde debía estar, como si supiera que llegaría este momento, y extrajo un documento de tres páginas grapadas—. Lea la orden.
Elena la tomó. Le temblaban las manos. Intentó que no se notara, pero se notaba. Cada línea que leía era un clavo más en un ataúd que se cerraba a su alrededor. El documento llevaba tres firmas, dos sellos y un número de registro que empezaba con las siglas del Ministerio. Autorización completa para examinar, documentar y, si era necesario, remover a la menor del hogar ante riesgo inmediato. No era un borrador. No era una amenaza genérica. Era un documento finalizado, fechado dos días antes, lo que significaba que Frost no había venido a evaluar si había un problema. Había venido sabiendo que lo había.
—Esto no puede ser legal.
—Es legal cuando hay sospecha fundada de abuso o experimentación en menores. Es el mismo protocolo que se aplica en todo el continente. No es extraordinario, doctora. Es rutinario.
—No hay experimentación.

—Entonces no tendrá problema en explicarme cómo una niña declarada muerta hace dos semanas está sentada aquí, viva, sin ninguna intervención médica documentada. Sin ingreso hospitalario. Sin seguimiento. Sin una sola llamada al servicio de emergencias.
—Ya se lo expliqué.
—No. Me dio una historia. No una explicación. Y hay una diferencia considerable entre ambas cosas.
El móvil de Elena vibró en el bolsillo de sus pantalones. Lo sacó por reflejo. Mensaje. Número desconocido. Letras blancas sobre fondo negro, nítidas como un aviso grabado en piedra.
«Dra. Frost trabaja para nosotros. Si quiere que esto termine bien, firme el contrato. Tenemos un mensajero esperando afuera. — M.H.»
Elena sintió que algo se cerraba dentro de su pecho. Un mecanismo. Una puerta. El clic seco de una realidad que encajaba con otra realidad y formaba una imagen que siempre estuvo ahí, solo que ella no quiso verla.
Miró por la ventana. Apartó la cortina con dos dedos, despacio, como quien abre un sobre que sabe que contiene malas noticias. Una furgoneta negra estacionada en la calle. A treinta metros de la puerta. El logo de Cronos Biotech en el lateral, blanco sobre negro, limpio como una sentencia. El motor apagado, pero las luces del habitáculo encendidas. Alguien dentro. Esperando. Llevaba ahí quién sabía cuánto tiempo. Tal vez desde antes de que Frost llamara al timbre. Tal vez desde antes de que Matías abriera la puerta.
Todo estaba sincronizado. Todo encajaba. La visita de Frost, la orden del Ministerio firmada dos días antes, la furgoneta de Cronos lista afuera, el mensaje en el momento exacto. No era una coincidencia. Era una operación. Planificada. Coordinada. Con tiempos medidos al minuto.
Se giró hacia Frost.
—¿Trabaja para Cronos?
Frost no pareció sorprendida. Ni ofendida. Ni incómoda. Ni nada. Su rostro permaneció exactamente igual, como una superficie de agua que ninguna piedra puede alterar.
—Soy consultora independiente. Cronos es uno de varios clientes.

—¿Le pagaron para venir aquí?
—Me contrataron para realizar una evaluación objetiva. Que es exactamente lo que estoy haciendo.
—Objetiva.
—¿Y casualmente su evaluación objetiva incluye presionarme para que entregue mi investigación a una empresa farmacéutica?
—Mi evaluación incluye determinar si Alba está en peligro. Si lo está, será removida de su custodia y puesta bajo protección del estado. Si no lo está, se queda. Así de simple.
—Nada de esto es simple.
—Tiene razón. Especialmente cuando la madre en cuestión es una científica con acceso a tecnología de vanguardia y un historial de investigación que ahora resulta extraordinariamente relevante.
Frost cerró el maletín. Los dos cierres metálicos sonaron uno tras otro, como pasos que se acercan en un pasillo oscuro. Clic. Clic.
—Voy a ser clara, doctora. Voy a ser lo más clara que puedo ser, porque creo que se lo debo. Hay dos caminos. Solo dos. Y los dos empiezan aquí, en este salón, ahora mismo.
Se puso de pie. Alisó la tela de su chaqueta. Habló con la misma cadencia neutral con la que probablemente pedía el café por las mañanas.
—Camino uno: coopera. Me da acceso a sus notas de investigación. Explica, con detalle, qué procedimientos realizó exactamente con Alba. Y permite que un equipo médico independiente le haga un examen completo en un hospital certificado. Si todo está en orden —si no hay irregularidades, si Alba está sana, si no hay indicios de experimentación— se cierra el caso. Alba se queda con usted. Usted conserva su licencia. Y todos seguimos con nuestras vidas.
—¿Y el camino dos?
—Se niega. Se resiste. Sigue contándome historias en lugar de explicaciones. Y yo, que no quiero hacerlo pero lo haré porque es mi trabajo, activo la autorización que tengo para remover a Alba de esta casa inmediatamente. Custodia temporal del estado mientras se completa la investigación. Que puede durar semanas. Meses. Quizá más.
—No puede hacer eso.

—Puedo. El documento que acaba de leer dice exactamente eso. Y lo haré si me obliga. No porque quiera, doctora. Porque es el procedimiento.
Matías intervino. Su voz sonaba rota en los bordes, como algo que se ha doblado demasiadas veces y ya no vuelve a su forma original.
—Elena, por favor. Solo muéstrales lo que quieren ver. Haz las pruebas. Demuestra que Alba está bien. Que es una niña normal. Que todo esto es un malentendido.
Elena lo miró. Vio el miedo genuino en sus ojos. La confusión genuina. El deseo genuino de que todo se arreglara, de que hubiera una salida limpia, una explicación razonable, un final en el que todos volvían a casa y la vida seguía. Matías no era estúpido. Pero era un hombre bueno atrapado en una situación que superaba todo lo que un hombre bueno puede comprender.
—Matías, no entiendes…
—Entonces hazme entender. Por favor. Porque llevo dos semanas sin entender nada y estoy perdiendo la cabeza.
Elena abrió la boca. La cerró. Tragó algo que sabía a ceniza y a sal.
—No puedo. Porque si les muestro lo que hice, si les dejo ver lo que realmente pasó, todo terminará. Para mí. Para Alba. Para todos.
El silencio que siguió fue espeso. Tangible. Como niebla dentro de una habitación cerrada.
Alba se levantó del sofá.
El movimiento fue fluido, natural, sin la torpeza habitual de una niña de ocho años que se incorpora de un asiento blando. Se puso de pie como se pone de pie un adulto: con propósito. Con decisión.
—Mami, está bien.
—Alba, quédate callada.
—No. Necesito decir esto.
Se acercó a Frost con pasos pequeños y firmes. Descalza sobre el parqué. Sin prisa. Sin vacilación. Con la serenidad imposible de alguien que ya sabe cómo termina la conversación.
—Quiere saber qué me pasó. Puedo decírselo.
—Alba, no…
Pero Alba ya estaba hablando, y su voz tenía la claridad de alguien que ha tomado una decisión mucho antes de que los demás

supieran que había una decisión que tomar.
—Morí. En el accidente. Mi corazón dejó de latir. Mi cerebro dejó de funcionar. Estuve muerta durante seis días.
Frost la miraba sin parpadear. Sin escribir. Sin grabar. Solo escuchando. Con toda su atención concentrada en esa niña descalza que le hablaba de su propia muerte como quien describe el color del cielo.
—¿Y luego?
—Mi mamá me trajo de vuelta. No sé exactamente cómo. No conozco todos los detalles. Algo con lágrimas. Con química. Con cosas que no entiendo del todo. Pero funcionó.
—¿Lágrimas?
—Ella lloraba. Sobre mí. Y de alguna forma, eso me mantuvo aquí. O me devolvió. No estoy segura de cuál de las dos.
Elena sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor. No con estruendo. Sin drama. Pieza a pieza. Ladrillo a ladrillo. Silenciosamente. Como una casa que se derrumba hacia adentro, que colapsa sobre sus propios cimientos mientras la fachada sigue en pie un instante más, fingiendo que todo está bien.
—Alba, para. No sabes lo que estás diciendo.
Alba la miró. Y en esos ojos —esos ojos que Elena conocía mejor que los suyos propios, que había visto abrirse por primera vez en una sala de partos, que había vigilado durante noches de fiebre, que había besado cada mañana durante ocho años— había una certeza que dolía más que cualquier acusación. Más que cualquier orden judicial. Más que cualquier amenaza.
—Sí lo sé. Sé exactamente lo que estoy diciendo. Porque lo saqué de tu cabeza.
La frase quedó suspendida en el aire. Elena oyó cómo Matías contenía la respiración a su espalda. Oyó el tic-tac del reloj de la cocina, que nunca antes había oído desde el salón. Oyó su propio pulso retumbando en los oídos como un tambor lejano.
Alba se giró de nuevo hacia Frost.
—Ella no quiere decírselo porque tiene miedo. Miedo de que le quiten la licencia. De que me quiten a mí. De que la metan en la cárcel. Y tiene razón en tener miedo, porque eso es exactamente lo

que va a pasar si no se lo cuenta ella primero.
—¿Y tú no tienes miedo? —preguntó Frost. Y por primera vez, había algo en su voz que no era protocolo. Algo que podría haber sido curiosidad genuina.
—No. Porque sé algo que ella no sabe.
—¿Qué?
Alba sonrió. Esa sonrisa que ya no era del todo suya. Ni del todo de nadie. Una sonrisa que pertenecía a un espacio intermedio, a un territorio sin nombre entre lo que Alba fue y lo que se estaba convirtiendo.
—Que esto solo puede terminar de una manera. Y mentir no va a cambiar eso.
Frost la observó un momento más. Luego sacó el móvil. Desbloqueó la pantalla. Buscó un número que ya estaba en sus recientes —Elena alcanzó a verlo, la llamada ya figuraba en el historial, como si hubiera sido probada antes, como si hubiera un acuerdo previo, un horario, una señal— y marcó.
—Necesito un equipo médico en la dirección que le envié esta mañana. Inmediatamente.
Esta mañana. Elena registró las palabras como una bofetada. Esta mañana. Antes de llegar. Antes de ver a Alba. Antes de la evaluación. Frost ya había enviado la dirección. Ya había preparado la llamada. El equipo médico no era una consecuencia de lo que estaba pasando. Era parte del plan original.
Frost colgó. Miró a Elena.
—Alba será trasladada al Hospital General de Viena para una evaluación completa. Análisis de sangre, resonancia, valoración neurológica, todo lo estándar. Puede acompañarla, pero no interferir en ningún procedimiento. ¿Entendido?
—No voy a dejar que se la lleven.
—No es una petición, doctora. Es una notificación.
El timbre sonó.
Frost abrió la puerta sin preguntar quién era. Porque sabía quién era. Porque lo estaba esperando.
Dos paramédicos entraron con una camilla plegable. Uniformes azul oscuro, identificaciones plastificadas colgando del cuello, guantes ya

puestos. La camilla tenía sábanas limpias. Dobladas. Preparadas. No acababan de llegar. Habían estado esperando. En la calle. En alguna ambulancia que Elena no había visto. O quizás en la misma furgoneta de Cronos. La escena tenía la eficiencia ensayada, la precisión cronometrada de algo que ya estaba planificado mucho antes de que Frost cruzara el umbral.

—No —dijo Elena, interponiéndose entre los paramédicos y Alba. Su cuerpo actuó antes que su mente. Se plantó con los pies separados, los hombros cuadrados, las manos abiertas a los costados. Una barrera humana. Ridícula. Insuficiente. Pero real—. No, no, no.

Uno de los paramédicos habló. Un hombre joven, cara redonda, ojos amables. Voz entrenada para calmar a personas que no pueden ser calmadas. La voz que usan en las emergencias, en los desastres, en las situaciones donde el mundo de alguien se acaba y hay que convencerlo de que deje a los profesionales hacer su trabajo.

—Señora, necesitamos que se haga a un lado.

—Ella no va a ninguna parte.

—Tenemos autorización legal para el traslado. Todo está documentado.

—No me importa su autorización.

Matías la agarró del brazo. Con fuerza. Con desesperación. Sus dedos clavándose en la tela de su manga, buscando algo sólido a lo que aferrarse.

—Elena, déjalos. Por favor. Déjalos.

—¡Suéltame!

—Estás empeorando las cosas. Estás empeorando todo.

—¡Ya no pueden empeorar más!

Los ojos de Matías brillaban. No con rabia. Con algo peor. Con la certeza húmeda y temblorosa de un hombre que sabe que lo que está pasando es monstruoso pero no encuentra la forma de detenerlo. Que quiere hacer lo correcto pero no sabe qué es lo correcto. Que ama a esa niña —a su manera torpe y periférica de padre parcial— y ve cómo se la llevan y no tiene ningún poder para impedirlo.

—Solo es un hospital —susurró—. Solo es un examen. La traerán de vuelta.

Elena lo miró. Y en ese susurro oyó la mentira que Matías necesitaba creer para no desmoronarse.
Alba se acercó a los paramédicos. Por su cuenta. Sin que nadie la obligara. Sin que nadie la tocara. Caminó hacia ellos con la naturalidad de alguien que sale de casa para ir al colegio.
—Está bien. Iré voluntariamente.
—Alba, no…
—Mami, confía en mí.
—No puedo. No puedo dejarte ir. No puedo.
—Tienes que hacerlo. Porque si no lo haces, será peor. Para las dos.
Los paramédicos guiaron a Alba hacia la puerta. Pequeña entre ellos. Pequeña entre esos uniformes azules y esas manos enguantadas y esa camilla que no necesitó porque caminaba por sí misma. Serena. Demasiado serena. Con una calma que no pertenecía a una niña a la que se llevan de su casa, sino a alguien que ha aceptado algo que los demás aún no comprenden.
Elena intentó seguirlos, pero Matías la retuvo. Los dos brazos ahora. Abrazándola por detrás. No para controlarla. Para sostenerla.
—Déjame ir.
—Elena, para.
—¡Es mi hija!
—Y la están llevando a un hospital. No a una prisión. No a un laboratorio. A un hospital.
—No entiendes. Si la examinan de verdad, si ven lo que es, si miran debajo de la superficie…
—¿Qué es, Elena? —La voz de Matías se quebró limpiamente, como una rama seca—. ¿Qué es realmente?
Elena se quedó paralizada. Los brazos de Matías a su alrededor, el salón vacío delante, la puerta abierta por la que acababan de sacar a su hija. Porque no tenía respuesta. No la tenía. No sabía qué era Alba ya. Si seguía siendo su hija. Si seguía siendo la misma niña que corría por los pasillos y se negaba a comer brócoli y dibujaba caballos con demasiadas patas. O si se había convertido en otra cosa. Algo que llevaba el rostro de Alba pero que cada día se parecía más a Elena. Que pensaba como Elena. Que hablaba como Elena. Y menos —cada vez menos, cada hora menos, cada lágrima menos—

a la niña que un día fue.
Frost se detuvo en la puerta. Se giró a medias. La luz del pasillo le iluminó un lado de la cara y dejó el otro en sombra, y Elena pensó, absurdamente, que eso era perfecto. Que eso la definía.
—Tiene una hora, doctora San Martín. Una hora para decidir si coopera o si esto se convierte en algo mucho peor. No me llame. Yo la llamaré a usted. Exactamente en sesenta minutos.
Salió. La puerta se cerró. El sonido reverberó en el salón vacío como el último latido de algo que acababa de morir. Como un eco que se busca a sí mismo y no se encuentra. Como el silencio que queda después de que un niño deja de reír.
Matías la soltó. Retrocedió un paso. La miró con ojos que pedían algo que Elena no podía darle: sentido. Lógica. Una versión de la realidad en la que todo esto tenía explicación.
—¿Qué hiciste? —susurró.
—Lo que tenía que hacer.
—¿Traerla de vuelta de los muertos?
—Sí.
—¿Cómo es eso posible?
—No lo sé.
—¿Cómo que no lo sabes? Eres científica. Eres médica. ¿Cómo puedes no saber cómo hiciste lo que hiciste?
—Fue un accidente. Una lágrima cayó donde no debía. Sobre tejido que ya no debería responder a nada. Y respondió. Y funcionó. Y ahora no puedo detenerlo.
—¿Detener qué?
Elena se separó de él. Cruzó el salón hasta la ventana. Miró la calle vacía. La ambulancia ya se había ido. Solo quedaba la furgoneta de Cronos, inmóvil, oscura, con las luces del habitáculo ahora apagadas. Esperando.
Se giró hacia Matías. Lo miró a los ojos. Y le dijo la verdad que había estado tragándose durante días, entera, sin anestesia, sin eufemismos, sin la capa protectora de la jerga científica que siempre usaba para poner distancia entre ella y las cosas que le daban miedo.
—Cada vez que lloro, cada vez que la toco, algo pasa de mí a ella.

Recuerdos. Pensamientos. Conocimientos. Formas de ver el mundo. Identidad. Ella lo está absorbiendo todo. Como una esponja que no puede dejar de absorber. Se está convirtiendo en mí, Matías.
—Eso es imposible.
—Lo sé. Pero está pasando.
—¿Y qué ocurre cuando termine? ¿Cuando ella sea tú? Elena no respondió.
No podía.
Porque la verdad era demasiado para decirla en voz alta. La verdad era una habitación oscura con una sola puerta y esa puerta estaba cerrada.
Cuando Alba fuera Elena, la niña que murió en aquel accidente habría muerto dos veces. La primera, en el coche, con el cristal y el metal y la oscuridad. La segunda, dentro de su propio cuerpo, desplazada célula a célula, recuerdo a recuerdo, pensamiento a pensamiento, hasta que no quedara nada de ella. Nada original. Nada propio. Y lo que quedaría no sería ni madre ni hija. Solo una copia. Un eco. Un fantasma usando el rostro de una niña de ocho años.
El móvil vibró. Pantalla iluminada sobre la mesa donde lo había dejado. Letras blancas. Número desconocido. El mismo.
«La furgoneta sigue afuera. El contrato también. Firma y esto termina. Alba vuelve a casa esta noche. Rechaza y la pierdes para siempre. Tiene 30 minutos. — M.H.»
Elena miró por la ventana. La furgoneta de Cronos seguía ahí. Inmóvil. Paciente. Con la quietud calculada de un depredador que sabe que su presa no tiene adónde ir. Que no necesita moverse. Que no necesita gruñir ni enseñar los dientes. Que solo necesita esperar.
Y Elena supo, con una certeza que le atravesó las costillas como una hoja de acero frío, que había perdido. No importaba qué eligiera. Firmar o resistir. Cooperar o luchar. Entregar su investigación o protegerla. Cada camino llevaba al mismo sitio. El control ya no era suyo. Cronos lo tenía. Lo había tenido desde el principio, quizás desde antes del principio, desde antes de que Elena supiera que existía un juego. Frost lo tenía. La burocracia lo tenía. Y Alba… Alba ya no era suya. Porque cada día que pasaba, la niña se parecía más

a la científica que la había resucitado. Y menos a la hija que había perdido.
El móvil vibró de nuevo.
Esta vez, un número que sí reconoció. Un número que tenía guardado. Con nombre y todo.
Del hospital.
«Dra. San Martín: Alba San Martín ingresada para evaluación completa a las 19:47. Análisis de sangre inicial muestra anomalías genéticas significativas que requieren investigación adicional. Se solicita su presencia inmediata para autorización de procedimientos complementarios. — Dra. Carla Mendoza, Jefa de Urgencias.»
Anomalías genéticas significativas.
Elena leyó las tres palabras una vez. Dos veces. Tres. Las leyó hasta que dejaron de ser palabras y se convirtieron en algo físico, algo con peso y forma que se le instaló en el centro del pecho como una piedra.
Porque sabía exactamente qué encontrarían. Lo sabía con la misma certeza con la que sabía su propio nombre. El cuerpo de Alba estaba reescribiéndose desde dentro, célula a célula, gen a gen, convirtiéndose en algo que ya no era del todo Alba. Las anomalías que la doctora Mendoza había encontrado eran solo la superficie. La punta visible de algo mucho más profundo, mucho más vasto, mucho más irreversible de lo que nadie en ese hospital estaba preparado para comprender.
Y cuando lo documentaran. Cuando lo analizaran. Cuando cruzaran referencias. Cuando consultaran bases de datos. Cuando un técnico de laboratorio, a las dos de la madrugada, mirara los resultados por segunda vez y sintiera que se le helaba la sangre. Cuando ese técnico llamara a su supervisor, y el supervisor llamara al director, y el director llamara al Ministerio, y el Ministerio llamara a la OMS, y la OMS llamara a Cronos, y Cronos sonriera.
Cuando todo eso ocurriera, el mundo sabría lo que Elena había hecho.
Y nada — nada— podría detener lo que vendría después.

CAPÍTULO 13 - DOS RESURRECCIONES

Elena tenía veintinueve minutos.
No para decidir.
Para actuar.
Se movió como autómata. Subió las escaleras. Entró a su

dormitorio. Sacó una maleta del armario.
Matías la siguió.
—¿Qué estás haciendo?
—Preparándome.
—¿Para qué?
—Para lo peor.
Empezó a meter ropa en la maleta. La suya. La de Alba.

Documentos. Pasaportes. Dinero en efectivo que guardaba en una caja fuerte oculta.
—Elena, no puedes huir.
—No voy a huir.
—Entonces ¿qué es esto?
—Plan B.
—¿Qué es el plan B?
—El que uso si el plan A falla.
—¿Y cuál es el plan A?
Elena se detuvo. Lo miró.
—Aún no lo sé.
Bajó al laboratorio. Matías la siguió.
Elena encendió el ordenador. Borró todo lo que quedaba.

Correos. Archivos temporales. Historial de navegación. Formateó el disco duro otra vez.
Tres veces.
Luego destruyó físicamente el disco con un martillo. Matías la observaba desde la puerta.
—¿Qué estás destruyendo?
—Evidencia.

—¿De qué?
—De todo.
Subió otra vez. Revisó cada habitación. Cada superficie.

Buscando cualquier cosa que pudiera vincularla con la resurrección.
Fotos. Notas. Grabaciones.
Lo quemó todo en la chimenea.
El móvil vibró.
Veinte minutos.
Mensaje de Cronos:
"El reloj corre. El mensajero espera. Firma o pierde. — M.H." Elena ignoró el mensaje.
Llamó al hospital.
Respondió una voz femenina.
—Hospital General de Viena, urgencias.
—Soy la doctora Elena San Martín. Mi hija Alba acaba de ingresar. Necesito hablar con la doctora Mendoza.
—Un momento.
Música de espera.
Luego una voz diferente. Más dura.
—Doctora San Martín. Soy Carla Mendoza.
—¿Cómo está mi hija?
—Estable. Pero los resultados preliminares son. preocupantes.
—¿Qué tipo de preocupantes?
—Anomalías en los marcadores genéticos. Inconsistencias en la secuencia de ADN. Y algo más extraño.
—¿Qué?
—Su ADN parece estar en transición. Como si estuviera reescribiéndose activamente.
Elena cerró los ojos.
—¿Qué significa eso?
—Honestamente, nunca había visto algo así. Voy a necesitar autorización para pruebas adicionales.
—No.
—¿Perdón?
—No tiene mi autorización.

—Doctora San Martín, sin esas pruebas no puedo determinar si Alba está en peligro.
—Alba está bien. Solo necesita volver a casa.
—Eso no es mi evaluación.
—¿Cuál es su evaluación?
—Que algo no natural está ocurriendo en su cuerpo. Y necesito entender qué es antes de dejarla ir.
—¿Cuánto tiempo la va a retener?
—El que sea necesario.
—Eso no es una respuesta.
—Es la única que tengo ahora mismo.
Elena colgó.
Quince minutos.
Respiró hondo.
Necesitaba ayuda.
Ayuda real.
De alguien que entendiera lo que había hecho.
Marcó el número de Samir.
Respondió al primer tono.
—Elena.
—Necesito verte. Ahora.
—¿Dónde?
—En el café. El mismo de antes. Diez minutos.
—Estaré ahí.

Elena condujo como si la persiguieran.
Llegó al café en siete minutos.
Samir ya estaba ahí. Sentado en una mesa del fondo. Más

demacrado que la última vez. Más roto.

Elena se sentó frente a él.
—Necesito tu ayuda.
—Te estoy ayudando.
—No. Estás ayudando a Cronos.
—Estoy ayudándome a mí mismo.

—Traicionándome.
—Dándote una salida.
Elena se inclinó hacia adelante.
—Alba está en el hospital. Están encontrando las anomalías

genéticas. En cuestión de horas sabrán exactamente qué es. Y cuando eso pase, todo se acabará.
—Entonces firma el contrato.
—No voy a darles a Alba.
—No te están pidiendo a Alba. Te están pidiendo la investigación.
—Es lo mismo.
—No lo es.
—Samir, tú más que nadie deberías entender. Esto no es solo ciencia. Es mi hija.
—Y mi vida.
—¿Qué?
Samir se inclinó hacia adelante. En sus ojos había desesperación pura.
—Cronos me ofreció un trato. Si les doy acceso completo a tu investigación, me tratan. Me dan seis meses. Un año. Lo que sea.
—Te están mintiendo.
—No me importa.
—Samir.
—¡Me estoy muriendo, Elena! Cada día me duele más. Cada día pierdo más peso. Más fuerza. Y lo único que pienso es: ¿esto es todo? ¿Cincuenta años estudiando y esto es todo?
—La resurrección no funciona así.
—Funciona para Alba.
—Alba está cambiando. Dejando de ser ella misma.
—Pero está viva.
—¿A qué costo?
—A cualquier costo.
Elena lo miró durante un largo momento.
—¿De verdad crees eso?
—Sí.
—Entonces estás más perdido de lo que pensaba.

Se levantó.
Samir la agarró de la muñeca.
—Elena, espera.
—Suéltame.
—Puedo ayudarte.
—Ya me "ayudaste" suficiente.
—No. Escúchame. Puedo darte algo que Cronos quiere más que tu investigación.
—¿Qué?
—Prueba de concepto.
—No te entiendo.
—Déjame intentar replicar tu proceso. En mí mismo. Si funciona, Cronos tendrá un segundo caso documentado. Eso les da credibilidad. Publicabilidad. Y te quita presión a ti.
Elena se quedó quieta.
—¿Estás hablando en serio?
—.
—Samir, no tienes idea de lo que estás pidiendo.
—Sé exactamente lo que estoy pidiendo. Una oportunidad. Aunque sea pequeña.
—No es pequeña. Es monstruosa.
—Para ti. Para mí es esperanza.
Elena se sentó otra vez.
—Aunque quisiera ayudarte, no puedo. Destruí todo. Las notas. Los archivos. No queda nada.
—Pero tú lo recuerdas. Todo está en tu cabeza.
—Samir.
—Una oportunidad. Eso es todo lo que pido.
El móvil de Elena vibró.
Cinco minutos.
Mensaje de Cronos:
"Última oportunidad. El mensajero cierra el maletín en 5 minutos. Después, esto va a fiscalía. — M.H."
Elena miró a Samir.
—Si hago esto, si intento replicarlo contigo, Cronos retrocede. ¿Puedes prometerme eso?

—Puedo intentarlo.
—No es suficiente.
—Es lo único que tengo.
Elena cerró los ojos.
Estaba atrapada.
Si firmaba el contrato, perdía el control.
Si no firmaba, perdía a Alba.
Y si intentaba huir, perdía todo.
Abrió los ojos.
—De acuerdo.
—¿De acuerdo qué?
—Lo intentaremos. Contigo. Pero no aquí. Y no ahora. —¿Cuándo?
—Dame veinticuatro horas para recuperar a Alba. Luego te ayudo.
—¿Y Cronos?
—Tú te ocupas de Cronos. Diles que tenemos un trato. Que colaboraré. Pero con condiciones.
—¿Qué condiciones?
—Alba vuelve a casa. Sin vigilancia. Sin evaluaciones. Y toda investigación se hace bajo mi supervisión.
—No van a aceptar eso.
—Entonces no hay trato.
Samir la miró durante un largo momento.
—Haré lo que pueda.
Se levantó. Salió del café.
Elena se quedó sentada, mirando su móvil.
Un minuto.
Luego el teléfono sonó.
Número desconocido.
Respondió.
—¿Sí?
—Doctora San Martín. Marcus Hoffman.
—¿Qué quiere?
—Informarle que el tiempo se agotó. El mensajero acaba de irse. Y el expediente va camino a fiscalía.
—Espere.
—¿Esperar?

—Tengo una contrapropuesta.
—Lo escucho.
—Colaboraré. Pero con condiciones.
—No estamos en posición de negociar.
—Yo creo que sí.
—¿Por qué?
—Porque lo que quieren no es solo mi investigación. Quieren prueba de que funciona. Prueba replicable. Y solo yo puedo darles eso.
Silencio al otro lado.
—Continúe.
—Tengo un sujeto dispuesto. El doctor Samir Idris. Director del Instituto Europeo de Medicina Traslacional. Conocido. Respetado. Y muriendo de cáncer.
—Lo conozco.
—Replicaré el proceso con él. Si funciona, ustedes tienen su prueba. Si falla, tienen documentación del intento. De cualquier manera, ganan.
—¿Y qué gana usted?
—Alba vuelve a casa. Sin vigilancia. Sin evaluaciones adicionales. Y yo mantengo control sobre toda investigación subsecuente.
Otra pausa.
—Necesito consultar con mi equipo.
—Tiene diez minutos.
—Eso no es.
—Diez minutos. O la oferta desaparece.
Colgó.
Se quedó sentada, con el corazón martilleándole las costillas.
Acababa de vender a Samir.
Acababa de usar a un hombre moribundo como moneda de cambio.
Pero si eso salvaba a Alba.
El móvil vibró.
Mensaje del hospital.
"Dra. San Martín: Alba solicita verla. Urgente. — Dra. Mendoza."
Elena se levantó. Salió corriendo del café.
Condujo al hospital rompiendo todos los límites de velocidad.

Llegó a urgencias en doce minutos.
La doctora Mendoza la esperaba en recepción.
—¿Dónde está?
—Habitación 307. Pero necesito hablar con usted primero. —
Después.
—Ahora.
Elena se detuvo.
Mendoza la llevó a un cuarto privado.
Cerró la puerta.
—Los resultados completos están listos.
—¿Y?
—El ADN de Alba está cambiando. Activamente. En tiempo

real.
—¿Qué significa eso?
—Significa que su composición genética está siendo reescrita.

Lentamente. Pero de forma constante.
—¿Reescrita por qué?
—Por el suyo.
Elena sintió que la habitación daba vueltas.
—¿Está segura?
—. Corrimos las pruebas tres veces. Los marcadores genéticos

de Alba están siendo reemplazados por marcadores idénticos a los suyos. A este ritmo, en dos semanas, Alba será genéticamente indistinguible de usted.

—Eso es imposible.
—Lo sé. Pero está pasando.
—¿Puede detenerlo?
—No sin saber qué lo está causando.
Elena se sentó en la silla.
—¿Puedo verla?
—Sí. Pero doctora San Martín.

—¿Qué?
—Sea lo que sea que hizo. necesita encontrar la manera de

revertirlo. Porque si esto continúa, Alba no sobrevivirá. —¿Qué quiere decir?
—Su cuerpo está rechazando su propia identidad genética.

Eventualmente, eso causará fallo sistémico. Organos. Sistema inmune. Todo.
—¿Cuánto tiempo tiene?

—Si el proceso continúa a esta velocidad. semanas. Un mes como máximo.
Elena se levantó.
—Necesito verla. Ahora.
Mendoza la llevó a la habitación 307.
Abrió la puerta.
Alba estaba sentada en la cama del hospital. Conectada a monitores. Pero despierta. Alerta.
—Mami.
Elena corrió hacia ella. La abrazó.
—Estoy aquí, cariño. Estoy aquí.
—Tengo miedo.
—Lo sé. Yo también.
—Los doctores dicen que algo está mal conmigo.
—Vamos a arreglarlo.
—¿Cómo?
—No lo sé. Pero lo haremos.
Alba se apartó ligeramente.
—Mami, necesito decirte algo.
—¿Qué?
—Puedo sentirlo. El cambio. Cada hora que pasa, soy un poco menos yo.
—Alba.
—Y cada hora que pasa, soy un poco más tú.
—Vamos a detenerlo.

—No puedes.
—Sí puedo.
—No. Porque para detenerlo, tendrías que dejar de llorar. Dejar de tocarme. Dejar de ser mi mamá.
—Nunca voy a dejar de ser tu mamá.
Alba la miró con ojos demasiado viejos.
—Pero ya no soy tu hija. No.
Se tocó la cara.
—A veces me miro en el espejo y no me reconozco. Porque la cara es mía. Pero la expresión es tuya. Los gestos son tuyos. Los pensamientos son tuyos.
—Para, Alba.
—Y lo peor es que no me molesta. Porque mientras más me convierto en ti, más entiendo por qué lo hiciste. Por qué no pudiste dejarme ir.
Las lágrimas corrían por el rostro de Elena ahora.
Una cayó en la mano de Alba.
Y por un segundo, Elena sintió esa conexión otra vez.
Ese puente.
Esa transferencia.
Y del otro lado, Alba absorbiendo algo más.
Cuando Elena retiró su mano, Alba habló con una voz que sonaba exactamente como la de Elena cuando estaba asustada.
—Mami, ¿alguna vez pensaste que quizá debiste dejarme morir?
Elena retrocedió como si le hubieran dado una bofetada.
Porque sí había pensado eso.
Esta misma mañana.
Un pensamiento fugaz que duró menos de un segundo.
Un pensamiento que enterró inmediatamente.
Un pensamiento que nunca dijo en voz alta.
—¿Cómo.?
—Porque ahora también es mi pensamiento.
Alba sonrió. Pero no era su sonrisa.
Era la sonrisa rota que Elena veía en el espejo cuando estaba al borde del colapso.
—Y tienes razón. Quizá debiste. Porque lo que trajiste de vuelta no

es tu hija.
Se tocó el pecho.
—Soy una copia. Un eco. Y cada día que pasa, el eco se hace más fuerte. Y la voz original se desvanece.
La puerta se abrió.
Inspector Lira entró.
Con dos agentes uniformados detrás de él.
—Doctora San Martín.
—¿Qué hace aquí?
—Tengo orden de arresto.
—¿Por qué cargo?
—Profanación de tumba. Experimentación ilegal con menores. Y falsificación de documentación médica oficial.
Sacó las esposas.
—Tiene derecho a permanecer en silencio.
—No puede hacer esto.
—Puedo. Y lo haré.
—Mi hija.
—Será puesta bajo custodia del estado hasta que se complete la investigación.
—¡No!
Elena se interpuso entre Lira y Alba.
—No va a tocarla.
—Señora, no empeore las cosas.
—¡Es mi hija!
—Y usted está bajo arresto.
Los agentes se acercaron.
Elena se giró hacia Alba.
—No te preocupes. Voy a arreglar esto.
Pero antes de que pudiera decir más, las esposas se cerraron alrededor de sus muñecas.
Lira la sacó de la habitación.
Elena se resistió, mirando hacia atrás.
Alba seguía sentada en la cama del hospital, observándola partir.
Sin llorar.
Sin gritar.

Solo mirando.
Con esa expresión que Elena conocía demasiado bien.
Porque era la misma expresión que ella veía en el espejo cuando tomaba decisiones imposibles.
Cuando sacrificaba algo para salvar algo más.
Y justo cuando Lira la empujaba hacia el pasillo, el móvil de Elena vibró en el bolsillo de su chaqueta.
Un agente lo sacó. Se lo mostró a Lira.
Mensaje de número desconocido.
Lira leyó en voz alta:
"Gracias por su cooperación, Dra. San Martín. Alba está ahora bajo nuestra protección institucional. Los papeles de transferencia de custodia están firmados. Samir Idris fue muy útil. Nos vemos pronto. — M.H."
Elena se quedó paralizada.
—¿Qué significa eso? —preguntó Lira.
Pero Elena no respondió.
Porque acababa de entender.
Samir no había ido a negociar con Cronos.
Había ido a venderla.
Y mientras ella estaba siendo arrestada, Cronos estaba tomando posesión legal de su hija.

CAPÍTULO 14 - LA DECISIÓN DE SAMIR

La sala de interrogatorios olía a desinfectante industrial y a café recalentado demasiadas veces, ese olor que se adhiere a las paredes de los lugares donde la gente suda, miente y espera, y que ninguna ventilación consigue eliminar porque ya forma parte de la estructura, igual que la pintura o el cemento.

Elena llevaba cuatro horas en la silla metálica.
Sabía que eran cuatro porque el reloj de pared estaba justo delante de ella —colocado ahí a propósito, pensó, para que los detenidos vieran pasar el tiempo con la precisión lenta y cruel de un goteo— y porque había contado cada minuto de la primera hora y cada cuarto

de hora de las tres siguientes. Las esposas le habían dejado un cerco rosado en las muñecas, una irritación que pulsaba con cada latido como un segundo pulso, más pequeño y más humillante que el del corazón. El metal de la silla le había robado el calor de los muslos hacía rato. Ahora formaban parte del mismo frío: ella y la silla, la silla y ella, soldadas por la temperatura.

Frente a ella, al otro lado de una mesa que tenía exactamente tres marcas de cigarrillo en el borde —Elena las había contado, porque contar cosas era lo que hacía cuando no podía controlar nada más—, el inspector Lira pasaba páginas de una carpeta con la cadencia de quien hojea un menú que ya conoce de memoria. No leía. Repasaba. Verificaba que las piezas siguieran en su sitio antes de volver a colocarlas sobre la mesa.

—Empecemos otra vez —dijo, sin levantar la vista.

—No tengo nada más que decir.

—Entonces repita lo que ya dijo.

—Ya se lo dije. Dos veces.

—Dígalo una tercera. A veces la tercera vez aparece algo que las dos primeras se dejaron dentro.

Elena aspiró lentamente. Soltó el aire como si soplara sobre una vela que se negaba a apagarse. Cada exhalación le costaba un poco más que la anterior, no por el esfuerzo físico sino por el peso acumulado de repetir la misma mentira sabiendo que cada repetición la hacía más frágil, más transparente, más fácil de romper.

—Alba no estaba muerta. Los médicos cometieron un error. La declararon fallecida prematuramente. Cuando me di cuenta, detuve el entierro. La llevé a casa. La cuidé. Fin de la historia.

—¿Y el certificado de defunción?

—Error médico. Ya se lo he dicho.

—¿Y la profanación de tumba documentada? La tumba abierta, el ataúd vacío, las marcas de herramienta en la lápida.

—Estaba recuperando a mi hija. No profanando nada.

—¿Y las anomalías genéticas que el Hospital General documentó en los análisis de sangre?

Elena no respondió. El silencio ocupó la silla vacía entre los dos como un tercer interrogador que no necesitaba hacer preguntas.

Lira cerró la carpeta. El golpe fue suave, casi delicado, el gesto de alguien que sabe que la fuerza no impresiona pero la precisión sí.
—Doctora San Martín, voy a ser directo. No creo ni una palabra de lo que me está diciendo. Ni una. Pero el problema —y es un problema real, se lo aseguro— es que tampoco puedo probar lo contrario. Todavía.
—Entonces déjeme ir.
—No puedo hacer eso.
—¿Por qué?
—Porque aunque no pueda probar qué hizo exactamente con el cuerpo de su hija, sí puedo probar que abrió una tumba sin autorización judicial. Eso solo, por sí mismo, sin nada más, son hasta tres años. Y tengo todas las pruebas que necesito para sostenerlo.
—Mi hija necesita…
—Su hija está siendo evaluada por profesionales médicos en un centro hospitalario acreditado. Está monitorizada. Está atendida. Está, objetivamente, mejor cuidada que con usted en este momento.
La frase le entró limpia. Como un bisturí. Sin desgarro. Solo el corte.
—No sabe lo que está diciendo.
—Entonces ilumíneme. Llevo cuatro horas pidiéndole que me ilumine y lo único que recibo es la misma historia tres veces. Así que ilumíneme de verdad, doctora. Dígame qué le hizo a esa niña. Dígame por qué sus análisis no son normales. Dígame por qué una niña de ocho años habla como si tuviera cuarenta. Y quizá entonces pueda ayudarla.
Elena lo miró durante un momento largo. Buscó algo en su cara. Algo humano detrás de la placa y el procedimiento y las cuatro horas de preguntas repetidas. Lo buscó en los ojos cansados, en la línea de la mandíbula, en las arrugas prematuras que se formaban alrededor de su boca cuando apretaba los labios.
—¿Tiene hijos, inspector?
Lira vaciló. Un parpadeo de más. El único parpadeo de más que Elena le había visto en cuatro horas.
—No.
—¿Hermanos? ¿Hermanas?
—Una hermana.

Elena recordó lo que Alba había dicho. Lo que Alba sabía sin haberlo visto ni oído. Se llama Tomás. Y tiene una hermana que está enferma. Información que no debería tener. Información que había migrado de la mente de Elena a la de Alba como agua que se filtra a través de una grieta.
—¿Qué haría si la perdiera?
—Eso no es relevante para esta conversación.
—¿Qué tan lejos llegaría para traerla de vuelta?
Lira no contestó. Pero su mandíbula se tensó, apenas un milímetro, un ajuste mínimo que la mayoría de la gente no habría notado pero que Elena registró con la precisión de alguien que lleva semanas observando microexpresiones como si su vida dependiera de ello. Porque dependía.
La pregunta había encontrado carne blanda.
Elena se inclinó hacia adelante tanto como las esposas le permitían. La cadena tintineó contra el borde metálico de la mesa. Un sonido ridículo. De película. De pesadilla de la que no puedes despertar porque ya estás despierta.
—Yo fui más lejos de lo que debí. Mucho más lejos. Y ahora mi hija está pagando el precio de eso. Pero si me deja salir de aquí, puedo arreglarlo. Puedo ayudarla. Puedo hacer que esto no termine como va a terminar si me deja encerrada en esta silla.
—¿Cómo?
—No puedo decírselo. No aquí. No así. Pero puedo hacerlo. Si me deja ir.
—No funciona así, doctora. Las cosas no funcionan así.
—Entonces mi hija morirá. En ese hospital, rodeada de médicos que no entienden lo que están viendo, conectada a máquinas que no pueden medir lo que le pasa. Morirá. Y será su responsabilidad. No la mía. La suya. Porque usted tuvo la oportunidad de dejarme ir y no lo hizo.
Lira la estudió con esos ojos que habían visto demasiadas mentiras para sorprenderse con ninguna. Ojos de policía. Ojos que separan el gesto del significado, la palabra de la intención, el llanto del cálculo. Elena conocía esos ojos porque los había visto en el espejo muchas veces: los ojos de alguien que analiza el mundo como datos.

—¿De verdad cree eso? —preguntó Lira.
—Sí.
—Entonces tiene un problema más grande del que pensaba.
Se levantó. Recogió la carpeta. Salió de la sala sin cerrar la puerta del todo, dejando una rendija de tres centímetros que no era cortesía sino declaración: puedo irme y volver cuando quiera, y usted no puede hacer ninguna de las dos cosas.
Elena se quedó sola.
El reloj de pared marcaba las seis de la tarde. Los números negros contra el fondo blanco, inequívocos, implacables.
Alba llevaba ocho horas en el hospital. Ocho horas bajo custodia del estado. Ocho horas durante las cuales Elena no había podido verla, hablarle, tocarla, verificar el color de sus labios o la temperatura de sus manos. Ocho horas en las que no le había administrado ninguna dosis. Lo que significaba que la ventana de cuarenta y ocho horas se estaba cerrando. Se estaba cerrando mientras ella estaba esposada a una mesa en una sala que olía a desinfectante, y no podía hacer nada para evitarlo.
Y ocho horas en las que Cronos podía haber hecho cualquier cosa. Cualquier cosa con el cuerpo de su hija. Con las muestras. Con los datos. Con la niña que llevaba dentro recuerdos que no eran suyos y conocimientos que no debería tener y una firma que era idéntica a la de su madre.
Elena miró sus muñecas. El cerco rosado. La piel irritada. Las venas azules debajo, transportando sangre que ya no servía solo para mantenerla viva a ella.
El sonido de unos pasos en el pasillo. Lentos. Medidos. Zapatos de suela dura sobre linóleo. No eran los de Lira. Los de Lira tenían un ritmo más irregular, más humano. Estos eran pasos de metrónomo.
La puerta se abrió.
No era Lira.
Era un hombre que Elena no había visto nunca. Cincuenta y tantos años. Complexión delgada. Traje gris sin una sola arruga, como si las arrugas le tuvieran miedo o como si el traje acabara de salir de la tintorería hacía diez minutos, lo cual, a las seis de la tarde de un día que llevaba activo desde las siete de la mañana, requería un

esfuerzo deliberado o un armario en algún despacho cercano. Pelo canoso, corto, peinado hacia atrás. Expresión neutra. Ensayada. La expresión de un hombre que no permite que su cara diga nada que su boca no haya autorizado previamente.

Llevaba una carpeta en la mano izquierda. Distinta a la de Lira. Más delgada. Más limpia. Con una etiqueta que Elena no pudo leer desde donde estaba.

—Doctora San Martín. Soy el fiscal Tomás Reyes. Vengo a ofrecerle un trato.

La voz era grave, contenida, con la modulación precisa de alguien acostumbrado a que sus palabras pesen exactamente lo que él quiere que pesen. Ni un gramo más. Ni un gramo menos.

—No quiero ningún trato.

—Debería escucharlo primero.

Se sentó frente a ella. Con la calma de quien negocia todos los días con personas que creen que no van a negociar y que, invariablemente, terminan negociando. Abrió la carpeta. La colocó sobre la mesa, orientada hacia Elena, como una invitación.

—La fiscalía está dispuesta a retirar los cargos de profanación de tumba si coopera con la investigación sobre Alba.

—¿Qué tipo de cooperación?

—Acceso completo a sus notas de investigación. Explicación detallada de cualquier procedimiento médico o científico que haya realizado. Y consentimiento firmado para que Alba permanezca bajo supervisión médica institucional el tiempo que el equipo evaluador considere necesario.

—No.

Reyes levantó una ceja. Solo una. El gesto de un hombre que calcula la resistencia de un muro antes de decidir si lo rodea o lo derriba.

—¿No?

—No voy a entregarles a mi hija para que la usen como sujeto de experimentación.

—Nadie ha hablado de experimentación, doctora. Evaluación médica. Supervisión. Es lo que cualquier tribunal ordenaría si este caso llega a juicio, que es exactamente adonde va si usted no coopera.

—Es lo mismo.

—No lo es. Y usted, como científica, debería saber la diferencia.
Elena se inclinó hacia adelante. Las esposas tiraron. La cadena se tensó con un sonido metálico que reverberó en la sala vacía.
—¿Sabe quién está realmente detrás de esta investigación, fiscal?
—El estado.
—Cronos Biotech. Están usando al estado como pantalla para obtener acceso a algo que quieren. Algo que no pueden conseguir legalmente, así que lo consiguen a través de ustedes. A través de órdenes judiciales, de comités de bioética, de fiscales que se presentan a las seis de la tarde con trajes planchados y carpetas limpias ofreciendo tratos que no son tratos sino coacciones.
Reyes no parpadeó. No movió un músculo.
—Eso es una acusación seria.
—Y verdadera.
—¿Tiene pruebas?
—¿Necesito pruebas para saber que me están usando? ¿Necesito un documento firmado para reconocer lo que está pasando delante de mis ojos?
Reyes cerró la carpeta. Con la misma parsimonia con que la había abierto. Sin prisa. Sin molestia visible. Con la tranquilidad de quien sabe que el tiempo trabaja a su favor y no al de la persona que tiene enfrente.
—El trato está sobre la mesa durante veinticuatro horas. A partir de mañana a las seis de la tarde, si no ha firmado, procederemos con todos los cargos. Incluyendo experimentación ilegal con menores. Que, por si no lo sabe, puede significar entre cinco y quince años dependiendo de la jurisdicción y del estado de la menor.
Se levantó. Alisó las solapas de su chaqueta. Cogió la carpeta. Se dirigió a la puerta.
—Una cosa más, doctora. La evaluación psicológica que le realizaron a Alba esta tarde ha determinado que su capacidad cognitiva excede con creces los parámetros esperados para su edad. Lo cual plantea preguntas interesantes sobre el tipo de intervención que usted realizó. Preguntas que, con o sin su cooperación, vamos a responder.
Salió. Ni siquiera la miró al cerrar la puerta. El clic de la cerradura sonó como el punto final de una frase que no admitía réplica.

Elena se quedó sola otra vez.
Cerró los ojos.
Y por primera vez en días —en semanas, quizás; había perdido la cuenta de cuándo había empezado a reprimir lo que sentía y cuándo lo reprimido había dejado de ser una elección y se había convertido en un mecanismo— dejó que el pánico la alcanzara.
Lo sintió subir. Como agua fría que entra por debajo de una puerta. Primero los pies. Luego las pantorrillas. Luego los muslos, el vientre, el pecho. La garganta. Hasta llenarle la boca con un sabor metálico que no era sangre pero lo parecía. Hasta presionarle los ojos desde dentro, como si las lágrimas quisieran salir pero algo las detuviera, un dique de voluntad o de agotamiento, y se quedaran atrapadas detrás de los párpados, ardiendo.
No lloró.
No podía permitírselo. Cada lágrima era un recurso. El único recurso que mantenía viva a Alba. Desperdiciarlas aquí, en esta sala, en esta silla, sin que nadie las recogiera, sin que nadie las llevara hasta la piel de su hija, era peor que un desperdicio. Era un crimen contra Alba. Otro más.
Apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron en las palmas. Controló la respiración. Cuatro segundos dentro. Siete segundos fuera. El patrón que usaba en el laboratorio cuando un resultado la desbordaba y necesitaba volver a su centro.
No tenía centro. Pero el patrón funcionaba igualmente. El cuerpo obedece la mecánica aunque la mente esté en llamas.

A las nueve de la noche, Lira volvió.
Entró con dos vasos de plástico. Uno de café. Otro de agua.

Dejó el agua frente a Elena sin preguntar cuál prefería. —Tiene una llamada.
—¿De quién?
—El doctor Samir Idris.
Algo frío le recorrió la espalda. No miedo exactamente. Algo

peor: reconocimiento. La sensación de una pieza que encaja en un lugar que esperabas que permaneciera vacío.
—No quiero hablar con él.
—Dice que es urgente. Ha llamado tres veces en la última hora.
—Me traicionó.
—Eso es entre ustedes. Pero la llamada es suya si la quiere. Es su derecho.
Elena vaciló. Miró el vaso de agua. Las burbujas diminutas adheridas al plástico. La superficie quieta, reflejando la luz del techo.
Luego asintió. Porque hay cosas que pesan más que el orgullo. Y el orgullo, a estas alturas, era un lujo tan lejano como el sueño.
Lira la desposó de una muñeca —solo una; la otra quedó sujeta a la mesa— y la llevó a otra sala. Más pequeña. Sin ventanas. Un teléfono negro sobre una mesa desnuda. La silla estaba atornillada al suelo.
Elena se sentó. Lira salió. La puerta se cerró.
Descolgó.
—¿Samir?
—Elena. —La voz de Samir sonaba como algo que se ha mojado y se ha secado mal. Rugosa. Deformada—. Gracias por contestar.
—¿Qué quieres?
—Disculparme.
—Demasiado tarde para eso.
—Lo sé. Lo sé perfectamente. Pero necesitas escucharme.
—No necesito nada de ti. Ya me diste suficiente.
—Elena, por favor. Dame dos minutos. Solo dos. Después puedes colgar y no volver a hablarme nunca.
Apretó el auricular hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Sintió el plástico ceder ligeramente bajo la presión. Pensó en colgarlo. En el clic que haría al posarse en la horquilla. En el silencio que vendría después.
—Tienes uno.
Samir respiró hondo al otro lado de la línea. Un respiro que sonaba como el de alguien que se asoma a un precipicio y mira abajo antes de decidir si salta o retrocede.
—No fue mi intención venderte. Te lo juro por todo lo que queda de

mí, que ya no es mucho.
—Pero lo hiciste.
—Porque no tuve opción.
—Siempre hay opción, Samir. Tú me enseñaste eso. Hace veinte años, en tu despacho, la primera vez que trabajamos juntos. «Siempre hay opción. Lo que no siempre hay es una opción buena.» ¿Te acuerdas?
Silencio.
—Me acuerdo.
—Entonces no me digas que no tuviste opción. Di que elegiste la que te convenía.
—Elegí la que me daba tiempo.
—¿Tiempo para qué?
—Para seguir vivo.
Su voz se quebró. No de golpe. Despacio. Como se quiebra una rama seca: primero un crujido casi inaudible, luego la fibra que cede, luego el silencio de las dos mitades separándose.
—Cronos vino a mí hace tres días. No llamaron antes. Vinieron en persona. Dos personas. Hoffman y una mujer del departamento médico cuyo nombre no recuerdo. Se sentaron en mi despacho. Me mostraron unos análisis.
—¿Qué análisis?
—Los míos. Los que me hice el mes pasado. Los que se suponía que eran confidenciales. No sé cómo los consiguieron. Pero los tenían. Impresos, en una carpeta, con mi nombre y mi número de paciente.
Elena cerró los ojos. Por supuesto. Cronos. Acceso a bases de datos hospitalarias. Contactos en laboratorios. Dinero que compra cosas que no deberían estar en venta. Por supuesto.
—El cáncer está en los huesos —continuó Samir. La voz más baja ahora. Más cerca del hueso—. En el hígado. En el peritoneo. En sitios donde ya no se puede operar ni irradiar ni hacer nada que valga la pena. Tengo semanas. Quizá días. Los médicos no se ponen de acuerdo, lo cual significa que el pronóstico es tan malo que ninguno quiere ser el que diga la cifra exacta.
—Lo siento, Samir.
—No quiero tu lástima. No te llamé para eso. Quiero que entiendas

por qué hice lo que hice.
—¿Entender qué? ¿Que vendiste a mi hija a cambio de unas semanas más?
—Sí. Exactamente eso. Eso es lo que hice.
El silencio que siguió fue largo. Denso. Del tipo que no se puede llenar con palabras porque las palabras no caben dentro de él.
—Me ofrecieron un trato —dijo Samir—. Si les daba acceso a Alba, si facilitaba la evaluación, si les abría las puertas del Instituto, me incluirían en un protocolo experimental. No una cura. Nadie habló de cura. Pero tiempo. Meses, quizá. En lugar de semanas.
—Y aceptaste.
—No inmediatamente. Intenté negociar. Intenté que dejaran a Alba fuera. Les ofrecí mi propia investigación, mis datos, todo lo que tenía. Pero no querían eso. Querían a Alba. Y sabían que yo no tenía poder para negarme porque estaba demasiado enfermo para amenazar con nada y demasiado solo para pedir ayuda a nadie.
—¿Y?
—Y me rompí. Un martes a las tres de la tarde. En mi despacho. Con las persianas bajadas. Les di lo que querían. Los papeles de transferencia que autorizaban el uso del Instituto. El testimonio que confirmaba mis sospechas sobre tu investigación. Todo.
Elena abrió los ojos. Miró la pared de enfrente. Gris. Vacía. Una grieta fina la recorría en diagonal, como una fisura en una presa.
—¿Dónde está Alba?
—La trasladaron. Hace dos horas. Al Instituto Europeo de Medicina Traslacional. A mi laboratorio.
La frase le cayó encima con el peso de algo definitivo.
—¿Por qué ahí?
—Porque yo lo autoricé. Porque soy el director. Y porque Cronos necesitaba un lugar donde pudieran trabajar con ella sin escrutinio público. Sin periodistas. Sin comités. Sin nadie que hiciera preguntas incómodas. El Instituto es privado. Mi autoridad sobre las instalaciones es completa. El lugar perfecto.
—¿Qué van a hacerle?
—Estudiarla. Documentarla. Tomar muestras. Cruzar datos con tu investigación, con lo que yo les di, con lo que el hospital encontró en

los análisis. Intentar entender el mecanismo.
—Van a destruirla.
—Lo sé.
—¿Y no hiciste nada para detenerlos?
Silencio. Largo. Denso. Del tipo que precede a las confesiones que cambian la temperatura de una habitación.
Luego, con una voz que parecía venir de muy lejos, como si Samir hablara desde el fondo de un pozo:
—Hice algo peor. Les dije cómo.
Elena sintió que el mundo se detenía. Que algo fundamental en la mecánica del universo se trababa un instante —el eje de la tierra, la rotación, la inercia, lo que fuera que mantiene las cosas en movimiento— y todo quedaba suspendido. Flotando. Sin gravedad.
—¿Qué?
—Les expliqué tu investigación. Todo lo que sabía. Todo lo que deduje observando a Alba. Todo lo que tú me contaste y todo lo que calculé por mi cuenta. Las lágrimas. El meibum emocional. La transferencia de información biológica maternal. El efecto sobre el sistema inmune. La dependencia. Todo.
—Samir…
—Porque creí que si cooperaba, sin reservas, sin esconder nada, me tratarían primero. Y que luego, con más tiempo, podría ayudarte. Podría encontrar la manera de sacarte de esto. De sacarnos a todos.
—No hay manera de sacar a nadie de esto. Ya me destruiste.
—No. Aún hay una manera. Una.
—¿Cuál?
—Ven al Instituto. Esta noche. Yo te dejaré entrar. Puedes llevarte a Alba.
Elena se quedó callada. Escuchó la respiración de Samir al otro lado. Irregular. Con un silbido tenue en la exhalación que no estaba ahí la última vez que hablaron. El sonido de unos pulmones que están cediendo.
—¿Por qué haría eso? ¿Por qué confiaría en ti después de lo que hiciste?
—Porque me estoy muriendo. Y porque no puedo vivir los días que me quedan sabiendo lo que hice. No puedo morirme siendo esto. No

puedo.
—Esto es una trampa.
—No es una trampa, Elena. Es lo único que puedo ofrecerte. Lo único que tengo.
—No acepto disculpas.
—Entonces no lo hagas por mí. Hazlo por Alba. Porque si no la sacas de ahí esta noche, mañana será demasiado tarde.
—¿Por qué mañana?
—Porque mañana empieza el protocolo.
El silencio cambió de textura. Se volvió más frío. Más afilado.
—¿Qué protocolo?
—Van a intentar replicar la resurrección. Replicar lo que tú hiciste. En mí. Usando lágrimas de Alba.
La habitación giró. No metafóricamente. Las paredes se movieron. El suelo osciló. Elena se aferró al borde de la mesa con la mano libre y esperó a que la sala dejara de rotar.
—¿Qué?
—Creen que si Alba absorbió tu identidad —tus recuerdos, tus patrones cognitivos, tu información biológica—, sus lágrimas ahora llevan la misma carga. El mismo poder. Quieren probarlo.
—Eso es… —Elena buscó la palabra. No la encontró. Buscó otra. Tampoco—. Eso no tiene base. Es una extrapolación salvaje. No saben si funcionaría. No saben si la mataría. No saben nada.
—Lo sé. Pero están. Y yo les di permiso.
—¿Por qué?
—Porque si funciona, tengo más tiempo. Semanas. Meses. No lo sé. Algo. Y si no funciona, al menos moriré intentándolo. Moriré haciendo algo en lugar de pudrirme en una cama de hospital mirando el techo.
Elena no supo qué decir. Las palabras se le agolpaban en la garganta como pasajeros frente a una puerta que no se abre. Se empujaban unas a otras, se pisaban, se bloqueaban.
Samir continuó. La voz más baja. Casi un susurro.
—Medianoche. Entrada lateral del Instituto. La que da al aparcamiento trasero. Estaré ahí. Puedes odiarme después, durante el tiempo que quieras. Pero por favor, Elena. Saca a Alba de ahí

antes de que le pongan las manos encima.
—¿Cómo voy a salir de aquí? Estoy detenida. Esposada a una mesa.
—Ya me encargué de eso.
—¿Qué hiciste?
—Llamé a tu abogado. Al del colegio de médicos. Le expliqué la situación. Está presentando moción de liberación ahora mismo ante el juzgado de guardia. Detención arbitraria sin cargos formalizados. Exceso de plazo. Deberías estar fuera en una hora. Quizá menos.
—Samir…
—No me agradezcas. No lo merezco. Solo ven.
Colgó.
Elena se quedó con el auricular pegado a la oreja. Escuchando el tono muerto. Ese zumbido plano y continuo que es el sonido de la nada, el sonido de una línea cortada, el sonido que queda cuando alguien se va y la conexión se mantiene abierta un segundo más, como si el cable no quisiera aceptar que la conversación ha terminado.
Colgó. Puso las manos planas sobre la mesa. Sintió el frío del metal. Siempre el frío del metal. Todas las superficies de los últimos días eran metálicas: la mesa del laboratorio, la silla de la sala de interrogatorios, las esposas, el picaporte de la puerta, la cerradura. Como si el mundo se estuviera volviendo de acero a su alrededor, endureciéndose, enfriándose, sellándose.
La puerta se abrió. Lira.
—¿Terminó?
—Sí.
—¿Qué quería?
—Disculparse.
—¿Por qué?
—Por arruinarme la vida.
Lira la observó. Con la mirada paciente y cansada de alguien que ha escuchado demasiadas confesiones, demasiados arrepentimientos, demasiadas mentiras disfrazadas de verdad y demasiadas verdades disfrazadas de mentira como para creer plenamente en ninguna de las dos.
—¿Sabe qué he aprendido en veinte años haciendo esto, doctora?

—¿Qué?
—Que la gente que se disculpa generalmente está a punto de hacer algo peor. O algo mejor. Nunca se sabe hasta que lo hacen.
Elena no respondió. Lira la miró un segundo más. Luego salió.

Lira tenía razón.
A las diez de la noche, un abogado que Elena no conocía — joven, trajeado, con una carpeta más gruesa que la del fiscal y una expresión de alguien que acaba de ser despertado de una siesta— apareció con documentos de liberación. Moción aceptada. Detención sin cargos formales en plazo. Liberación inmediata con medidas cautelares: prohibición de salida del país, obligación de comparecer, entrega del pasaporte.
Elena firmó donde le dijeron que firmara. Se quitó las esposas. Se frotó las muñecas. El cerco rosado pulsaba como un recuerdo que se niega a desaparecer.
A las diez y media estaba en la calle. El aire de la noche le golpeó la cara con una frescura que le pareció, como si el aire de fuera perteneciera a otro planeta. Respiró hondo. El aire no sabía a desinfectante ni a café viejo. Sabía a asfalto mojado y a hojas de tilo y a libertad condicional.
A las once conducía hacia el Instituto Europeo de Medicina Traslacional. Las manos firmes en el volante. El corazón desbocado en el pecho. La contradicción entre ambas cosas — manos quietas, corazón enloquecido— tan violenta que le parecía imposible que el mismo cuerpo pudiera contener las dos.
Viena de noche. Las calles vacías. Los semáforos cambiando para nadie. Los edificios oscuros recortados contra un cielo sin estrellas, tapado por la contaminación lumínica de la ciudad. Elena conducía por calles que conocía de memoria —la ruta al Instituto, recorrida cientos de veces durante años de trabajo, de congresos, de noches de investigación— y sin embargo todo parecía distinto. Más nítido. Más amenazante. Como si la ciudad se hubiera reconfigurado ligeramente mientras ella estaba detenida y ahora las esquinas estuvieran en sitios equivocados y las sombras fueran más largas de lo normal.

El edificio del Instituto se alzaba oscuro contra el cielo nocturno. Cuatro plantas de hormigón y cristal que durante el día tenían el aspecto anodino de cualquier centro de investigación pero que de noche, sin la actividad humana que les daba sentido, adquirían una cualidad distinta. Vacía. Expectante. Como un organismo dormido que sigue respirando. Unas luces aisladas en el tercer piso brillaban como ojos insomnes. El laboratorio principal. Donde estaba Alba.
Elena estacionó a una calle de distancia. Apagó el motor. Apagó las luces. Se quedó sentada en la oscuridad del coche durante cinco minutos, escuchando el tic-tic del motor enfriándose y el latido de su propia sangre en los oídos.
A las 23:55, sacó el móvil. Comprobó la hora. Esperó.
A las 23:58, el móvil vibró. Mensaje de número desconocido.
«Entrada lateral. Ahora. — S.»
Salió del coche. Cerró la puerta sin dar un portazo, empujándola hasta que el cierre encajó con un clic que sonó demasiado alto en el silencio de la calle vacía. Caminó hacia el Instituto. Sus pasos resonaban en el asfalto como un metrónomo contando los segundos que le quedaban antes de que algo —todo — cambiara de forma irreversible.
La entrada lateral estaba entreabierta. Una rendija de quince centímetros entre la puerta metálica y el marco. Luz tenue del interior. El olor del Instituto filtrandose hacia fuera: desinfectante — otra vez desinfectante, siempre desinfectante—, plástico de laboratorio, el ozono frío de los equipos de climatización.
Empujó.
Samir estaba ahí. En la penumbra del pasillo. Apoyado contra la pared como si fuera lo único que lo mantenía en posición vertical, que probablemente lo era. La penumbra le afilaba los pómulos, le hundía las cuencas de los ojos, le excavaba sombras en las mejillas que no estaban ahí la última vez que Elena lo vio. Había perdido peso. Mucho peso. La bata de laboratorio le colgaba de los hombros como si perteneciera a alguien más grande. O como si él se hubiera encogido dentro de ella.
—Viniste.
No era una pregunta. Era un alivio dicho en voz alta.

—¿Dónde está?
—Tercer piso. Laboratorio principal. La sala del fondo, la que tiene las ventanas a la calle.
—¿Hay seguridad?
—Dos guardias en el recibidor principal. Turno de noche. Esta ala está vacía. No hay cámaras activas en este pasillo. Las desconecté hace una hora.
—¿Por qué?
—Les dije que estaría trabajando toda la noche. Solo. Preparándome para el procedimiento de mañana. No hicieron preguntas. Nunca hacen preguntas cuando el director dice que va a quedarse hasta tarde.
Elena pasó junto a él. Olió algo. Medicación. Ese olor dulzón y químico que desprenden los cuerpos que están siendo tratados con quimioterapia o con analgésicos potentes. El olor de alguien que se está muriendo con ayuda farmacológica.
—Espera.
Se detuvo.
Samir metió la mano en el bolsillo de la bata. Sacó algo. Una tarjeta de acceso. Blanca. Con una banda magnética. Se la ofreció con una mano que temblaba ligeramente, un temblor fino y continuo que no era nervios sino deterioro neurológico, el temblor de un sistema que empieza a fallar.
—Vas a necesitar esto. Abre todas las puertas del tercer piso. Incluida la del laboratorio.
Elena la cogió. El plástico estaba tibio. Tibio del calor de la mano de Samir. Tibio del tiempo que llevaba apretándola, preparándola, sosteniéndola como se sostiene una ofrenda que no alcanza para pagar la deuda pero que es todo lo que se tiene.
—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó Elena. Y lo preguntó de verdad. No como reproche. No como acusación. Como pregunta.
Samir guardó silencio un momento. Cuando habló, su voz sonó distinta. Más baja. Más limpia. Como si hubiera quitado una capa de algo —de miedo, de vergüenza, de defensas— y lo que quedara debajo fuera la voz original, la que tenía antes de que el cáncer y Cronos y la desesperación lo convirtieran en alguien que él mismo

no reconocía.
—Pasé cincuenta años estudiando cómo mantener células vivas. Ese fue mi trabajo. Mi vida. Mi obsesión. Encontrar la manera de que lo que está muerto siga funcionando, de que lo que se apaga vuelva a encenderse. Y nunca —ni una sola vez en cincuenta años— me pregunté cuál era el costo. Cuál era el precio real de mantener algo vivo cuando ya no debería estarlo.
—No entiendo.
—Vi a Alba esta tarde. Antes de que la trasladaran aquí. Antes de que Hoffman y su gente se la llevaran del hospital. Pedí verla. Me dejaron. Creo que pensaron que era parte del protocolo, que estaba evaluando al sujeto, que hacía mi trabajo.
Pausa. Respiración difícil. Silbido.
—Y no era ella, Elena. No era Alba. Era tú. En todo. La forma en que hablaba —las frases, la cadencia, la elección de palabras—. La forma en que me miraba —con esa atención clínica que tú tienes, esa forma de leer a las personas como si fueran resultados de laboratorio—. Incluso la forma en que sonreía cuando estaba asustada. Esa sonrisa tuya. La que usas para que nadie note que tienes miedo.
Se llevó una mano al pecho. Un gesto inconsciente, automático, como si buscara su propio corazón para verificar que seguía latiendo. Para asegurarse de que al menos eso, al menos ese músculo, todavía era suyo.
—Y entendí. Por primera vez en toda esta pesadilla, entendí lo que hiciste. Y lo que te costó. Y lo que le está costando a ella. Y lo que yo hice al ponerla en manos de gente que no entiende nada de eso y que no quiere entenderlo.
—¿Y ahora qué? ¿Te sientes culpable?
—Me siento como un monstruo. Me siento como el tipo de persona que estudié durante décadas sin saber que estaba estudiándome a mí mismo.
Elena no respondió. No tenía palabras para eso. No las había en ningún idioma.
Asintió. Subió las escaleras.
Los peldaños resonaban bajo sus pies con un eco hueco que se

multiplicaba en el hueco de la escalera. Primer piso. Segundo. Tercero. Cada planta más silenciosa que la anterior. El zumbido de la ventilación como único sonido, constante, impersonal, la respiración mecánica de un edificio que no duerme porque los edificios no duermen pero que de noche finge hacerlo.

Llegó al tercer piso. El pasillo estaba vacío. Luces de emergencia en el zócalo proyectando un resplandor verdoso sobre el linóleo. Las puertas de los laboratorios cerradas. Carteles de bioseguridad en las paredes. El olor a desinfectante más concentrado aquí, mezclado con algo más: plástico estéril. Alcohol isopropílico. El olor frío y limpio de los lugares donde se trabaja con cuerpos.

Usó la tarjeta de acceso en la puerta del laboratorio principal. La pasó por el lector. Luz roja. Luz verde. Chasquido. La cerradura cedió con la obediencia mecánica de algo que no sabe lo que está dejando pasar.

Empujó la puerta.

El laboratorio estaba bañado en una luz tenue, azulada, la luz de los monitores en reposo y de las lámparas de emergencia y de ese resplandor indefinido que tienen los espacios médicos cuando no hay nadie trabajando pero los equipos siguen encendidos. Máquinas zumbaban en las esquinas como insectos electrónicos. Pantallas mostraban gráficos planos, líneas verdes que se desplazaban de izquierda a derecha con la regularidad de algo que está vivo pero que no necesariamente es humano.

Y en el centro de la sala, sobre una cama de hospital con barandillas metálicas y sábanas blancas, conectada a tres monitores que trazaban sus constantes vitales en tiempo real…

Alba.

Dormida. O sedada. Elena no podía saberlo desde la puerta. El pelo extendido sobre la almohada. Las manos a los costados, con una vía intravenosa en el dorso de la mano izquierda. Un oxímetro en el dedo índice de la derecha. Los labios rosados. La respiración lenta. Regular. El pecho subiendo y bajando con la cadencia de un sueño profundo.

Sola.

Elena cruzó la sala. Rodeó la cama. Se arrodilló junto a Alba. Le

puso la mano en la frente. Tibia. Normal. Le tomó el pulso en la muñeca, con dos dedos, por debajo de la vía. Sesenta y cuatro. Regular. Fuerte.
—Alba. Cariño. Despierta.
Los ojos de Alba se abrieron. Despacio. Los párpados pesados, como si costara levantarlos. Las pupilas tardaron un segundo en contraerse bajo la luz. Otro segundo en enfocar. Un tercero en reconocer la cara que tenía delante.
—¿Mami?
—Estoy aquí.
—¿Dónde estamos?
—En el Instituto. En el laboratorio de Samir. Pero nos vamos.
—¿A casa?
—Sí. A casa.
Elena se incorporó. Empezó a desconectar los monitores. Primero el oxímetro —lo deslizó del dedo con cuidado, el clip se abrió con un clic suave—. Después los electrodos del pecho —tres parches adhesivos que despegó uno a uno, con la delicadeza automática de sus años de práctica clínica—. Su mano se dirigió hacia la vía intravenosa.
—Espera.
Elena se detuvo. Sus manos quedaron suspendidas sobre el tubo de plástico, a medio camino entre el gesto y la quietud.
—¿Qué?
Alba se incorporó en la cama. Despacio. Con una calma que no correspondía a su edad ni a la situación: una niña de ocho años que se despierta en un laboratorio de noche, conectada a máquinas, con su madre apareciendo de la oscuridad diciendo que se van. Una niña normal habría llorado. Habría gritado. Habría preguntado qué pasa, por qué estoy aquí, tengo miedo. Alba no hizo nada de eso. Se sentó en la cama, se alisó el pelo con la mano que no tenía la vía, y miró a Elena con una expresión que Elena conocía demasiado bien. Porque era la suya.
—No puedo irme.
—¿Qué estás diciendo?
—Firmé algo. Un papel. Esta tarde. Antes de que me trajeran aquí.

—¿Qué papel?
—Un consentimiento. Para el tratamiento. Dijeron que era para ayudarte. Que si firmaba, los cargos contra ti se reducirían. Que cooperar era la forma de protegerte.
—Alba, eres menor de edad. No puedes firmar ningún consentimiento. No tiene validez.
—Pero lo firmé. Con tu nombre.
Elena sintió que el suelo se abría bajo sus pies. No se abría: desaparecía. Como si la gravedad hubiera decidido cambiar de dirección y ahora tirara de ella hacia arriba, hacia un vacío sin referencias, sin arriba ni abajo, sin nada a lo que agarrarse.
—¿Qué?
Alba la miró. Con esos ojos que ya no eran del todo los de una niña de ocho años. Que ya no eran del todo los de nadie. Que eran un territorio intermedio, una zona fronteriza entre dos identidades que compartían un cuerpo y se disputaban el espacio.
—Sabía exactamente cómo firmar tu nombre. Cada letra. Cada curva. La forma en que la E sube un poco al final. La forma en que la S se cierra. Lo he visto mil veces. En tu cabeza. En tus recuerdos. Lo practiqué con los ojos cerrados y me salió igual. Exactamente igual.
—Alba…
—Y sabía exactamente qué decir para que me creyeran. Las palabras que tú habrías usado. El tono. La forma de mirar a alguien mientras le explicas algo que no quieres explicar. Porque pienso como tú ahora, mamá.
Se tocó la frente con la punta de los dedos. Un gesto que Elena reconoció porque era suyo. Lo hacía cuando procesaba algo difícil. Cuando la información excedía la capacidad de la frase y necesitaba un gesto para completarla.
—Cada día más. Cada hora más. Como si tu cabeza se vaciara dentro de la mía gota a gota. Y yo no puedo cerrar el grifo.
—Por eso te voy a sacar de aquí. Ahora mismo. Antes de que nadie más te toque.
—No puedes.
—Sí puedo.

—No. Porque si me sacas, Cronos va por ti. Con todo. Con la policía, con el fiscal, con los cargos de experimentación. Y esta vez no vas a poder escapar. No va a haber ningún abogado que te saque. No va a haber ninguna moción que funcione.
—No me importa.
—Debería importarte. Porque si te arrestan otra vez, si te encierran, ¿quién va a cuidarme? ¿Quién va a darme lo que necesito cada cuarenta y ocho horas? ¿Quién va a llorar por mí?
La pregunta quedó flotando en la luz azulada del laboratorio. Quién va a llorar por mí. Dicha con la voz de una niña. Con la lógica de una mujer adulta. Con el peso de una verdad que ninguna de las dos podía sostener.
La puerta se abrió a sus espaldas.
Elena se giró.
Tres figuras entraron en el laboratorio. Marcus Hoffman primero. Traje oscuro, corbata aflojada, el aspecto de alguien que lleva despierto demasiadas horas pero que ha decidido que el cansancio es un dato irrelevante. Flanqueado por dos guardias de seguridad. Uniformados. Con placas de identificación de una empresa de seguridad privada que Elena no reconoció. No eran policías. Eran empleados. Profesionales contratados para estar ahí, en ese pasillo, a esa hora, ante esa eventualidad. Lo que significaba que Hoffman sabía. Sabía que Elena vendría. Sabía que Samir la dejaría entrar. Lo sabía desde el principio. Quizá desde antes de la llamada telefónica. Quizá la llamada era parte del plan. Quizá Samir creía que estaba ayudando y en realidad estaba ejecutando el último movimiento de una partida que Cronos ya había ganado.
Hoffman sonreía. La sonrisa de cortesía que los hombres poderosos usan como escudo y como arma al mismo tiempo. La sonrisa que dice: no necesito amenazarle porque ambos sabemos cómo termina esto.
—Doctora San Martín. Qué sorpresa encontrarla aquí. —Apártese.
—Me temo que no puedo hacer eso.
—No voy a dejarla aquí.
—No tiene opción, doctora. Alba firmó el consentimiento para el protocolo de evaluación. Voluntariamente. Sin coacción. Está

documentado.
—¡Es menor de edad! La firma de una menor no tiene validez legal.
—Normalmente, no. Pero en este caso concurren circunstancias excepcionales.
Hoffman sacó un documento del interior de su chaqueta. Lo desplegó con la soltura de un mago que revela un truco que ha practicado cien veces.
—La evaluación psicológica que le realizamos esta tarde —administrada por tres profesionales independientes, grabada en vídeo, documentada según los estándares del colegio de psicología— ha determinado que Alba San Martín posee una capacidad cognitiva que excede significativamente los parámetros de su grupo de edad. Su nivel de comprensión verbal, razonamiento abstracto y toma de decisiones equivale, según los evaluadores, al de un adulto competente.
Pasó una página.
—Lo cual nos permite, de acuerdo con la normativa vigente sobre consentimiento informado en circunstancias excepcionales, aceptar su autorización como válida. Está todo aquí. Firmado. Sellado. Refrendado.
Le mostró el documento. Elena lo vio. La firma al pie de la última página. Su propia firma. Idéntica. Cada trazo, cada curva, cada presión de la pluma. Indistinguible del original.
Miró a Alba.
—¿Por qué?
Alba bajó la vista. Por primera vez desde que Elena había entrado en el laboratorio, algo parecido a la vergüenza le cruzó la cara. Un rubor tenue en las mejillas. Un temblor mínimo en el labio inferior. La grieta en la armadura de adulta que revelaba, durante un segundo, a la niña de ocho años que todavía estaba ahí debajo. Que todavía existía. Que todavía sentía.
—Porque pensé que era lo mejor.
—¿Para quién?
—Para ti.
—¿Cómo es que entregarme a Cronos es lo mejor para mí?
—Porque si me quedo aquí voluntariamente, si coopero, si les doy lo

que quieren, tú dejas de ser criminal. Los cargos desaparecen. La investigación policial se archiva. Puedes volver a tu vida. A tu trabajo. A ser quien eras antes de todo esto.
—Mi vida eres tú, Alba.
—No. Ya no.
Alba levantó la vista.
Y en sus ojos, Elena vio algo que la dejó helada hasta un punto que iba más allá del frío, que pertenecía a otro registro, a una temperatura que no se mide con termómetros. No vio miedo. No vio confusión. No vio a una niña asustada. Vio cálculo frío. Puro. Transparente. La evaluación racional de una situación con variables limitadas y soluciones imperfectas. La misma expresión que Elena tenía cuando tomaba decisiones imposibles en el laboratorio. Cuando sacrificaba la muestra pequeña para salvar el experimento completo. Cuando elegía lo necesario sobre lo correcto porque lo correcto no existía y lo necesario era lo único que quedaba.
Su propia expresión. En la cara de su hija. Devolviéndole la mirada desde el otro lado de la cama de hospital como un espejo que respira.
—Me quedaré aquí —dijo Alba. Con una voz que no pertenecía a una niña. Que no pertenecía del todo a Elena. Que pertenecía a algo intermedio, a algo nuevo, a algo que estaba naciendo entre las dos como una identidad que no había pedido existir—. Dejaré que hagan sus pruebas. Sus evaluaciones. Lo que necesiten. Y a cambio, tú quedas libre. Sin cargos. Sin investigación. Sin nada.
—Alba, no sabes lo que estás diciendo.
—Sí lo sé. Porque lo calculé. Variable por variable. Opción por opción. Exactamente igual que tú habrías hecho. Exactamente igual que haces siempre.
Hoffman amplió su sonrisa. No mucho. Lo justo.
—Tiene razón, doctora. Su hija es extraordinariamente inteligente. Mucho más de lo que ninguno de nosotros esperaba. Lo cual, por cierto, hace que su caso sea aún más valioso para la investigación.
—Ella no es mi…
Pero no pudo terminar la frase.
Porque mirar a Alba ahora era como mirarse en un espejo. Un

espejo más pequeño, más joven, con el pelo más largo y los ojos más grandes. Pero un espejo. Que hablaba con su voz. Que pensaba con su lógica. Que tomaba decisiones con su frialdad. Que calculaba con su precisión.
Y los espejos no mienten. Esa es su maldición y su función.
Hoffman asintió a los guardias. Un gesto mínimo. Un movimiento de cabeza.
—Escolten a la doctora San Martín fuera del edificio, por favor. Con cuidado. Con respeto.
Los guardias se acercaron. Uno a cada lado. Elena intentó resistirse. Tensó los brazos. Plantó los pies. Pero no podía luchar contra los dos. No tenía la fuerza. No tenía la masa. No tenía nada excepto la voluntad, y la voluntad, contra dos hombres entrenados que la superaban en treinta kilos cada uno, no alcanzaba.
La tomaron de los brazos. Con firmeza. Sin violencia. Con la presión exacta y profesional de personas que hacen esto regularmente y que saben cuánta fuerza es necesaria para mover a alguien sin dejar marcas.
La arrastraron hacia la puerta.
—¡Alba!
Alba no respondió.
Solo la miró.
Con esa expresión que Elena conocía demasiado bien. Que conocía desde dentro, porque la había llevado puesta durante años, durante décadas, durante toda su vida profesional. La expresión de alguien que acaba de tomar una decisión irreversible y que ya ha empezado a vivir con las consecuencias. Que ya no mira hacia atrás porque mirar hacia atrás es un lujo que no puede permitirse. Que ya está calculando el siguiente paso, y el siguiente, y el siguiente.
—¡Alba!
La puerta se cerró entre ellas.
Metal contra metal. El sonido de una cerradura electromagnética activándose. El zumbido breve del mecanismo. Y después silencio.
Elena quedó del otro lado. En el pasillo. Con las manos vacías y los brazos sujetos por dos hombres que no la conocían y a los que no

les importaba lo que le estaba pasando porque no era su trabajo que les importara.
Y lo último que escuchó, amortiguado por el metal y la distancia, filtrado a través de la puerta cerrada como una voz que llega desde el fondo de un pozo, fue la voz de Hoffman:
—Excelente decisión, Alba. Realmente excelente. Mañana temprano empezaremos con el protocolo del doctor Idris. Y si funciona… bueno. Las posibilidades se amplían considerablemente.
Pausa.
Y luego la voz de Alba.
No llorando. No protestando. No pidiendo que le devolvieran a su madre.
Sino diciendo, con la misma voz calmada y sin inflexiones que Elena usaba cuando presentaba resultados en conferencias, cuando explicaba datos a un auditorio, cuando traducía lo incomprensible a lo comprensible sin que se le moviera un músculo de la cara:
—Entiendo. ¿Cuándo necesitan la primera muestra de lágrimas?

CAPÍTULO 15 - EL ARCHIVO DE SAMIR

Elena salió del Instituto Europeo de Medicina Traslacional a las doce y veinte de la madrugada.
No llorando.
No gritando.
Solo caminando.
Un pie delante del otro.
Hasta que llegó a su auto.
Se sentó en el asiento del conductor.
Cerró la puerta.
Y entonces, por primera vez en días, dejó que todo la alcanzara.
No lloró.
El llanto requería energía que no tenía.
Solo se quedó sentada, con las manos en el volante, mirando el edificio donde habían tomado a su hija.
Cinco minutos.

Diez.
Quince.
Luego arrancó el auto y condujo.
No a casa.
A la única persona que podía ayudarla ahora.

Matías abrió la puerta en pijama, con el cabello despeinado y los ojos hinchados de sueño.
—¿Elena? ¿Qué hora es?
—Necesito tu ayuda.
—Son las dos de la mañana.
—Lo sé.
—¿Qué pasó?
—Todo.
Lo empujó para entrar. Cerró la puerta detrás de ella. Matías la siguió al salón.
—¿Estás bien?
—No.
—¿Dónde está Alba?
—La tienen.
—¿Quién?
—Cronos. En el Instituto Europeo de Medicina Traslacional. —¿Cómo.?
—Samir los dejó entrar. Alba firmó consentimiento. Y ahora van a usar sus lágrimas para intentar resucitar a un hombre moribundo.
Matías se sentó en el sofá como si las piernas no lo sostuvieran.
—Esto es una locura.
—Lo sé.
—Elena, tienes que parar.
—No puedo parar.
—Sí puedes. Puedes ir a la policía. Puedes denunciar a Cronos. Puedes.
—¿Puedo qué? ¿Decirles que mi hija resucitada está siendo usada para experimentos de resurrección? ¿Crees que me van a creer?
—Entonces ¿qué vas a hacer?
Elena se quedó callada durante un largo momento.

Luego:
—Voy a recuperarla.
—¿Cómo?
—Aún no lo sé. Pero necesito tu ayuda.
—¿Qué tipo de ayuda?
—Información. Acceso. Lo que sea que puedas darme.
Matías la miró con esa expresión de hombre atrapado entre el miedo y el amor.
—Esto va a terminar mal, ¿verdad?
—Probablemente.
—¿Y aun así vas a hacerlo?
—No tengo opción.
Matías suspiró.
—¿Qué necesitas?

A las tres de la mañana, Elena estaba en el apartamento de Matías, rodeada de papeles, planos del Instituto Europeo de Medicina Traslacional, y una laptop abierta mostrando planos arquitectónicos.

—El edificio tiene tres entradas —explicó Matías—. Principal, lateral, y carga en el sótano.
—La lateral es la que usé esta noche. Estará vigilada ahora.
—La de carga también. Especialmente si saben que intentaste sacarla.
—¿Y la principal?
—Recepción las veinticuatro horas. Dos guardias como mínimo.
Elena estudió los planos.
—¿Hay otra manera de entrar?
—Sistema de ventilación. Pero tendrías que acceder desde el techo.
—¿Cómo llego al techo?
—Escalera de emergencia externa. En el lado norte.
—¿Vigilada?
—No debería. Es solo salida de emergencia.
Elena marcó el punto en el plano.
—¿Dónde exactamente está el laboratorio donde tienen a Alba?
—Tercer piso. Ala este.

—¿Cámaras?
—En todos los pasillos. Pero no dentro de los laboratorios.
—¿Sistema de seguridad?
—Tarjetas de acceso. Cada puerta.
—Ya tengo una. Samir me la dio.
—¿Seguirá funcionando?
—Solo hay una manera de saberlo.
Matías se inclinó hacia adelante.
—Elena, aunque logres entrar, ¿cómo vas a sacarla? Tiene monitores. Guardias cerca. Y Cronos sabe que vas a intentarlo.
—Por eso no voy a intentarlo.
—¿Qué?
—No voy a sacarla. Voy a destruir el laboratorio.
Matías parpadeó.
—¿Qué?
—Si destruyo el equipo, los datos, todo lo que necesitan para el procedimiento, no pueden continuar. Y sin el procedimiento, no tienen razón para retener a Alba.
—Eso es. eso es terrorismo.
—Es supervivencia.
—Elena.
—¿Vas a ayudarme o no?
Matías la miró durante un largo momento. Luego suspiró.
—¿Qué necesitas?

A las seis de la mañana, Elena estaba de vuelta en su auto, estacionado a dos calles del Instituto.
Tenía un plan.
No un buen plan.
Pero algo.
Su móvil vibró.
Número desconocido.
Mensaje.
"Procedimiento con Dr. Idris programado para las 8 AM. Primera fase: extracción de lágrimas de Alba. Segunda fase: aplicación. Documentación completa. Estará disponible para visita familiar a las

10 AM si desea presenciar resultados. — M.H."
Elena sintió que la ira reemplazaba al miedo.
Iban a hacer llorar a Alba.
A propósito.
Para usar sus lágrimas en un experimento.
Marcó el número de Hoffman.
Respondió al segundo tono.
—Doctora San Martín. Esperaba su llamada.
—Si le hacen daño a mi hija.
—No vamos a hacerle daño. Solo necesitamos su cooperación. —Ella es menor.
—Con consentimiento firmado.
—Forzado.
—Voluntario. Tenemos la grabación de audio donde explica sus razones. Muy articuladas, por cierto. Suena exactamente como usted cuando presenta investigación.
—No la toquen.
—Es demasiado tarde para eso. El procedimiento ya comenzó.
Elena miró el reloj. 6:15 AM.
—Dijeron ocho.
—Adelantamos el horario. Por precaución. En caso de que usted intentara. interferir.
—Hoffman.
—Puede venir a las diez. Verla. Confirmar que está bien. Quizá incluso presenciar los resultados si el Dr. Idris responde positivamente.
—¿Y si me niego?
—Entonces no la verá hasta que completemos todos los estudios. Lo cual podría tomar semanas.
Colgó.
Elena golpeó el volante con ambas manos.
Luego su móvil sonó otra vez.
Inspector Lira.
Respondió.
—¿Qué?
—Necesito hablar con usted. Ahora.

—Estoy ocupada.
—Es sobre Alba.
Elena se quedó quieta.
—¿Qué pasa con ella?
—¿Dónde está usted?
—¿Por qué?
—Porque necesito verla. En persona.
—Inspector.
—Tengo información. Información que debería escuchar. Elena vaciló.
—¿Dónde?
—Mismo café de antes. En diez minutos.
Colgó.

Lira ya estaba ahí cuando Elena llegó.

Sentado en la misma mesa del fondo. Con una carpeta frente a él.
Elena se sentó.
—¿Qué es tan urgente?
Lira empujó la carpeta hacia ella.
—Ábrala.
Elena la abrió.
Dentro había documentos. Análisis de laboratorio. Informes médicos.
—¿Qué es esto?
—Los resultados del hospital. Los análisis de sangre de Alba.
—Ya los vi.
—No estos. Estos son los completos. Los que el hospital envió a mi departamento como parte de la investigación.
Elena leyó.
Los números estaban ahí. Claros.
El ADN de Alba estaba siendo reemplazado por el de Elena a una velocidad acelerada.
—Ya sabía esto.
—Siga leyendo.
Elena pasó a la siguiente página.
Y se quedó paralizada.

Era un análisis de viabilidad.
Proyección de supervivencia.
Con una conclusión que le atravesó el pecho como una lanza:
"Sujeto presenta rechazo sistémico progresivo a identidad genética propia. Tasa de degradación celular: 8% diario. Proyección de fallo multiorgánico: 12-16 días. Probabilidad de supervivencia sin intervención: 0%."
Elena dejó caer el documento.
—No puede ser.
—Es lo que dice el análisis.
—Está equivocado.
—Fue corroborado por tres laboratorios diferentes.
Elena lo miró.
—¿Por qué me muestra esto?
—Porque creo que usted no sabía. Creo que pensaba que podía mantenerla viva indefinidamente. Pero no puede.
—Puedo encontrar una manera.
—No hay manera. Su hija está muriendo. Más lento que la primera vez. Pero muriendo.
—No.
—Doctora San Martín, escúcheme. Llevo veinte años en este trabajo. He visto cosas que no tienen sentido. He cerrado casos que nunca debieron cerrarse. Pero esto. esto es diferente.
—¿Diferente cómo?
—Porque creo que usted hizo algo imposible. Y creo que está pagando el precio. Pero su hija no debería pagar con usted.
Elena se quedó callada.
Lira continuó.
—Déjela ir.
—¿Qué?
—Deje que los médicos hagan lo que puedan. Deje que Cronos termine sus estudios. Y luego. déjela ir.
—¿Me está diciendo que la deje morir?
—Le estoy diciendo que acepte lo inevitable.
Elena se levantó.
—Vete al infierno.

—Doctora.
—No voy a dejarla morir. No otra vez.
—Aunque eso signifique mantenerla sufriendo.
—No está sufriendo.
—¿Está segura?
Elena se detuvo.
—¿Qué quiere decir?
Lira sacó su móvil. Le mostró un video.
—Esto es del hospital. Esta mañana. A las seis.
Presionó play.
El video mostraba a Alba. En una silla. Con una enfermera frente a ella.
La enfermera sostenía una foto.
—¿Quién es esta persona? —preguntaba.
Alba miraba la foto. Fruncía el ceño.
—No lo sé.
—Es tu padre.
—¿Segura?
—¿No lo reconoces?
Alba negaba con la cabeza.
—No me acuerdo de él.
—¿Qué te acuerdas?
—De. laboratorios. De investigación. De presentaciones. De cosas que no viví.
—¿Cosas que vivió tu madre?
—Sí. Creo que sí.
La enfermera mostraba otra foto. Elena y Alba. Juntas. Del año pasado.
—¿Y esta?
Alba la estudiaba.
—Soy yo. Y ella.
—¿Quién es ella?
—Mi mamá.
—¿Cómo se llama?
Silencio.
—¿Alba?

—No. no me acuerdo.
—¿No recuerdas el nombre de tu madre?
Alba empezaba a llorar.
—Sé que debería. Pero no. todo está mezclado. Como si sus recuerdos fueran más fuertes que los míos.
La enfermera apagaba la grabación.
Lira guardó el móvil.
—¿Sigue pensando que no está sufriendo?
Elena no respondió.
Porque no podía.
Porque acababa de ver la verdad que había estado evitando.
Alba no solo estaba absorbiendo su identidad.
Estaba perdiendo la suya.
Y pronto, no quedaría nada de la niña que había sido.
Solo una copia.
Un eco.
Un fantasma.

Elena condujo de vuelta al Instituto en estado de shock. Eran las 8:30 AM.
El procedimiento habría terminado.
O estaría terminando.
Estacionó en el mismo lugar de siempre.
Esperó.
A las 9:45, su móvil vibró.
Mensaje de Hoffman.
"Puede subir. Tercer piso. Laboratorio 3B. Dr. Idris desea

verla."
Elena entró al edificio.
Esta vez no se escondió.

Pasó por recepción. Los guardias la miraron pero no la detuvieron.
Subió al tercer piso.
Encontró el laboratorio 3B.
Tocó.

Hoffman abrió.
—Doctora San Martín. Qué puntual.
—¿Dónde está Alba?
—Descansando. En el cuarto anexo. El procedimiento fue. intenso para ella.
—¿Qué le hicieron?
—Nada dañino. Solo necesitábamos lágrimas. Suficientes para el protocolo.
—¿Cómo las consiguieron?
—Le mostramos videos. De usted. Del accidente. Del funeral. Cosas que activaran respuesta emocional.
Elena sintió que la ira la atravesaba.
—La torturaron.
—La estimulamos. Hay una diferencia.
—Quiero verla.
—En un momento. Primero, el Dr. Idris quiere hablar con usted.
Hoffman se hizo a un lado.
Elena entró.
El laboratorio estaba lleno de equipo médico. Monitores. Bombas de infusión. Y en el centro, en una cama.
Samir.
Conectado a todo.
Pálido.
Débil.
Pero despierto.
Elena se acercó.
—¿Samir?
Él giró la cabeza lentamente.
—Elena.
Su voz era apenas un susurro.
—¿Qué te hicieron?
—Lo que pedí.
—¿Funcionó?
Samir intentó sonreír.
—Aún no lo sé. Pero. sentí algo. Cuando aplicaron el suero. Sentí. calor.

—Eso no significa nada.
—Significa esperanza.
Elena miró los monitores. Los signos vitales eran débiles pero estables.
—¿Cuánto te dieron?
—Todo lo que pudieron extraer. Dieciocho mililitros. Más de lo que pensaba que una niña podía llorar.
Elena cerró los ojos.
—Lo siento.
—¿Por qué?
—Por todo. Por traerte a esto. Por no poder salvarte sin destruir a mi hija.
—No me estás destruyendo. Me estás dando una oportunidad.
—¿A qué costo?
—A cualquier costo.
Elena se giró hacia Hoffman.
—Quiero ver a Alba. Ahora.
—Por supuesto.
La llevó a una puerta lateral.
Abrió.
Dentro había una habitación pequeña. Con una cama. Y en ella.
Alba.
Dormida.
Con los ojos hinchados de tanto llorar.
Con las mejillas manchadas de lágrimas secas.
Elena corrió hacia ella.
—Alba. Cariño. Despierta.
Los ojos de Alba se abrieron lentamente.
—¿Mami?
—Estoy aquí.
—Me hicieron llorar.
—Lo sé.
—No podía parar. Veía cosas. Cosas.
—Ya pasó.
—¿De verdad?
Elena la abrazó.

—Te voy a sacar de aquí.
—No puedes.
—Sí puedo.
—No. Porque firmé.
—No me importa lo que firmaste.
—Pero ellos sí.
Hoffman habló desde la puerta.
—Alba tiene razón. El consentimiento es vinculante. Y ahora que hemos confirmado que el protocolo funciona.
—¿Funciona?
—Los signos vitales del Dr. Idris están mejorando. Temperatura corporal subiendo. Actividad celular aumentando. Es preliminar, pero prometedor.
—¿Y qué van a hacer ahora?
—Continuar. Con más extracciones. Más aplicaciones. Hasta que logremos resurrección completa documentada.
—¿Cuántas extracciones?
—Las necesarias.
—Va a destruirla.
—Va a salvar vidas.
Elena se giró hacia él.
—Si continúan con esto, Alba morirá. ¿Lo sabe?
—Tenemos los análisis médicos. Sabemos que su condición es terminal.
—¿Y no les importa?
—Nos importa documentar el proceso completo. Antes de que sea demasiado tarde.
Elena sintió que algo se rompía dentro de ella.
No miedo.
No desesperación.
Furia pura.
—Salgan.
—¿Perdón?
—Salgan. Ahora. Déjenme sola con mi hija.
Hoffman vaciló.
—Cinco minutos.

Salió. Cerró la puerta.
Elena se giró hacia Alba.
—Escúchame con atención.
—Estoy escuchando.
—Esta noche voy a volver. Y te voy a sacar de aquí. —Mami.
—No discutas. Solo confía en mí.
—¿Cómo vas a.?
—No importa cómo. Solo estate lista. A medianoche. ¿De acuerdo?
Alba la miró con esos ojos que ya no eran suyos.
—¿Y si no quiero irme?
Elena se quedó paralizada.
—¿Qué?
—¿Y si creo que deberían terminar lo que empezaron? ¿Y si creo que es mejor morir aquí, haciendo algo útil, que morir en casa sin propósito?
—Alba, no digas eso.
—¿Por qué? Tú lo pensarías.
—No.
—Sí. Lo sé porque ahora pienso como tú. Y si fueras tú la que estuviera muriendo, elegirías que sirviera para algo.
Elena se arrodilló frente a ella.
—Tú no eres yo.
—Cada día más.
—Pero aún eres Alba. Mi hija. Y no voy a dejarte aquí. —Aunque sea lo correcto.
—No es lo correcto.
—¿Cómo lo sabes?
—Porque lo siento. Aquí.
Se tocó el pecho.
—Y tú también deberías sentirlo. Si aún queda algo de ti ahí dentro.
Alba la miró durante un largo momento.
Luego asintió.
—De acuerdo. Medianoche.
—Medianoche.
La puerta se abrió.
Hoffman entró.

—Tiempo.
Elena besó la frente de Alba.
—Te amo.
—Yo también te amo, mami.
Elena salió.
Hoffman la acompañó hasta el ascensor.
—¿Satisfecha?
—¿Con qué?
—Con ver que está bien cuidada.
—No está bien cuidada. Está siendo usada.
—Está contribuyendo a la ciencia.
—Está muriendo.
—Todos estamos muriendo, doctora. La diferencia es que ella está haciendo que su muerte importe.
Las puertas del ascensor se abrieron.
Elena entró.
Antes de que se cerraran, Hoffman dijo:
—Ah, una cosa más.
—¿Qué?
—Tenemos vigilancia las veinticuatro horas. Si intenta algo. cualquier cosa. Alba será trasladada inmediatamente. A un lugar donde nunca la encontrará.
Las puertas se cerraron.
Elena bajó al recibidor.
Salió al estacionamiento.
Subió a su auto.
Y entonces su móvil vibró.
Mensaje de número desconocido.
No de Hoffman.
De Samir.
"Revisa el casillero 247 en la estación de trenes. Código: 1015. Ahí está todo lo que necesitas. Lo siento. — S."
Elena arrancó el auto.
Condujo a la estación de trenes.
Encontró el casillero 247.
Marcó el código.

Se abrió.
Dentro había un sobre manila.
Lo abrió.
Documentos. Planos. Credenciales de acceso.
Y una nota manuscrita de Samir:
"Elena:
Si estás leyendo esto, es porque aún estoy vivo. O acabo de morir. De cualquier manera, necesitas saber la verdad.
El procedimiento no va a funcionar. No a largo plazo. Lo supe desde el momento en que aplicaron el suero. Sentí el calor, sí. Pero también sentí. transferencia. Como si algo de Alba estuviera entrando en mí. Y algo mío estuviera muriendo para hacer espacio.
Cronos lo sabe. Hoffman lo sabe. Y no les importa. Porque aunque falle en mí, habrán documentado el intento. Y eso vale millones.
Pero Alba. Alba no tiene millones de intentos. Tiene uno. Y lo están desperdiciando.
En este sobre están los planos completos del Instituto. Rutas de evacuación. Códigos de emergencia. Todo lo que necesitas para sacarla.
Y una cosa más: un vial. El último que me queda. Está marcado como "muestra de control" pero es suero puro. El que usé para intentar replicar tu investigación antes de que Cronos interviniera.
Si algo sale mal. si necesitas estabilizar a Alba una última vez. úsalo.
Y perdóname. Por todo.
— Samir"
Elena sacó el vial del sobre.
Lo sostuvo contra la luz.
Líquido transparente.
Inofensivo.
O mortal.
Dependiendo de cómo se usara.
Guardó todo en su bolso.
Subió al auto.
Y condujo de vuelta al apartamento de Matías.
Cuando llegó, él abrió la puerta antes de que tocara. —¿Y bien?
Elena entró.

Vació el contenido del sobre sobre la mesa.
—Esto es todo lo que necesitamos.
Matías miró los documentos.
—Elena. esto es.
—Lo sé.
—Si haces esto, no hay vuelta atrás.
—Lo sé.
—Podrías ir a prisión.
—No me importa.
—Podrías perder a Alba de todas formas.
—Entonces al menos lo habré intentado.
Matías la miró durante un largo momento.
Luego asintió.
—¿Cuándo?
—Esta noche. Medianoche.
—¿Qué necesitas que haga?
—Que me consigas una manera de salir de Viena. Rápido. Sin rastro.
—¿A dónde?
—No lo sé. Lejos. Donde Cronos no pueda encontrarnos.
—Eso va a costar.
—Tengo dinero.
—No suficiente para esto.
Elena lo miró.
—Entonces dame lo que puedas conseguir.
Matías sacó su móvil.
Marcó un número.
Habló en voz baja durante cinco minutos.
Colgó.
—Tengo un contacto. Puede sacarte por la frontera. Sin papeles.
Pero quiere treinta mil euros. En efectivo.
—Los tendré.
—¿Cómo?
Elena no respondió.
Porque la respuesta la hacía sentir como una criminal.
Pero eso era exactamente lo que era ahora.
Una madre dispuesta a hacer cualquier cosa.

Incluso robar.
Incluso huir.
Incluso matar si hacía falta.
Para salvar a su hija.
Antes de que dejara de ser su hija del todo.

CAPÍTULO 16 -LA PROPUESTA DE CRONOS

Elena tenía doce horas para conseguir treinta mil euros en efectivo.
No los tenía.
Tenía once mil en su cuenta bancaria. Ahorros de años. Dinero que había guardado para emergencias.
Esto calificaba como emergencia.
Pero no era suficiente.
Se quedó sentada en el apartamento de Matías, mirando su extracto bancario en el móvil, calculando.
—¿Puedes pedir un préstamo? —preguntó Matías.
—No sin levantar banderas. Y no tengo tiempo.
—¿Tarjetas de crédito?
—Maxeadas. Las usé para el equipo del laboratorio.
—¿Familia?
—No tengo.
—¿Amigos?
Elena lo miró.
—¿Tú tienes treinta mil euros?
—Tengo ocho mil. Puedo dártelos.
—No es suficiente.
—Es algo.
—Necesito todo. El contacto no negocia.
Matías se quedó callado.
Elena cerró los ojos. Pensó.
Había una manera.
Una sola manera.
Pero la hacía sentir como una criminal.
Abrió los ojos.
—¿Tienes acceso al Nobel?

Matías parpadeó.
—¿Qué?
—Mi medalla del Nobel. Está en una caja fuerte. En el banco. ¿Puedes acceder?
—Técnicamente todavía soy tu cónyuge legal. El divorcio nunca se finalizó. Así que sí. Puedo.
—¿Cuánto vale?
—Elena.
—¿Cuánto?
—No lo sé. Quizá cien mil. En el mercado negro.
—¿Conoces a alguien en el mercado negro?
Matías la miró como si se hubiera vuelto loca.
—¿Estás hablando en serio?
—.
—Elena, esa medalla es. es tu legado. Es.
—Es un pedazo de metal. Y mi hija vale más que cualquier legado.
—¿Y cómo piensas venderla en doce horas?
Elena sacó su móvil. Buscó en sus contactos. Encontró un nombre que no había marcado en años.
Viktor Sokolov.
Un coleccionista privado de Praga. Rico. Sin escrúpulos. Había intentado comprarle la medalla tres veces en el pasado.
Ella siempre había dicho que no.
Ahora.
Marcó el número.
Respondió al quinto tono. Voz gruesa con acento ruso. —¿Sí?
—Señor Sokolov. Soy la doctora Elena San Martín. Pausa.
—Doctora. Qué sorpresa.
—¿Sigue interesado en mi Nobel?
Silencio al otro lado.
Luego:
—¿Está vendiéndolo?
—Sí.
—¿Por qué el cambio de opinión?
—Necesito dinero. Rápido.
—¿Cuánto?

—Treinta mil euros. En efectivo. Hoy.
Sokolov rió.
—Doctora, esa medalla vale diez veces eso.
—Lo sé. Pero necesito treinta mil. Ahora.
—¿Dónde está la medalla?
—En Viena. En un banco.
—¿Puede entregarla hoy?
—Sí.
—Entonces tenemos un trato. ¿Dónde nos encontramos?

Tres horas después, Elena y Matías estaban en el banco. El empleado sacó la caja fuerte. La abrió.
Dentro estaba la medalla. En su estuche de terciopelo. Brillando

bajo la luz fluorescente.
Elena la cogió.
Sintió el peso en su mano.
Años de trabajo. De sacrificio. De noches sin dormir

estudiando, investigando, publicando.
Todo condensado en un disco de oro.
—¿Segura? —preguntó Matías.
—Sí.
Guardó la medalla en su bolso.
Firmó los papeles de liberación.
Salieron del banco.
Sokolov las esperaba en un café a tres calles de distancia. Era exactamente como Elena recordaba. Sesenta años. Traje

caro. Reloj más caro. Expresión de hombre que sabía que tenía todo el poder en cualquier negociación.
Se levantó cuando Elena llegó.
—Doctora. Un placer verla otra vez.
—Señor Sokolov.
—¿Trajo la medalla?
—¿Trajo el dinero?

Sokolov sonrió. Puso un maletín sobre la mesa.
—Treinta mil. Como acordamos.
Elena abrió el maletín. Billetes de cincuenta euros. Ordenados en fajos.
Cerró el maletín.
Sacó la medalla de su bolso.
Sokolov la cogió. La estudió con ojo de experto.
—Hermosa. hermosa.
—¿Estamos bien?
Se levantó. Extendió la mano.
Elena la estrechó.
—Placer hacer negocios con usted, doctora.
Salió.
Elena se quedó sentada, mirando el maletín.
Matías se sentó frente a ella.
—¿Estás bien?
—No.
—¿Arrepentida?
—Sí. Pero lo haría otra vez.
—Entonces no estás arrepentida.
—No de venderla. Estoy arrepentida de que tuviera que venderla.
Se levantó. Cogió el maletín.
—Vamos. Tengo nueve horas.

A las seis de la tarde, Elena estaba de vuelta en su auto, estacionado frente al Instituto Europeo de Medicina Traslacional.
El dinero estaba en el maletero. Guardado en una mochila.
El plan estaba en su cabeza.
Medianoche. Entrada por el techo. Escalera de emergencia. Laboratorio 3B. Sacar a Alba. Evacuación por el sótano. Matías esperándola con el auto a dos calles. Conducir a la frontera. Cruzar sin documentos. Desaparecer.
Simple.
En teoría.
Su móvil vibró.
Mensaje de número desconocido.

"Segundo procedimiento completado con éxito. Dr. Idris muestra signos vitales mejorados. Temperatura corporal normal. Actividad celular aumentada. Continuamos con fase tres mañana 8 AM. — M.H."
Elena sintió algo frío en el estómago.
Estaba funcionando.
El procedimiento estaba funcionando.
Lo cual significaba que Cronos no iba a dejar ir a Alba.
Nunca.
Otro mensaje. Esta vez con foto adjunta.
Samir. En la cama del hospital. Sentado. Con color en las mejillas. Con los ojos abiertos.
Vivo.
No solo vivo.
Mejor.
Debajo de la foto:
"Gracias, doctora. Su hija está salvando mi vida. Literalmente. — S.I."
Elena borró el mensaje.
Pero la imagen se quedó grabada en su mente.
Porque si Samir estaba mejorando.
Si las lágrimas de Alba realmente funcionaban.
Entonces Cronos tenía prueba.
Prueba documentada.
Prueba replicable.
Y nunca dejarían ir a la fuente.
El móvil sonó.
Inspector Lira.
Elena respondió.
—¿Qué?
—¿Dónde está?
—¿Por qué?
—Porque necesito hablar con usted. Sobre el Dr. Samir Idris. —¿Qué pasa con él?
—Está mejorando. Dramáticamente. Y los médicos no saben por qué.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?
—Porque el único cambio en su tratamiento fue la aplicación de un suero experimental. Derivado de lágrimas de su hija.
Elena no respondió.
—Doctora San Martín, necesito que venga a comisaría.
—No.
—No es una petición.
—Tampoco es una orden de arresto. Así que no.
—Si no coopera.
—¿Qué? ¿Va a arrestarme otra vez? ¿Con qué cargos? ¿Salvar la vida de un hombre moribundo?
Silencio al otro lado.
—Esto no va a terminar bien.
—Ya no puede terminar peor.
Colgó.
Cinco minutos después, vio un auto de policía estacionarse a media calle.
Lira.
Bajó del auto. Miró alrededor.
Elena se hundió en su asiento.
Lira caminó hacia el Instituto. Entró.
Elena esperó.
Diez minutos.
Quince.
Lira salió. Con Hoffman.
Hablaron en la entrada. Hoffman gesticulaba. Lira tomaba notas.
Luego Lira se fue.
Elena respiró.
Pero sabía que no tenía mucho tiempo.
Lira estaba atando cabos.
Y pronto, muy pronto, los cabos la alcanzarían.

A las nueve de la noche, Elena recibió una llamada de un número que no reconoció.
Respondió.
—¿Sí?

—Doctora San Martín. Habla la doctora Anya Frost.
Elena sintió que el estómago se le caía.
—¿Qué quiere?
—Informarle que Alba ha sido declarada oficialmente bajo custodia institucional. No del estado. De Cronos Biotech.
—Eso es ilegal.
—Es legal bajo la cláusula de experimentación médica autorizada. Alba firmó consentimiento. El padre biológico ratificó. Y el comité de bioética aprobó.
—¿Matías firmó?
—Esta tarde. A las cuatro.
Elena sintió que la traición le atravesaba el pecho.
—No puede haber firmado.
—Tengo los documentos frente a mí. Firmados. Sellados. Legales.
—Voy a matarlo.
—Doctora.
—¿Dónde está Alba?
—Permanece en el Instituto. Bajo supervisión médica completa.
—Quiero verla.
—No tiene autorización.
—Soy su madre.
—Ya no tiene custodia legal.
—¿Qué?
—Matías San Martín solicitó y recibió custodia exclusiva esta tarde. Con su firma, transfirió todos los derechos parentales a la tutela institucional de Cronos.
Elena no podía respirar.
—Eso es. eso no puede ser legal.
—Lo es cuando hay evidencia documentada de experimentación no autorizada por parte del otro padre. Lo cual usted hizo. Múltiples veces.
—Frost.
—Lo siento, doctora San Martín. Pero esto está fuera de mi control ahora.
Colgó.
Elena marcó el número de Matías.

Buzón de voz.
Marcó otra vez.
Buzón de voz.
Otra vez.
Otra vez.
Finalmente, respondió.
—Elena.
—¿Qué hiciste?
—Me obligaron.
—¿QUIÉN TE OBLIGÓ?
—Cronos. Dijeron que si no firmaba, te meterían en prisión. Te acusarían de todo. Y Alba quedaría bajo custodia del estado de todas formas.
—¿Y creíste eso?
—¿Qué otra opción tenía?
—¡Decirme! ¡Avisarme!
—No había tiempo. Me dieron treinta minutos. Firmar o irte a prisión.
—¿Y elegiste firmar?
—Elegí protegerte.
—No me protegiste. Me traicionaste.
—Elena.
—No vuelvas a llamarme.
—Espera.
Colgó.
Arrojó el móvil contra el asiento del pasajero.
Respiró.
Una vez.
Dos veces.
Tres veces.
Luego arrancó el auto.

A las diez de la noche, Elena estaba en el apartamento de Matías.
Él abrió la puerta con expresión de hombre derrotado.
—Elena, lo siento.
Elena lo empujó. Entró. Cerró la puerta detrás de ella.

—¿Dónde están los papeles?
—¿Qué papeles?
—Los que firmaste.
—No los tengo. Cronos se los llevó.
—¿Leíste lo que firmaste?
—Sí.
—¿Todo?
—La mayor parte.
—¿La mayor parte?
—Eran cincuenta páginas de jerga legal. Me dieron treinta minutos.
Elena lo agarró por la camisa.
—¿Sabes lo que hiciste?
—Intenté salvarte.
—Me condenaste. Y a Alba también.
—No tuve opción.
—Siempre hay opción.
Lo soltó.
Se sentó en el sofá. Se llevó las manos a la cara.
Matías se sentó junto a ella.
—Aún puedes sacarla. Esta noche. Como planeaste. —No. Ya no.
—¿Por qué?
—Porque ahora soy oficialmente una criminal. Sin derechos parentales. Sin custodia. Si la saco, es secuestro.
—Ya era secuestro antes.
—Antes era una madre recuperando a su hija. Ahora es una criminal robando propiedad institucional.
—Alba no es propiedad.
—Para la ley, ahora sí.
Se quedaron en silencio.
Luego Elena se levantó.
—Necesito los ocho mil que prometiste.
—¿Para qué? Si no vas a.
—Los necesito.
Matías fue a su dormitorio. Volvió con un sobre.
—Es todo lo que tengo.
Elena lo cogió.

—Gracias.
—¿Qué vas a hacer?
—Lo que debí hacer desde el principio.
—¿Qué?
Elena no respondió.
Salió del apartamento.

A las once de la noche, Elena estaba de vuelta frente al Instituto Europeo de Medicina Traslacional.
Con treinta y ocho mil euros en la mochila.
Y un plan diferente.
No iba a sacar a Alba.
Iba a comprarla.
Sacó su móvil. Marcó el número de Hoffman.
Respondió al tercer tono.
—Doctora San Martín. Qué sorpresa.
—Necesito hablar con usted.
—¿Sobre?
—Un trato.
—Lo escucho.
—Tengo dinero. Treinta mil euros. En efectivo. Ahora mismo. —¿Y?
—Y quiero comprar la libertad de Alba.
Hoffman rió.
—Doctora, no estamos vendiendo a su hija.
—Entonces ¿qué están haciendo?
—Investigando. Con su consentimiento firmado.
—Que obtuvieron mediante coerción.
—Que obtuvimos legalmente.
—Treinta mil. Efectivo. Y me dan a Alba esta noche. —No.
—¿Por qué?
—Porque Alba vale mucho más que eso.
—¿Cuánto?
—No tiene precio. Es la única fuente viable de resurrección documentada. Si logramos replicar el proceso, hablamos de millones. Quizá miles de millones.
—Está usando a una niña.

—Está salvando vidas. El Dr. Idris es prueba de ello. —Idris va a morir de todas formas.
—Pero vivirá semanas más. Quizá meses. Eso es tiempo. Tiempo que no tenía.
—Y Alba tiene días. ¿Eso no importa?
—Por supuesto que importa. Por eso estamos documentando todo. Para que cuando ella. cuando ya no esté. al menos su legado continúe.
Elena sintió que la furia la atravesaba.
—Si le hacen daño.
—No vamos a hacerle daño. Solo necesitamos sus lágrimas. Y luego, cuando el proceso esté completo, la dejaremos ir.
—Mentira.
—Es la verdad.
—¿Cuándo?
—Cuando hayamos replicado el protocolo en al menos tres sujetos adicionales. Para confirmar viabilidad.
—¿Cuánto tiempo?
—Semanas. Un mes como máximo.
—No tiene un mes.
—Entonces trabajaremos más rápido.
Elena cerró los ojos.
—Déjeme verla.
—No.
—Por favor.
—Ya no tiene derechos parentales.
—Solo cinco minutos.
Hoffman vaciló.
—Espere.
Sonido de pasos. Puerta abriéndose. Voces al fondo. Luego Hoffman volvió.
—Puede verla. Cinco minutos. Pero con supervisión. —¿Cuándo?
—Ahora. Si viene inmediatamente.
—Voy para allá.
Colgó.
Cogió la mochila con el dinero.

Salió del auto.
Cruzó la calle.
Entró al Instituto.
Hoffman la esperaba en recepción.
—Por aquí.
La llevó al ascensor. Subieron al tercer piso. Caminaron por el pasillo hasta el laboratorio 3B. Hoffman abrió la puerta.
Dentro estaba Alba.
Sentada en la cama. Despierta.
Con los ojos rojos pero secos.
—Mami.
Elena corrió hacia ella. La abrazó.
—Estoy aquí, cariño.
—Sabía que vendrías.
—Por supuesto que vine.
Se apartó. Miró a su hija.
Había algo diferente.
Algo en sus ojos.
Algo en la forma en que la miraba.
—¿Estás bien?
—Cansada. Pero bien.
—¿Te hicieron llorar otra vez?
—Sí. Esta mañana. Para el Dr. Idris.
—Lo siento.
—No es tu culpa.
—Sí lo es.
Alba le tocó la cara.
—No. Yo elegí esto. Tú me enseñaste a elegir lo necesario sobre lo fácil.
—Alba.
—Y esto es necesario. Si mis lágrimas pueden salvar vidas. entonces debería dejar que las usen.
Elena sintió que algo se rompía dentro de ella.
Porque esa lógica.
Esa frialdad.
Esa capacidad de sacrificarse por el bien mayor.

Era exactamente como Elena pensaba.
—Esa no eres tú hablando.
—Sí soy yo. O lo que queda de mí.
—Alba.
—Mami, déjame ir.
—No.
—Por favor.
—No voy a dejarte morir aquí.
—No voy a morir. Voy a hacer algo que importe. Como tú hiciste con tu Nobel.
Elena la miró con lágrimas corriendo por su rostro. Una lágrima cayó en la mano de Alba.
Y por un segundo, Elena sintió esa conexión otra vez. Ese puente. Esa transferencia.
Y cuando Alba habló, su voz sonaba exactamente como la de Elena cuando tomaba la decisión más difícil de su carrera:
—Ya no soy tu hija, mami. Soy tu eco. Y los ecos no necesitan ser salvados. Solo necesitan desvanecer.
Hoffman habló desde la puerta.
—Tiempo, doctora San Martín.
Elena se levantó.
Miró a Alba una última vez.
Y supo, con una certeza que le destrozó el alma, que había perdido a su hija.
No a Cronos.
No a Matías.
Sino a sí misma.
Porque cada lágrima que había derramado para mantenerla viva había transferido un poco más de Elena.
Y un poco menos de Alba.
Y ahora, lo que quedaba en esa cama no era la niña que había perdido.
Era un espejo.
Un reflejo.
Una copia que hablaba con su voz y pensaba con su mente.
Salió del laboratorio.

Hoffman la acompañó hasta el ascensor.
—¿Satisfecha?
Elena no respondió.
Las puertas se abrieron.
Entró.
Antes de que se cerraran, su móvil vibró.
Mensaje de Lira.
"Tengo orden de arresto. Por su bien, entréguese voluntariamente. Mañana 8 AM, comisaría central. No me obligue a ir a buscarla."
Las puertas se cerraron.
Elena bajó al recibidor.
Salió al estacionamiento.
Subió a su auto.
Y se quedó sentada, mirando el Instituto donde habían tomado a su hija.
Donde la estaban usando.
Donde la estaban matando.
Lentamente.
Científicamente.
Legalmente.
Y no había nada que Elena pudiera hacer para detenerlo.
Excepto una cosa.
Una última cosa.
Sacó el vial que Samir le había dado.
Lo sostuvo contra la luz.
Suero puro.
El último que quedaba.
Si lo usaba en Alba.
Si le daba una dosis masiva.
Quizá podría estabilizarla.
O quizá la mataría.
No había manera de saberlo.
Guardó el vial en su bolso.
Arrancó el auto.
Y condujo a casa.

Porque mañana a las ocho, Lira vendría por ella. Y esta era su última noche libre.
Su última oportunidad.
Para decidir si salvar a Alba.
O dejarla ir.

CAPÍTULO 17 - CONFESIÓN PARCIAL

Elena llegó a casa a medianoche.
No encendió las luces.
Solo se quedó sentada en la oscuridad de la sala, con el vial en

la mano.
Último suero.
Última oportunidad.
Última decisión.
Si se lo daba a Alba, quizá la estabilizaría. Quizá le daría más

tiempo. Quizá.

O quizá aceleraría la transferencia. Quizá borraría lo poco que quedaba de la niña que había sido. Quizá la mataría más rápido.
No había manera de saberlo.
El móvil vibró.
Mensaje de Matías.
"Lo siento. Por todo. Si necesitas ayuda esta noche, llámame. Estaré despierto."
Elena miró el mensaje durante un largo momento.
Luego marcó su número.
Respondió inmediatamente.
—¿Elena?
—Necesito que me hagas un favor.
—Lo que sea.
—Necesito que me lleves al Instituto. A las tres de la mañana.
—¿Para qué?
—Para sacar a Alba.

—Pensé que habías dicho.
—Cambié de opinión.
—Elena, es secuestro ahora. Oficialmente.
—Lo sé.
—Si te atrapan.
—No me van a atrapar.
—¿Cómo vas a entrar?
—Tengo un plan.
—¿Qué plan?
—Mejor que no lo sepas.
Silencio al otro lado.
—¿Matías?
—Estaré ahí. A las tres.
Colgó.
Elena subió a su dormitorio. Abrió el armario. Sacó ropa oscura. Zapatillas de suela suave. Una mochila pequeña.
Metió el vial en un bolsillo interior. Junto con una jeringa estéril. Por si acaso.
Bajó al laboratorio. Cogió lo que quedaba de su equipo. Una linterna. Guantes. Una palanca pequeña.
Lo metió todo en la mochila.
Subió. Miró el reloj.
1:47 AM.
Una hora y trece minutos.
Se sentó en el sofá. Esperó.
A las 2:30, salió de casa.
Condujo hasta el punto de encuentro. Un estacionamiento vacío a tres calles del Instituto.
Matías ya estaba ahí. En su auto.
Elena estacionó junto a él. Bajó. Subió al auto de Matías.
—Gracias por venir.
—No me agradezcas hasta que salgamos de esto.
Condujo en silencio. Se detuvo a media calle del Instituto.
—¿Cuál es el plan?
Elena sacó los planos que Samir le había dado.
—Escalera de emergencia. Lado norte. Sube hasta el techo. Acceso a

ventilación. Bajo por el ducto hasta el tercer piso. Salgo en el pasillo cerca del laboratorio 3B.
—¿Y las cámaras?
—Samir me dio códigos de acceso. Puedo desactivar el sistema por tres minutos. Suficiente para entrar.
—¿Y los guardias?
—Cambio de turno a las tres. Tengo cinco minutos de ventana. —¿Y después?
—Saco a Alba. Bajo por la escalera de emergencia interna. Salimos por el sótano. Tú nos esperas aquí.
—¿Y si algo sale mal?
—Entonces vete. No esperes.
—Elena.
—Prométemelo.
Matías la miró.
—De acuerdo. Pero si no sales en treinta minutos, entro a buscarte.
—No. Si no salgo en treinta minutos, llama a la policía.
—¿Qué?
—Llama a Lira. Dile dónde estoy. Qué hice. Todo.
—No voy a hacer eso.
—Sí lo harás. Porque es mejor que me arresten a mí que Cronos se salga con la suya.
Bajó del auto.
—Elena.
Se detuvo.
—Ten cuidado.
—Lo tendré.
Cruzó la calle. Llegó al lado norte del edificio. Encontró la escalera de emergencia.
Empezó a subir.

El techo estaba oscuro y silencioso.

Elena cruzó hasta el acceso de ventilación. Usó la palanca para forzar la rejilla.
Se abrió con un chirrido metálico.

Elena se quedó quieta. Escuchó.
Nada.
Entró al ducto. Bajó lentamente. El metal resonaba bajo sus pies pero no tanto como para alertar a nadie.
Llegó al tercer piso. Encontró la rejilla que daba al pasillo.
Sacó el móvil. Abrió la aplicación que Samir había instalado. Códigos de seguridad.
Marcó la secuencia.
Sistema desactivado. 180 segundos.
Tres minutos.
Empujó la rejilla. Salió al pasillo.
Vacío.
Corrió hacia el laboratorio 3B.
Usó la tarjeta de acceso. Se abrió.
Entró.
El laboratorio estaba en penumbra. Solo la luz de los monitores.
Y en el centro, en la cama.
Alba.
Dormida.
Conectada a menos equipos que antes. Pero aún conectada.
Elena se acercó. Le tocó el hombro suavemente.
—Alba. Cariño. Despierta.
Los ojos de Alba se abrieron lentamente.
—¿Mami?
—Estoy aquí.
—¿Qué haces aquí?
—Vine a sacarte.
Alba parpadeó. Como si no entendiera.
—No puedes.
—Sí puedo. Vamos.
Elena empezó a desconectar los monitores.
—Mami, para.
—No hay tiempo.
—No quiero irme.
Elena se detuvo.
—¿Qué?

—No quiero irme. Ya te lo dije.
—Alba.
—Estoy haciendo algo importante. Algo que importa. —Lo que importa es que estés viva.
—No. Lo que importa es que mi vida sirva para algo. Elena la miró. Y vio lo que había estado evitando ver. Alba había cambiado.
No solo en la forma de hablar.
En todo.
La forma en que la miraba. Directa. Analítica. Sin el filtro infantil.
La forma en que sostenía su cuerpo. Rígida. Controlada. Como Elena cuando estaba bajo presión.
Incluso la forma en que fruncía el ceño. Exactamente como Elena cuando calculaba riesgos.
—Ya no eres tú.
—Lo sé.
—¿No te asusta?
—No. Porque entiendo por qué pasó. Entiendo todo ahora. Se tocó la frente.
—Tus recuerdos. Tus pensamientos. Todo está aquí. Y es. liberador.
—¿Liberador?
—Antes tenía miedo. De todo. De la muerte. De perderte. De no ser suficiente.
—Tenías ocho años. Es normal tener miedo.
—Pero ya no tengo ocho años. Mentalmente. Tengo. lo que sea que tú tengas. Treinta y ocho. Y con eso viene claridad.
—Alba, por favor.
—Déjame terminar. Por favor.
Elena se sentó en el borde de la cama.
Alba continuó.
—Cuando me trajiste de vuelta, pensé que era un milagro. Pensé que íbamos a seguir siendo madre e hija. Que todo volvería a ser como antes.
—Yo también pensé eso.
—Pero no puede ser así. Porque yo ya no soy esa niña. Y tú no puedes volver a ser solo mi madre.
—¿Entonces qué somos?

—Somos. la misma persona. En dos cuerpos. Y uno de esos cuerpos se está muriendo.
—No te voy a dejar morir.
—No tienes opción.
—Sí la tengo.
Elena sacó el vial de su bolsillo.
Alba lo miró.
—¿Qué es eso?
—Suero. El último. Samir me lo dio.
—¿Y qué va a hacer?
—No lo sé. Quizá te estabilice. Quizá te dé más tiempo. —¿O?
—O te mate más rápido.
Alba extendió la mano.
—Dámelo.
—¿Qué?
—Dame el vial.
—Alba.
—Confía en mí.
Elena le dio el vial.
Alba lo sostuvo contra la luz. Lo estudió con ojos que ya no eran suyos.
—¿Sabes qué es lo que más me gusta de tus recuerdos?
—¿Qué?
—Los momentos en que tomaste decisiones imposibles. Cuando sacrificaste algo para salvar algo más importante.
—No siempre fueron las decisiones correctas.
—Pero fueron las necesarias.
Alba le devolvió el vial.
—Y esto es lo necesario ahora. Dejarlo ir.
—No puedo.
—Sí puedes. Porque es lo que yo habría hecho. Si fuera tú.
Elena sintió que las lágrimas empezaban a acumularse.
—No llores, mami.
—No puedo evitarlo.
—Sí puedes. Porque llorar lo empeora. Lo sabes.
—Lo sé.

—Cada lágrima que derramas me borra un poco más. —Lo sé.
—Entonces para. Por favor.
Pero Elena no podía parar.
Las lágrimas corrían ahora. Calientes. Imparables. Una cayó en la mano de Alba.
Y por última vez, Elena sintió esa conexión.
Ese puente.
Esa transferencia.
Pero esta vez fue diferente.
Esta vez, en lugar de fluir de Elena hacia Alba.
Fluyó al revés.
Un recuerdo.
Pequeño.
Fragmentado.
Pero claramente de Alba.
Alba de cuatro años. En el parque. Persiguiendo mariposas. Riendo.
Un recuerdo que Elena nunca había tenido.
Un recuerdo que había estado enterrado en algún rincón de la mente de Alba.
Y ahora estaba en la mente de Elena.
Elena retiró la mano bruscamente.
—¿Qué fue eso?
Alba la miró con ojos demasiado sabios.
—La transferencia no es unidireccional. Nunca lo fue. Yo tomé de ti. Pero tú también tomaste de mí.
—Eso es.
—Por eso no puedes dejarme ir. Porque ahora parte de mí está en ti. Y si muero, pierdes esa parte también.
—Alba.
—Pero tiene que pasar, mami. Porque si no. si continúas intentando mantenerme viva. eventualmente no quedará nada de ninguna de las dos. Solo una mezcla. Un híbrido. Algo que no es ni tú ni yo.
La puerta se abrió.
Elena se giró.
Hoffman estaba ahí. Con dos guardias.
—Doctora San Martín. Qué predecible.

—Apártese.
—Me temo que no puedo hacer eso. Está violando propiedad privada. Y secuestrando a una menor bajo custodia institucional.
—Ella es mi hija.
—Legalmente, ya no.
Elena se levantó. Se interpuso entre Hoffman y Alba.
—No voy a dejarla aquí.
—No tiene opción.
—Siempre hay opción.
Sacó la jeringa de su bolsillo. La sostuvo como arma.
Hoffman levantó las manos.
—Doctora, sea razonable.
—Razonable sería dejarme ir con mi hija.
—No puedo hacer eso.
—Entonces tenemos un problema.
—¿Va a amenazarme con una jeringa?
—Voy a hacer lo que sea necesario.
Uno de los guardias dio un paso hacia adelante.
Elena retrocedió hasta estar junto a la cama de Alba. —Un paso más y la uso.
—¿En quién? ¿En mí? —preguntó Hoffman.
—En Alba.
Eso los detuvo.
Hoffman parpadeó.
—¿Qué?
—Tengo el último vial de suero. Si lo inyecto en Alba, quizá la estabilice. O quizá la mate. No lo sé. Pero ustedes tampoco lo sabrán.
—No haría eso.
—¿Está seguro?
—Es su hija.
—Y prefiero que muera conmigo que vivir como su rata de laboratorio.
Hoffman la estudió.
—Está mintiendo.
—¿Quiere arriesgarse?

Silencio.
Luego Alba habló.
—Mami, para.
—Alba, no hables.
—No va a funcionar. Ellos lo saben. Yo lo sé. Tú lo sabes.
—Alba.
—Baja la jeringa.
—No.
—Por favor.
Elena miró a su hija.
Alba le sonrió. Esa sonrisa torcida que Elena amaba. Pero con algo diferente ahora. Algo más viejo. Más triste.
—Está bien, mami. Suéltame.
—No puedo.
—Sí puedes.
—Si te suelto, mueres.
—Voy a morir de todas formas. Al menos así elijo cómo.
Elena sintió que algo se rompía dentro de ella.
La jeringa cayó de su mano. Golpeó el suelo con un sonido que resonó como una sentencia.
Hoffman asintió a los guardias.
Se acercaron a Elena.
Ella no resistió.
La sacaron del laboratorio.
Pero antes de que la puerta se cerrara, Alba habló una última vez.
—Te amo, mami. Pero ya no soy tu hija. Soy tu espejo. Y los espejos no pueden salvarse. Solo romperse.
La puerta se cerró.
Elena estaba en el pasillo. Con los guardias sosteniéndola.
Hoffman salió del laboratorio. Cerró la puerta detrás de él.
—Voy a ser generoso, doctora San Martín. Voy a dejar que se vaya. Esta noche. Sin cargos.
—¿Por qué?
—Porque Alba me lo pidió. Dijo que si la dejábamos verla una última vez, cooperaría. Sin resistencia.
—¿Y va a cumplir eso?

—Ya cumplí mi parte. El resto depende de ella.
—Si le hacen daño.
—No vamos a hacerle daño. Solo vamos a documentar lo que queda. Antes de que sea demasiado tarde.
Los guardias la soltaron.
Elena se quedó de pie en el pasillo. Mirando la puerta cerrada del laboratorio.
—Tiene treinta segundos para salir del edificio —dijo Hoffman —. Después, llamo a seguridad. Y esta vez, no habrá generosidad.
Elena dio media vuelta.
Caminó hacia el ascensor.
Bajó al recibidor.
Salió al estacionamiento.
Matías estaba ahí. En su auto. Esperando.
Elena subió.
—¿La tienes?
Elena negó con la cabeza.
—¿Qué pasó?
—Ella no quiso venir.
—¿Qué?
—Me dijo que la dejara ir. Que era lo necesario.
Matías arrancó el auto.
Condujeron en silencio.
Cuando llegaron al estacionamiento donde Elena había dejado su auto, Matías habló.
—¿Y ahora qué?
—Ahora me entrego.
—¿Qué?
—Lira me espera a las ocho. Voy a ir.
—Elena.
—Es lo correcto.
—¿Correcto para quién?
—Para Alba. Si me arrestan, Cronos pierde interés en mí. Y quizá, solo quizá, la dejen ir cuando terminen sus estudios.
—No la van a dejar ir.
—No lo sé. Pero es la única opción que me queda.

Bajó del auto.
—Gracias. Por todo.
—Elena.
—Cuida de Alba. Si sale de ahí. Prométemelo.
—Lo prometo.
Elena cerró la puerta.
Matías se fue.
Elena subió a su auto.
Pero no arrancó.
Solo se quedó sentada, mirando el Instituto a lo lejos.
Y entonces su móvil vibró.
Mensaje de número desconocido.
Lo abrió.
Era una foto.
Alba. En la cama del hospital. Con los ojos cerrados. Dormida.
Y debajo, un mensaje:
"Procedimiento final programado para mañana 6 AM. Extracción completa de lágrimas. Aplicación en tres sujetos simultáneos. Documentación completa del proceso. Alba será liberada después. Tiene mi palabra. — M.H."
Elena miró la foto durante un largo momento.
Luego miró el reloj.
4:47 AM.
Menos de noventa minutos.
Noventa minutos antes de que Cronos exprimiera hasta la última lágrima de su hija.
Noventa minutos antes de que Alba dejara de ser ella.
Noventa minutos.
Elena arrancó el auto.
Pero no condujo a casa.
Condujo a comisaría.
Llegó a las 5:15 AM.
Entró.
El oficial de recepción la miró sorprendido.
—¿Puedo ayudarla?
—Necesito ver al inspector Lira. Ahora.

—Son las cinco de la mañana.
—Es urgente.
—¿Su nombre?
—Elena San Martín.
El oficial parpadeó. Cogió el teléfono. Marcó una extensión.
—Inspector, la doctora San Martín está aquí. sí. ahora mismo. de acuerdo.
Colgó.
—Dice que suba. Tercer piso. Oficina 314.
Elena subió.
Lira la esperaba en la puerta de su oficina. Con expresión de hombre que no había dormido.
—Doctora San Martín. Es temprano.
—Necesito hablar con usted.
—Sobre su arresto programado para las ocho.
—No. Sobre Cronos Biotech.
Lira se quedó quieto.
—Entre.
Cerró la puerta detrás de ella.
—¿Qué pasa con Cronos?
—Están usando a mi hija para experimentación ilegal. Van a extraerle lágrimas a la fuerza en menos de una hora. Y necesito que los detenga.
—¿Con qué evidencia?
—Con mi testimonio.
—No es suficiente.
—¿Y si les digo cómo resucité a Alba? Todo. El proceso completo. ¿Eso es suficiente?
Lira se sentó lentamente.
—¿Me está ofreciendo una confesión completa?
—Sí.
—¿A cambio de qué?
—De que detenga a Cronos. Ahora. Antes de las seis.
Lira miró el reloj.
—Son las cinco y veinte. No tengo tiempo de conseguir una orden.
—Entonces vaya sin orden. Improvise.

—No funciona así.
—Entonces haga que funcione.
Lira la miró durante un largo momento.
—¿De verdad hizo lo que creo que hizo?
—Sí.
—¿Trajo a su hija de vuelta de los muertos?
—Sí.
—¿Cómo?
—Con lágrimas. Con dolor. Con desesperación. Con cosas que la ciencia no debería poder hacer.
—¿Y funciona?
—A corto plazo. Pero el costo.
—¿Cuál es el costo?
Elena cerró los ojos.
—Tu hija deja de ser tu hija. Y se convierte en ti.
Abrió los ojos.
—Y ahora Cronos quiere replicarlo. Quiere vender resurrección como si fuera un medicamento. Y van a destruir a Alba en el proceso.
Lira se levantó.
—Venga conmigo.
—¿A dónde?
—Al Instituto. Voy a detener ese procedimiento.
—¿Cómo?
—Aún no lo sé. Pero lo haré.
Salieron de la oficina.
Bajaron al estacionamiento.
Subieron al auto de Lira.
Condujeron al Instituto.
Llegaron a las 5:52 AM.
Ocho minutos.
Entraron corriendo.
El guardia de recepción intentó detenerlos.
Lira mostró su placa.
—Policía. Apártese.
—Necesito autorización.
—La tendrá. Después.

Subieron al tercer piso.
Corrieron hacia el laboratorio 3B.
La puerta estaba cerrada.
Lira la golpeó.
—¡Policía! ¡Abran!
Nada.
Golpeó otra vez.
—¡Abran o derribamos la puerta!
La puerta se abrió.
Hoffman estaba ahí. Con expresión tranquila.
—Inspector Lira. Qué sorpresa.
—Detenga el procedimiento.
—¿Qué procedimiento?
—El que está a punto de realizar con Alba San Martín. —No sé de qué habla.
—Tengo testigo. Tengo evidencia. Y tengo autoridad para detener cualquier actividad sospechosa.
—¿Tiene orden judicial?
—No necesito orden para investigación preliminar. —Entonces no tiene nada.
Lira empujó la puerta. Entró.
El laboratorio estaba vacío.
La cama donde había estado Alba estaba limpia. Sin sábanas. Sin equipos.
Sin Alba.
—¿Dónde está?
—¿Quién?
—Alba San Martín.
—Fue dada de alta esta mañana. A las cinco.
—¿A dónde?
—A custodia de su padre. Matías San Martín.
Elena sintió que el mundo se detenía.
—Eso es mentira.
—Tengo los papeles de alta aquí mismo.
Hoffman sacó documentos de su bolsillo. Se los mostró a Lira.
Todo en orden. Firmado. Sellado. Fechado 5:00 AM.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Lira.
—No tengo idea. Una vez que salió de nuestra custodia, dejó de ser nuestra responsabilidad.
—¿Completaron el procedimiento?
—¿Qué procedimiento?
—La extracción de lágrimas.
—Inspector, no sé qué le dijo la doctora San Martín, pero Alba estuvo aquí voluntariamente. Para evaluación médica. Nada más.
Lira miró a Elena.
Elena miró alrededor del laboratorio.
Vacío. Limpio. Sin evidencia de nada.
—Está mintiendo —dijo.
—Pruébelo.
Lira dio media vuelta. Salió del laboratorio.
Elena lo siguió.
En el pasillo, Lira habló en voz baja.
—¿Dónde está realmente Alba?
—No lo sé.
—¿Cree que Hoffman está mintiendo?
—Sí.
—¿Puede probarlo?
—No.
Lira cerró los ojos.
—Entonces no puedo hacer nada.
—Tiene que haber algo.
—Sin evidencia, sin testigos, sin víctima. no hay caso. —Mi hija es la víctima.
—Su hija fue dada de alta legalmente. A custodia legal de su padre. No hay crimen.
—¡La movieron para esconderla!
—O la liberaron porque completaron la evaluación.
—No los liberaron. Los movieron.
—¿A dónde?
—No lo sé. Pero tiene que estar en algún lugar de este edificio.
—Ya revisamos el laboratorio.
—Hay más laboratorios. Hay sótanos. Hay almacenamiento.

—No puedo registrar todo el edificio sin orden.
—Entonces consiga una orden.
—Eso lleva horas. Y para entonces.
—Para entonces será demasiado tarde.
Lira la miró.
—Lo siento, doctora.
Se dirigió al ascensor.
Elena se quedó en el pasillo.
Sola.
Y supo que había perdido.
Cronos había movido a Alba.
Habían completado el procedimiento.
O estaban a punto de hacerlo.
Y no había nada que Elena pudiera hacer para detenerlos. Bajó al recibidor. Salió del edificio.
Y entonces vio algo que la dejó helada.
Una ambulancia.
Estacionada en la entrada de carga.
Con las puertas traseras abiertas.
Y dentro.
Una camilla.
Con alguien en ella.
Pequeño.
Inmóvil.
Cubierto con sábanas.
Elena corrió hacia la ambulancia.
Los paramédicos intentaron detenerla.
—¡Señora, no puede.!
Pero Elena ya había llegado.
Apartó las sábanas.
Y vio el rostro de Alba.
Pálida.
Con los ojos cerrados.
Respirando apenas.
—¡Alba!
Los paramédicos la apartaron.

—Señora, tiene que retroceder.
—¡Es mi hija!
—Tenemos órdenes de trasladarla.
—¿A dónde?
—Hospital General. Unidad de cuidados intensivos. —¿Por qué?
—Fallo multiorgánico.
Elena sintió que el suelo se abría bajo sus pies.
—¿Qué?
—Su cuerpo está colapsando. Necesita atención inmediata. Cerraron las puertas.
La ambulancia arrancó.
Elena se quedó ahí. En el estacionamiento. Viendo cómo se alejaba. Llevándose a su hija.
Quizá por última vez.

CAPÍTULO 18 - LA TUMBA ABIERTA

Elena llegó al Hospital General de Viena a las 6:47 de la mañana. Lo supo porque miró el reloj del salpicadero al apagar el motor y los números verdes se le quedaron grabados en la retina como una marca: 6:47. La hora a la que empezaba el último día. Aunque eso todavía no lo sabía. O tal vez sí. Tal vez lo había sabido desde el principio, desde la primera lágrima, desde la primera noche en el sótano con las manos manchadas y el corazón roto y la convicción ciega de que el amor podía más que la biología. Tal vez todo lo que vino después —el laboratorio, el cuaderno, las dosis, la vigilancia, Cronos, la huida, el regreso— no había sido otra cosa que un largo rodeo para llegar a este aparcamiento, a esta hora, a este edificio de hormigón y cristal donde su hija se estaba apagando por segunda vez.
Aparcó en una plaza reservada para urgencias. No le importó. Dejó las llaves puestas. Cruzó el aparcamiento a paso rápido, luego corriendo, las zapatillas golpeando el asfalto mojado por el rocío de la madrugada, el sonido de sus propios pasos rebotando contra las fachadas como un eco que la perseguía.
Las puertas automáticas de urgencias se abrieron con un suspiro

neumático. El interior la recibió con luz blanca y el olor que Elena conocía de memoria —desinfectante, café de máquina, sudor contenido, miedo ajeno—, ese olor que se queda en los hospitales como una capa más de pintura.

Se acercó al mostrador. Una enfermera de unos cincuenta años la miró desde el otro lado del cristal con la expresión exhausta y blindada de quien lleva demasiadas horas de turno.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Busco a Alba San Martín. Ingresada esta noche. Es mi hija.

La enfermera tecleó. Miró la pantalla. Frunció el ceño.

—¿Es usted familiar directa?

—Soy su madre.

—Un momento. —Más tecleo. La pantalla reflejándose en sus gafas como un parpadeo azulado—. No está listada como tutora legal.

El golpe llegó seco. Debería haberlo esperado —después de todo, después de la detención, los abogados, los formularios—, pero no aquí, no a esta hora. La burocracia no duerme. La burocracia siempre encuentra una rendija por la que entrar.

—¿Qué?

—El padre, Matías San Martín, es el único con autorización de visita y de decisión médica. Se actualizó anoche.

Anoche, mientras Elena conducía, alguien había pulsado un botón y la había borrado de una lista. Con ese clic, Elena dejó de existir como madre a ojos del hospital.

—¿Dónde está mi hija?

—No puedo darle esa información sin autorización del tutor legal.

—¡Dígame dónde está!

—Señora, si no baja la voz tendré que llamar a seguridad.

Elena apretó los puños. Las uñas clavándose en las palmas. Se obligó a respirar: cuatro segundos dentro, siete fuera. Mecánica. Refugio.

—Por favor —dijo al fin, y la voz le salió quebrada—. Solo dígame si está viva.

La enfermera vaciló. Elena vio la grieta en la coraza: un parpadeo más lento, una suavización mínima en la boca.

—Cuidados intensivos. Cuarto piso. Pero no puede subir sin

autorización del tutor.
—¿Está estable?
—El médico de guardia puede hablar con usted si el señor San Martín da su consentimiento.
—¿Dónde está Matías?
—Sala de espera. Cuarto piso.
Elena ya estaba corriendo.
Las escaleras tenían esa luz de tubo fluorescente que no proyecta sombras, como si en un hospital no estuvieran permitidos los rincones oscuros. Subió de tres en tres, el corazón golpeándole las costillas con la insistencia de algo que quiere salir. Segundo piso. Tercero. Cuarto.
Empujó la puerta de la planta. Pasillo. Olor más concentrado: desinfectante mezclado con algo dulce, orgánico. Ese olor que Elena asociaba con las últimas horas.
La sala de espera estaba al final. Sillas de plástico gris. Un televisor apagado. Una máquina de café zumbando en la esquina con el sonido constante de algo que nunca descansa. Y en una silla, solo, con la cabeza entre las manos, Matías.
Parecía más viejo que la última vez que Elena lo vio. No semanas: años. Como si el tiempo se hubiera acelerado dentro de él. Pelo más gris. Hombros hundidos. Manos huesudas.
—Matías.
Levantó la vista. Tenía los ojos rojos y brillantes, hinchados por un llanto largo.
—Elena.
No hubo sorpresa en su voz. Solo reconocimiento. Como si hubiese sabido que ella acabaría apareciendo.
—¿Qué pasó?
—Llamaron a las cinco. Del Instituto. Dijeron que Alba colapsó durante la noche. Fallo multiorgánico. Me pidieron que viniera a firmar.
—¿Qué firmaste?
—Autorizaciones. Para todo.
—¿Los firmaste?
Matías la miró como si la pregunta fuese una acusación absurda.

—¿Qué otra opción tenía? Me llamaron a las cinco de la mañana para decirme que mi hija se moría y me pusieron un bolígrafo en la mano.
Elena se sentó a su lado, no enfrente. Hombro con hombro, como si esa fuera la única postura que todavía podían sostener.
—¿Cómo está?
—No lo sé. Nadie sale. Solo se oyen las máquinas.
—¿Hoffman?
Matías tragó saliva.
—Estuvo aquí. Traje oscuro, a las cinco de la mañana, como si durmiera con él puesto. Se fue hace veinte minutos. Dijo que lo sentía. Que hicieron todo lo que pudieron.
"Hicieron todo lo que pudieron" no significaba lo mismo para Hoffman que para ella.
La puerta de intensivos se abrió.
Un médico joven salió. Treinta y pocos. Bata abrochada. Ojeras profundas. Una expresión que ya había ensayado la peor noticia, pero todavía no la había pronunciado.
—¿Matías San Martín?
—Soy yo.
—Doctor Andrei Popov. Estoy a cargo de Alba desde su ingreso.
—¿Cómo está?
—Estable. Por ahora. Pero su estado es crítico. Tengo que explicarles lo que estamos viendo. No se parece a nada que hayamos tratado.
Popov miró a Elena.
—¿Usted es…?
—Su madre.
—No figura como tutora legal.
—Soy su madre biológica. Tengo derecho a saber.
Popov miró a Matías. Matías dudó un segundo y asintió. Un gesto mínimo, cansado, como si ya no quedara energía para sostener el protocolo.
Popov se sentó frente a ellos. Juntó las manos entre las rodillas.
—El cuerpo de Alba está rechazando sus propios órganos. No selectivamente. Todo a la vez. Riñones, hígado, pulmones. Los análisis muestran un colapso sistémico que no responde a ningún

patrón clínico. Es como si su organismo se estuviera reescribiendo desde dentro. Como si las células obedecieran una instrucción… incompatible con la vida.
El silencio cayó con peso.
—¿Cuánto tiempo? —preguntó Elena.
Popov no apartó la mirada.
—Horas. Quizá menos.
—Quiero verla.
—Cinco minutos. No más.
Elena se levantó antes de que la frase terminara.
Atravesó con Popov las puertas de intensivos. Allí el silencio era otro: el silencio de un lugar donde la gente se apaga y las máquinas son las únicas voces. Las luces más tenues. El suelo impecable. El aire con ese dulzor enfermo que ningún manual describe.
Se detuvieron ante una habitación al fondo. Un monitor exterior mostraba números que Elena leyó por reflejo: frecuencia cardíaca 52, saturación 89, presión 85/50. Números descendiendo.
Popov abrió la puerta.
—Cinco minutos, doctora.
Elena entró.
Penumbra. Solo el verdor de los monitores. Persianas bajadas. El zumbido del aire acondicionado vibrando en las paredes.
Y en la cama, Alba.
Más pequeña. Como si la noche le hubiera robado tamaño. Entre cables y tubos. Cánula nasal. Vía en el dorso de la mano. Electrodos. Sueros colgando. Un pájaro atrapado en una red de plástico y metal.
Elena se sentó en el borde de la cama y le tomó la mano.
Fría. No de frío: de enfriarse.
—Alba. Cariño. Soy yo.
Los ojos de Alba se abrieron despacio. Tardaron en enfocar.
—Mami.
La voz era un hilo, como si viniera de muy lejos.
—Estoy aquí.
—Sabía que vendrías. Lo vi… antes. Vi el coche. Vi las escaleras. Vi a Matías en la sala de espera.
Elena ya no preguntó cómo.

—Estoy aquí —repitió.
Alba tragó saliva con esfuerzo.
—Anoche… lo completaron. Me sacaron todas las lágrimas que pudieron. Me pusieron vídeos. Fotos. Recuerdos. Todo lo que podía hacerme llorar. Y lloré. Hasta que se secó todo.
—Lo siento.
—No lo sientas. Funcionó. Idris está mejor. Se despertó. Y otros dos… también. Tres resurrecciones, mami. Cronos tiene lo que quería.
Elena sintió que algo dentro se le rompía con orden, como una estructura bien construida que por fin cede.
—Y tú te estás muriendo.
—Sí.
Lo dijo sin dramatismo, con la naturalidad de una niña que ha aceptado algo que los adultos no soportan.
Elena metió la mano en el bolsillo y sacó el vial. Cinco centímetros de cristal. Tapón azul. El líquido transparente, ligeramente iridiscente bajo el verde de los monitores.
La última dosis.
Alba lo miró largo rato.
—Aún lo tienes.
—Sí.
—¿Qué vas a hacer?
—Dártelo. Estabilizarte. Sacarte de aquí.
—¿Y luego qué? ¿Más dosis? ¿Más extracciones? ¿Más noches exprimiéndote mientras yo… tomo lo que queda de ti?
—Nos iremos.
—No va a funcionar, mami. Lo que me pasa no es geográfico. Es biológico.
—Tiene que funcionar.
—Mírame.
Elena la miró. Y vio la pared.
Alba sonrió con esa sonrisa torcida que siempre fue suya, pero débil, como una vela reducida a un punto.
—Ya no soy Alba… del todo. Tú lo sabes. Desde el día que dije mayo en vez de septiembre. Desde el dibujo. Desde la firma.

—Aún eres mi hija.
—Soy tu eco.
Las lágrimas le subieron a Elena sin permiso. Calientes. Pesadas. No las del laboratorio, no las del protocolo: las otras.
—No llores —susurró Alba.
—No puedo.
—Sí puedes. Si una lágrima cae en mí… voy a absorberla. Voy a perder lo poco que queda. Los trozos que todavía son Alba.
—No me importa.
—Debería.
Alba apretó su mano con una fuerza imposible para ese cuerpo.
—Porque si usas ese vial, no me vas a salvar. Vas a borrarme. Lo que quede será una copia de ti en mi cuerpo. Un espejo que respira.
¿Eso es lo que quieres?
Elena miró el vial. Luego la miró a ella.
—¿Y si no te lo doy?
—Entonces muero.
—No puedo dejarlo.
—Sí puedes.
—No.
—Escúchame. Una vez más. La última.
Elena calló.
—Cuando morí la primera vez no tuve miedo —dijo Alba—. Fue rápido. Un clic y oscuridad. Pero ahora… ahora lo siento. Piso por piso. Luz por luz. Y aun así, no tengo miedo.
—Yo sí.
—Lo sé. Tu miedo también está aquí.
Se tocó el pecho, sobre los electrodos.
—A veces no sé dónde terminas tú y empiezo yo. Pero hay momentos… grietas… donde todavía puedo sentir a la Alba de antes.
Sus ojos se llenaron de algo que no eran lágrimas.
—La del jardín. La de las mariposas. La de la harina en la cocina. La que te amaba sin razón.
Las lágrimas de Elena cayeron. Una cayó sobre la mano de Alba. Y por última vez Elena sintió el puente: esa corriente que llevaba recuerdos como un río subterráneo.

Esta vez no intentó controlarlo.
Y en el intercambio final, Elena recibió un recuerdo claro, intacto, sin mezcla.
Alba, seis años, un sábado por la mañana. Cocina. Harina hasta las muñecas. El pelo recogido con una goma que se le caía. Manchas blancas en la nariz. Risa con la boca abierta. Mirándola con un amor perfecto y feroz.
Un recuerdo que Elena había olvidado, enterrado bajo la vida adulta.
Pero Alba lo había guardado.
Y ahora se lo devolvía.
Elena abrió los ojos.
—¿Qué fue eso?
Alba sonrió. La de verdad. La última.
—Mi regalo. Lo que aún era mío. Ahora está en ti. Cuando muera, no desaparece.
El monitor empezó a pitar más rápido, más irregular.
Alba tosió, seca, breve, como si el aire la negara.
—Se acabó el tiempo.
—No.
—Sí.
Elena apretó el vial.
—Voy a usarlo.
—No.
—Sí.
Alba la miró con una claridad que dolía.
—Mami… no me conviertas en ti. Déjame ser yo hasta el final. Déjame irme siendo Alba.
Elena miró el cristal. El líquido. Ese brillo casi vivo.
Luego la miró a ella.
Su hija. Su error. Su acto de amor más monstruoso.
Y tomó la decisión más difícil de su vida.
Abrió la mano.
El vial cayó. Giró en el aire con una lentitud absurda, como si la gravedad le diera un último margen. Golpeó el suelo. Se hizo añicos. Los fragmentos se esparcieron por las baldosas blancas. El líquido se derramó, iridiscente un instante, y luego fue absorbido por las

juntas. Desapareció.
—Gracias —susurró Alba.
—No me lo agradezcas.
—Te amo, mami.
—Yo también. Te amo más de lo que este mundo puede contener. Te amé tanto que te rompí.
—¿Me prometes algo?
—Lo que sea.
—Recuérdame. No como el experimento. No como el Sujeto A. Recuérdame como era. Antes.
—Lo prometo.
—Y… intenta perdonarte. Algún día.
Elena negó con la cabeza, rota.
—No puedo prometerlo.
—Prométeme que lo intentarás.
—Lo intentaré.
El monitor estalló en alarmas. La puerta se abrió. Popov entró con dos enfermeras. Movimientos rápidos. Coreografía conocida.
—¡Señora, tiene que salir!
—No.
—¡Ahora!
Pero Elena no se movió. Se quedó en el borde de la cama, sosteniendo la mano de Alba mientras el mundo se llenaba de órdenes, de términos clínicos, de pasos, de pitidos.
Y la vida se escapó de Alba por segunda vez.
Elena no la persiguió.
No buscó una lágrima. No buscó un instrumento. No buscó un atajo. Solo la sostuvo.
Y lloró.
Pero estas lágrimas ya no servían para resucitar. Por primera vez en semanas, eran solo lo que debieron ser desde el principio: duelo.
La mano de Alba se aflojó.
El monitor emitió el tono largo, plano, vacío. La línea horizontal.
Las enfermeras se detuvieron. Popov bajó las manos y miró el reloj.
—Hora de fallecimiento: siete veintitrés.
Elena soltó la mano de Alba despacio, dedo a dedo, como si la piel

se resistiera a separarse.
Depositó la mano sobre la sábana con cuidado.
Luego miró el rostro de su hija. Quieto. Sin dolor. Sin tensión.
Los cristales del vial seguían en el suelo como pequeñas verdades brillantes.
Elena salió de la habitación.
Matías estaba en el pasillo, de pie contra la pared, llorando sin sonido. Cuando la vio, intentó decir su nombre.
—Elena…
Ella pasó de largo. Notó el olor de su colonia al cruzarlo. El sonido de su respiración rota. No se detuvo. Si se detenía, no volvería a levantarse.
Bajó las escaleras. Atravesó urgencias. La enfermera del mostrador levantó la vista. No dijo nada.
Elena cruzó las puertas automáticas.
El sol estaba saliendo sobre Viena.
El móvil vibró. Mensaje de Hoffman:
«Lamento profundamente su pérdida. Alba hizo una contribución invaluable a la ciencia y al futuro de la medicina regenerativa. Su legado vivirá en las vidas que ayudó a salvar. Con nuestro más sincero respeto. — Marcus Hoffman, Cronos Biotech.»
Elena lo leyó una vez.
Borró el mensaje.
Subió al coche. Arrancó.
No condujo a casa.
El cementerio central de Viena estaba vacío a esa hora. Las puertas acababan de abrir. Un empleado municipal barría hojas secas en la entrada, lento, como si aquí el tiempo tuviera otra densidad.
Elena caminó entre filas de tumbas. Conocía el camino. Parcela 4471. Sector norte.
La lápida era nueva: granito pulido, letras doradas demasiado brillantes. Ese brillo de lo recién hecho, de lo que aún no ha sido erosionado por el mundo.
Alba San Martín
2015–2023
Descansa en paz

Había flores frescas: girasoles. Siete. Los favoritos de Alba. Matías, seguramente. Matías que no le hablaba, pero venía. Matías que solo podía cuidar así.
Elena se arrodilló. La humedad atravesándole el pantalón.
Apoyó las palmas sobre la piedra fría.
—Lo siento —susurró—. Por todo.
No enumeró. No hizo inventario. Ya no había contabilidad posible.
El viento movió las hojas de los árboles.
—Te amé —dijo, casi sin voz—. Te amé tanto que perdí la razón.
Las lágrimas cayeron sobre la tierra. Ordinarias. Inútiles. Necesarias.
Se quedó arrodillada sin prisa, viendo el sol subir, viendo las sombras acortarse. Respirando. Solo eso.
Luego se levantó.
Miró la lápida una vez más. Memorizó ese lugar en un punto de la mente donde los recuerdos no se mezclan ni se negocian.
Y al girarse, lo vio.
A unos metros, junto a otra tumba, un hombre frágil, demacrado, con un abrigo demasiado grande y la bata de hospital asomando por debajo.
Samir.
Elena caminó hacia él. La grava crujía.
Samir se giró.
—Elena.
—Samir.
El silencio entre ambos era exacto.
—Lo siento —dijo él—. Por Alba.
—Lo sé.
—Funcionó en mí. Tengo meses. Quizá un año. Los médicos no se ponen de acuerdo.
—Me alegro por ti —dijo Elena, y supieron los dos que no era verdad todavía.
Samir miró la lápida ante la que estaba.
—Mi esposa. Murió hace diez años. El mismo cáncer que yo. O que tenía.
—No lo sabía.
—Nunca hablé de ella. Era más fácil esconderme en la investigación.

Se volvió hacia Elena.
—La ciencia no cura el dolor. Solo lo aplaza. Debajo sigue donde lo dejaste.
Elena asintió.
—Ahora tengo tiempo extra. Comprado con las lágrimas de tu hija. No sé cómo vivir con eso.
—Úsalo bien.
Samir tragó aire, como si pesara.
—Ya renuncié. Esta mañana. Hoffman dijo que lo respetaba. Y sonrió como si la cortesía fuera solo envoltorio.
Elena cerró los ojos.
—Entonces ganaron.
—No. Tienen el proceso. Los datos. Las muestras. El protocolo. Pero no tienen lo que decide cuándo usar algo así y cuándo no.
Tosió y se apoyó en la lápida.
—Necesito irme.
—Cuídate, Samir.
—Tú también, Elena.
Samir se alejó despacio entre las tumbas, con tiempo prestado en los bolsillos.
Elena se quedó sola.
Camino a la salida, el móvil vibró otra vez.
Mensaje de Lira:
«Doctora San Martín: necesito que se presente en comisaría mañana a las 9:00 para declaración formal. La fiscalía ha procedido con los cargos. Lo siento. — Inspector T. Lira»
Elena guardó el teléfono.
Mañana enfrentaría las consecuencias.
Hoy solo necesitaba llegar a casa y recordar a Alba como era antes: sin laboratorio, sin protocolo, sin sombra.
Tres meses después, Elena San Martín se declaró culpable de todos los cargos.
Experimentación no autorizada con material biológico humano. Profanación de sepultura. Falsificación de documentación médica. Obstrucción a la justicia.
No negoció. No presentó atenuantes.

Cuando su abogado intentó hablar de trastorno emocional transitorio, Elena lo detuvo con una sola frase:
—Sabía lo que hacía. Todo el tiempo.
Le dieron tres años, con posibilidad de libertad condicional a los dieciocho meses por buena conducta.
Cronos Biotech publicó un estudio en una revista de impacto medio. Documentaron el Protocolo Meibum: tres resurrecciones, duración variable, efectos secundarios "significativos" en el resumen y "severos e impredecibles" en la letra pequeña.
No mencionaron a Alba por su nombre.
Solo como Sujeto A.
Samir Idris vivió once meses más. Murió en su casa, una noche de marzo, en la cama que había sido de su esposa. No pidió ser resucitado. Dejó una carta para Elena que le entregaron en prisión tres semanas después. Elena la leyó una vez y la guardó.
Dejó su fortuna a una fundación de cuidados paliativos —no resurrección, aceptación— con el nombre de su esposa.
Matías San Martín no volvió a hablar con Elena. No respondió a sus cartas. No la visitó. Pero una vez al mes, sin falta, dejaba siete girasoles en la tumba de Alba.
Siempre siete.
Dieciocho meses después, Elena salió de prisión a las siete de la mañana de un martes de noviembre.
Firmó los papeles. Recogió sus pertenencias en una bolsa de plástico: ropa, reloj, la llave del cajón del cuaderno cifrado, la carta de Samir.
No fue a casa.
Caminó hasta una parada de autobús. Esperó doce minutos. Subió al 71A. Se bajó en el cementerio central.
La mañana estaba fría. El cielo bajo, gris, sin sombras.
Los girasoles de Matías se habían marchitado, pero alguien los había acomodado contra la piedra con una dignidad silenciosa.
Elena se arrodilló.
Tocó la lápida con las dos manos.
Alba San Martín. 2015–2023. Descansa en paz.
No dijo nada. Ya lo había dicho todo.

Se quedó así un rato, aprendiendo despacio lo único que quedaba por aprender.
Las lágrimas no están hechas para resucitar.
Están hechas para soltar.
Y Elena, después de todo, había soltado algo.
No a Alba. Alba no se suelta.
Alba se lleva.
Lo que soltó fue la ilusión: la ilusión de que el amor bastaba para vencer a la muerte, la ilusión de que perder a alguien es un problema con solución.
Eso sí lo soltó.
Se levantó. Se limpió las rodillas.
Miró la tumba una última vez.
—Hasta pronto, cariño.
Se dio la vuelta y caminó hacia la salida del cementerio. El sol empezaba a filtrarse entre las nubes y le calentaba la espalda, tibio, como una mano pequeña que no aprieta.
Dejó atrás las flores marchitas, la lápida con letras doradas y la tierra ya asentada.
Y la tumba que había abierto una vez. Y que esta vez, finalmente, dejaba cerrada. Los pájaros cantaban en los tilos.
Elena siguió caminando.

FIN